ARDE LA VIDA

¿Hasta cuándo vas a tener miedo?

Magalí Tajes

Relatos que entrelazan amores, desencuentros, amigos, tropiezos, aventuras, la búsqueda de una libertad imposible, el encuentro con el horror, la risa en el dolor, la inocencia de mostrarse irrompible y un disfraz que se cansó o de ser usado y no puede huir porque está adherido a ese ente que solemos llamar persona. ¿Qué hay debajo del disfraz? ¿Y si no hubiera nada? ¿Cuál es el precio de vivir con esa nada?



Magalí Tajes

Arde la vida

¿Hasta cuándo vas a tener miedo?

ePub r1.0
diegoan 25.05.2018

Título original: *Arde la vida*
Magalí Tajes, 2014
Diseño de cubierta: Micaela Pérez

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2



A mi mamá y a mis hermanos

Prólogo

Arde la vida. Como arde un incendio en la ciudad. Te acercas al fuego y te lastima los ojos. Te quema la piel. Te va consumiendo.

Arde la vida. Como arde una herida en la que se echa alcohol. Una herida que sangra y que cicatriza con el tiempo. Mientras se cura, duele. La ves curarse y deseas sacarle la cascarita. Y entonces vuelve a doler.

Arde la vida. Como fuegos artificiales arden en el cielo, llenándolo de colores, ruidos, y formas. Admiras ese instante de belleza y, por un segundo, sos feliz.

Arde la vida. Como arde una fogata rodeada de amigos, canciones y cerveza. Te reís fuerte, y haces de esa noche un momento eternamente mágico.

Arde la vida en cada abandono, en cada amor, en cada tragedia, en cada milagro. Arde iluminando, arde dañando. Arde en esa llamada que no llega, y en esa sobreprotección que asfixia como el negro humo de una explosión. Arde en el adiós, y en ciertas miradas. Arde en tu patria, arde lejos de ella.

Arde, arde, arde la vida. Arde hasta el hartazgo. Arde más cuando no se puede sentir su ardor.

Arde en los no, arde en los sí. Arde en el odio, en la angustia, en la fe y en la desesperación.

Arde en las adicciones. Arde los lunes, y sobre todo los domingos.

Arde, arde, arde la vida. En el sexo. En los nacimientos. Incluso, en la muerte.

Arde la vida. Arde, mi vida.

¡Alto ahí!

—Dejarse Caer—

Dejarse caer.

En los brazos de alguien, en la sorpresa, en lo desconocido.

Dejarse caer.

En lo nuevo, en lo de siempre, en una sonrisa.

Dejarse caer.

Dejarse.

Muchos problemas surgen de «No Dejarse».

No nos dejamos dudar, no nos dejamos llorar, no nos dejamos reír con ganas locas en la calle, no nos dejamos abrazar, no nos dejamos bailar en un colectivo, no nos dejamos pensar que todo no está ya pensado, que todavía no rodo está perdido, que tal vez pocas cosas están perdidas, que perder no tiene por qué ser algo malo, que el concepto de «todo», en realidad, no existe.

No nos dejamos ocupar por el sinsentido, por lo absurdo, por la alegría sin razón.

No nos dejamos mirarnos. Está el otro en frente y le sacamos una foto. Está el otro en frente y miramos un teléfono.

No nos dejamos escucharnos: nos pisamos con las palabras, las amontonamos, les permitimos pegar, o no decir

nada: Nada bueno, nada lindo, nada gracioso, nada creativo, nada cierto. Nada. Y decir nada es decir, y muchas veces, es peor que decir algo.

No nos dejamos sufrir, no nos dejamos esperar, no nos dejamos sentir, no nos dejamos cambiar una y millón de veces, no nos dejamos soltar, no nos dejamos soñar. Que la utopía sirve para caminar, dijo Galeano. Y para eso sirven también los sueños. Que no todos los sueños se van a cumplir, y qué importa. ¿Por qué no nos dejamos soñarlos igual?

Dejarse caer.

Caer al vacío, al abismo, a lo infinito.

Y en ese infinito devenir música. Devenir vibración. Devenir movimiento. Devenir aire. Devenir risa.

Caída libre. Caída rebelde. Caída efímera.

Caída de *tu* mundo y vuelta a empezar…



Pompeya

«*Yo no me voy a arrepentir porque el barrio se lleva adentro*». Mi vieja perdía la cabeza mirando el tatuaje que se había hecho mi hermano, y Emmanuel, con 16 años, le respondía eso. Goyena, la esquina que los eligió a él y a sus amigos para las cervezas, las mujeres, el fútbol, los autos, la vida, marcada para siempre en su tobillo.

Yo no tenía una esquina. Las mujeres no solemos tener esquinas. Tampoco Caballito me parecía un barrio. Nos mudamos cuando yo tenía diecisiete. Hasta entonces viví en Pompeya. Las personas no suelen creerme. Me dicen: No pareces de Pompeya. Se asombran si les cuento que soy de Huracán. A mi vieja nunca le gustó Pompeya. Siempre decía que vivíamos en Parque Patricios. Y yo me reía. Es tan de Pompeya negar ser de Pompeya.

No es un barrio lindo, hay que ser honesta. Nunca volví después de las seis de la tarde a mi casa. Daba miedo

caminar de noche. También daba miedo caminar de día. Se sintió el 2001 en Pompeya. Tal vez muchos ya se olvidaron, pero no era parte del paisaje ver gente durmiendo en la calle, ver nenes drogándose, ver gente juntando cartones. Un día eso cambió, y sí, se hizo paisaje. Vivía cerca de Perito Moreno. Una gran avenida… Dos años con el semáforo roto estuvo Perito Moreno. Ustedes sabrán entender, los accidentes en Pompeya no son cosa que importe mucho. Esperaba que pasen los camiones, y cruzaba. Siempre corriendo, siempre apurada. Nunca llegué temprano al colegio. La portera me esperaba para decirme: «*Tenés que venir antes de las ocho menos cuarto, Magalí*». Y me cerraba la puerta en la cara. Y a mí me causaba gracia. Se notaba que llevaba en el alma su trabajo. Amanda, se llamaba. Gritaba mucho, siempre tenía cara de enojada, y te daba más miedo que la hermana Juana, que era la peor de las monjas. Nunca entraron a robar en el turno de Amanda. Espantaba hasta a los ladrones. A las ocho me abría la puerta, miraba su reloj y me repetía: «*Yo no puedo entender cómo vivís tan cerca y llegas tan tarde*». Yo alzaba los hombros y le prometía que era la última vez. «*No te pongas gruñona, Amanda, que te van a salir arrugas*», la cargaba. Me caía bien Amanda. Me gustaba mi colegio. En el recreo íbamos al quiosco, y era una batalla campal. Morían asfixiados los chicos de primaria, apretados por los del secundario, contra el mármol que nos separaba de los chocolates y los sanguchitos de milanesa. Yo casi nunca compraba golosinas, no tenía plata. Pero iba igual. Me fascinaba ver las rueditas de chocolate, los paquetes de papas fritas, la coca cola de vidrio. Me encantaba ver la alegría, la desesperación, la locura con la que los demás compraban. No había criterio para comer: Pedían panchos a las diez de la mañana, después comían alfajores, y bajaban todo con cindor. El colegio no dejaba que el quiosco

vendiera chicles. Corría el rumor de que una vez un chico casi había muerto por tragarse uno. Yo compraba afuera, en el quiosco de Guille, y masticaba con mucho cuidado. Si alguien me pedía, yo le avisaba: No te lo vayas a tragar.

Salía del colegio y me quedaba charlando en la esquina del gimnasio. Esa era mi esquina. Era la esquina de todos. Si te pegaban, te pegaban ahí. Si te besabas, te besabas ahí. Tenía una pared llena de grafittis, y siempre estaba viva, llena de gente. Después volvía caminando a casa con Emmanuel. En la calle Ventana nos cruzábamos un perro negro. «*Hola, perro, chau, perro*», lo saludaba. Emma se reía. Pateábamos tapitas de gaseosas, hablábamos de amores, de malas notas, me pedía ayuda con la tarea. Llegábamos y me ponía a cocinar mientras él encendía los dibujitos. Yo hacía de cuenta que los miraba por él, pero me gustaba tanto mirarlos. Amábamos Doug y los padrinos mágicos. Me llamaba alguna amiga para merendar, colgábamos horas hablando por teléfono y ya al final de la charla arreglábamos un horario. Pasaba por el quiosco de Emilio, a mitad de cuadra, y compraba algunos Guaymallén para llevar. Mi mamá me decía que era de mala educación caer con las manos vacías. Emilio no era un buen quiosquero. Tenía seis variedades de golosinas, casi todas estaban vencidas, y una vez me vendió un Tofi con el dulce de leche verde. Pero era el quiosquero del barrio y hubiera sido una traición cambiarlo por otro mejorcito. Al lado de su quiosco, estaba Blanca, una anciana que tenía la casa más linda de la cuadra. Había sido una mujer de mucho dinero que en algún momento enloqueció. Blanca gritaba muchas malas palabras, decía que la tenían secuestrada y metía más miedo que Amanda cuando te miraba fijo, a través de las rejas, con sus ojos celestes como el cielo. «*Ayúdame*», te pedía. «*No me dejan salir, llama a la policía*». Yo me quedaba parada, escuchándola, sintiéndome inútil. «*Pero*

por qué no te vas a la puta que te patrió, nena», rezongaba después. Y se iba caminando a su patio.

Yo guardaba los Guaymallén en la riñonera, que todavía no te hacían parecer un mongolito, y me iba a lo de mi amiga. Los camioneros me tocaban bocina, y me pedían casamiento. Yo les contestaba sonriendo que no creía en el matrimonio, y seguía. A veces me cruzaba a la tana, una vecina. Nunca le entendía nada de lo que decía. Pero ella insistía, porque le gustaba demasiado hablar. Me invitaba a la casa, para que jugara con su nieta Luciana. Yo no iba mucho porque te daba de comer hasta que dolía la panza. «*Mangiare, é buono! ¿Non ti piace? Mangiare, mangiare*». Siempre había cosas ricas en lo de la tana, y no te dejaba irte hasta que no te tomaras dos vasos de Coca Cola. A mí no me gustaba mucho la Coca Cola. Mi mamá compraba las marca Ciudad del Lago, que tenían gusto a remedio. La peor era la de naranja. Cada vez que me duele el estómago, mi vieja me reta: «*Es la cerveza que tornas, Magalita, saliste borracha*». Y yo la cargo: «*Má qué la cerveza, ¡fueron las Ciudad del Lago!*».

En lo de mi amiga abríamos los alfajores, y mirábamos el barrio por su ventana. No pasaba nada, nunca. Pero nos gustaba mirar por la ventana. A las cinco y media emprendía la retirada. No era de extrañar que pisara caca en el camino. Sabrán comprender, no estaba de moda levantar la caca del perro en Pompeya. Pero no me molestaba gastar la suela contra algún cordón para limpiar la zapatilla. Cuánto más sucias, más rotas, y más usadas estaban las Topper, más lindas eran.

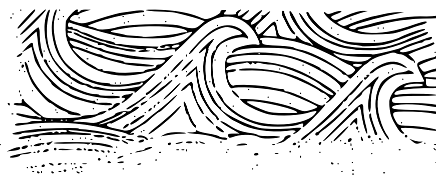
Mi vieja me esperaba con un café con leche, recién calentado en el microondas. Le parecía una maravilla haber dejado de usar el jarrito al fuego, y te servía más cafés con leche que la tana Coca Cola. Mi hermano prendía la *play station* y jugábamos partidos hasta que se hacía de noche.

Él siempre elegía Japón, y yo Brasil. Pero casi nunca le ganaba. Y él se sorprendía: «*¡Elegí Japón! ¡Elegí Japón y ni con Japón me metés goles!*». Yo me reía, pero por dentro estaba reenojada. Entonces salíamos al patio y jugábamos al fútbol en serio. «GOOOOL», le gritaba, mientras la pelota chocaba fuertísimo contra la pared. Me besaba la remera y le bailaba. Él me hacía el gesto de «qué hambre», y sacábamos del medio. El medio era la rejilla. Salomé, nuestra perra, pasaba corriendo a la cocina, temerosa de que le reventáramos la pelota contra el hocico y mi hermano en el afán de ganar el partido, afilaba la zurda, y le daba a la pared con toda la furia. «*ME VAN A ROMPER EL FAROL*», gritaba mi vieja. Y quizás llamando a su desgracia, minutos después, le estábamos dando al farol de luz. «*LES DIJE, SON BRUTOS, SON BRUTOS. ADENTRO, SE TERMINÓ*». Con Emma protestábamos, pero le hacíamos caso. Llegaba Dani de la facultad, nos sentábamos a comer, y encendíamos la tele. Mirábamos todas las novelas. Después nos peleábamos por quién no lavaba los platos, y a la cama. Yo me ponía el despertador a las seis y media y me despertaba a las siete y cuarto. Ocho menos diez me encontraba con la cara de Amanda: «*Tenés que venir antes de las ocho menos cuarto, Magalí*». Y, quizás, porque el día estaba lindo, o porque ella estaba un poco menos gruñona, me hacía pasar.

«Yo no me voy a arrepentir porque el barrio se lleva adentro».

Y es cierro. Emmanuel lo sintió con Caballito. Yo siempre me quedé con Pompeya.

Y tatuado, o no: El barrio no se pierde.



Piel

Tengo siete años. Estoy en la playa, aterrada. Mi mamá me está empujando al mar y yo no quiero entrar. Le digo que me va a doler todo, y ella me dice que sí, pero que es parte de la curación. Tengo ganas de llorar, y sin embargo, no lloro. Hace días que me está costando mucho caminar. Tengo la planta de los pies tajeada en varias partes. Los médicos no encuentran explicación. Así y todo, ofrecen soluciones: «*Meta a la nena en el mar, que con la sal del agua, las heridas van a cicatrizar más rápido*».

Qué cosa jodida los doctores. No soportan el silencio. No soportan no saber. Cuando no saben, justifican: «*Lo que tenés, es psicológico*».

Cedo a los empujones y la agarro de la mano. Camino, como caminan los pingüinos, torpe y despacio, en dirección al mar. El agua entra de golpe en todas mis heridas y me muero de dolor. No contengo las lágrimas. Mi mamá me toca el pelo y me dice: «*Un ratito más. Espera un ratito más, hija*».

Espero. Me levanta en sus brazos y me saca del mar. Te odio, mar, te odio. Mi mamá me envuelve en una bata de Mickey y me quedo sentada en una reposera, sin apoyar los pies. No vuelvo a caminar ese día. Cumplo esas vacaciones,

sin la hermosa sensación de felicidad, el sueño de todos los niños: Vivir a upa.

Las heridas cierran unos días. Vuelven a abrirse, vuelven a castigarme. Muchas personas piensan que en la vida es peor haber tenido la vista sana, y después quedar ciego… Yo esos años pienso que curarme la piel y después volver a sufrirla, es mejor que no caminar.

Visito hospitales. Muchos. Demasiados. Los médicos dicen que tal vez sea un hongo extraño. Que también puede ser una alergia. Alergia a la goma, decretan finalmente. Para ese entonces, ya tengo 11 años y decir eso cuando me preguntan por qué voy en alpargatas a la playa o por qué le pido a mi compañera de banco que borre los errores que cometo con lápiz, es un punto incómodo y de doble sentido.

Se me empiezan a abrir también las manos. Ya no sólo se cortan, sino que las capas de piel se caen de a pedazos. Me da miedo perder las huellas digitales. Le pregunto a mi mamá si las voy a perder y me dice que no, que ahí está la identidad, y que no importa cuántas veces se me caiga la piel, las voy a seguir teniendo. Me quedo tranquila y dejo de fantasear con ser una ladrona de bancos inatrapable.

Paso algunos días recorriendo las calles en busca de aloe vera, otra de las soluciones médicas. Mi mamá pasa algunas noches vendándome los pies y las manos con esa planta. Visitamos otros muchos médicos. Me raspan los pies y las manos. Ellos les dicen «Muestras». Yo les digo «Lágrimas».

Uno afirma: «*Es algo hormonal. Se le va a pasar cuando se desarrolle, más o menos dentro de un año*». Y yo le creo.

Cuento los días para mis doce años. Vienen. Y la profecía de curación, unos meses más tarde, se cumple.

Llega el verano, mi mamá me compra unas ojotas. Soy feliz. La piel está resentida, pero no duele. Camino por la arena con las ojotas como si fuera la aventura más linda del universo. Las dejo en la orilla y me meto al mar. Las olas me

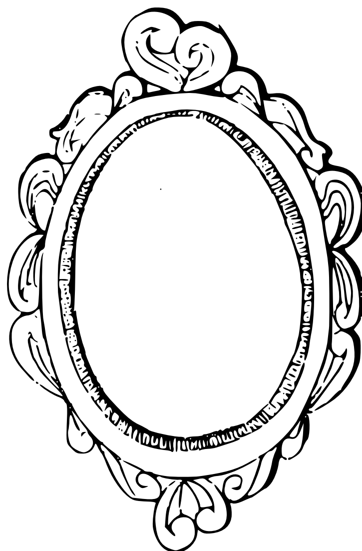
pasean, me suben, me revuelcan. Me llevan a otra playa, me pierdo. El guardavidas me agarra de la mano y busca mi sombrilla. Así mil veces. Me acostumbro a perderme. Paso horas en el mar nadando, inventando cuentos, jugando con otros chicos. Te quiero, mar, te quiero.

Vuelvo al colegio. Borro yo misma los errores que cometo con lápiz. Me compro la goma blanca, la azul y roja no me gusta. Mi mamá me dice que es más barata la segunda, que por qué no la quiero. Me explico: Primero, porque es muy dura y áspera. Segundo, porque tiene los colores de San Lorenzo. Entonces me reprocha que no puede comprarme lo más caro porque no lo cuido, que siempre pierdo todos los útiles, incluida la goma. Que pasa un mes de clases y yo ya no tengo cartuchera. Mi hermano Emmanuel me aconseja con simpleza que vaya a portería, pida la caja de cosas perdidas, y me agarre los útiles de otros y también una cartuchera. Yo me río. «*Ni loca*», le digo. Me explico: Primero, porque es robar. Y segundo, porque la caja de las cosas perdidas la tiene Amanda.

Años después me encuentra una frase de Frida Kahlo: *Pies para qué los quiero, si tengo alas pa' volar*.

Sonrío y pienso: Qué suerte que tengo las dos cosas.

(Sobre todo las alas).



Frágil

—Maga, vos no entendés la vida porque lees muchos libros.

—Lo poco que entiendo de la vida es por leer libros.

—No, pero la vida no es como en los libros, Maga. Mirá, vos no sos… fea. Pero no tenés onda. Te falta onda, ¿entendés?

—Sí.

Eran épocas de secundario, y mi mejor amiga intentaba explicarme los códigos adolescentes para no quedar marginada.

—Si te hablan, tardas en contestar.

—¿Aunque me guste la persona que me habla?

—Más si te gusta. Y la pollera del colegio… ¿Por qué la usas tan larga?

—Porque es junio, hace frío.

—Bueno, le hacés un dobladillo urgente. Si no sabés coser, le digo a mi mamá. El frío no importa. Y esa campera enorme… Donala. Parecés Michelin.

—No tengo otra campera.

—¿Preferís una gripe o morir virgen?

—No sé. ¿Una gripe?

—Obvio que una gripe.

En las películas de Hollywood, el cambio de la protagonista sin onda a la protagonista con onda, se da vertiginosamente. Pero la vida es otra cosa, y yo empecé a cambiar despacito, y cagándome de frío.

En la secundaria no era popular. Era graciosa, pero no popular. Era amiga de las populares, pero no popular. No pertenecía, del todo, a ninguna secta. No terminaba de ser nerd, ni linda, ni simpática, ni tonta, ni mala en los deportes, ni rateadora profesional, ni marginada. No terminaba de ser, porque siempre me gustó más estar que ser. Más viajar que quedarme. No terminaba de ser porque era adolescente. Pero en ese entonces no lo entendía, y me molestaba muchísimo no pertenecer. Hacía cosas para pertenecer, a veces. Iba a los cumpleaños de quince, y actuaba que me encantaba llevar botas de taco alto, y sonreía en el odioso momento del carnaval carioca, donde nunca faltaba el que te decía, si te quedabas sentada en la mesa: EHH, QUE AMARGA. Fue en esos tantos carnavales carioca donde me di cuenta que los hombres tienen una manera de decirte que sos fea, y es agarrándote los hombros en el trencito en vez de la cintura. Fue en esos cumpleaños donde aprendí que las mujeres podemos fabricar lágrimas sin sentirlas, que la gente puede gritar que te quiere mucho, y al otro día susurrar que deberías morirte por hacer una fiesta tan mala, y que lo mejor de tener quince años… es que algún día vas a dejar de tenerlos. Hacía cosas para pertenecer, a veces. En serio. Leía los consejos de la Cosmopolitan, y los citaba como

si realmente fueran útiles. Me sacaba algunas malas notas. Cuando la profesora de Literatura hablaba de Harry Potter fingía no tener la más mínima idea de quién era. No abría los tupper que mi mamá me mandaba con comida. Gustaba del que gustaban todas. No corría en gimnasia. Pero no alcanzaba. Porque algunos días me aburría tanto de ese mundo gélido que se notaba. La máscara se caía a pedazos. Y yo me enojaba conmigo. Pero también me quería un poco por la misma razón.

—El sábado hay una matineé acá. Te voy a presentar a Pelusa, y vas a estar con él.

—¡Pero no lo conozco!

—Él sí te conoce y le gustás. Aprovechá, Maga.

—¿Por qué le dicen Pelusa?

—Porque tiene 19 años y no tiene bigotes, tiene como pelusa. —Ah.

Y ahí estaba yo, unos días después, sentada en el mástil del colegio, sonriéndole incómoda a Pelusa, que además de no tener bigotes, no hablaba una palabra. El me miraba tímido, con sus ojos grises. De fondo estaban pasando una canción de «El original».

—Me dijeron tus amigas que de grande vas a ser monja.

—¿Qué?

—¿Creés mucho en Dios?

—No. No voy a ser monja. Te lo habrán dicho porque uso larga la pollera del uniforme.

—Ah… ¿Y entonces qué vas a hacer cuando seas grande?

—Buscarme amigas más copadas.

Pelusa sonrió de compromiso.

—¿Cómo te llamás?

—Pelusa.

—No, así te dicen.

—Gabriel.

—Como el ángel.

—…

—Hubiera sido gracioso que se llamara el ángel Pelusa.

—…

—¿Querés bailar, Gabriel?

—No sé bailar.

—Yo tampoco. Pero estamos en un baile. Vamos, dale.

Después de algunas canciones, Pelusa me dio un beso. No me gustó. Pero no se lo demostré. Quizás porque bailando lo había pisado varias veces, y él me había perdonado todas. Llegué a mi casa, me saqué los zapatos, el *jean*, la remera, y me acosté a mirar el techo de mi cuarto. Había una fórmula para encajar y yo no la tenía. O me rebelaba, o me unía. La opción más deseada era rebelarme, pero estaba muy sola para ser rebelde. Y a mí las personas, incluso las que me parecían patéticas, todavía me hacían falta.

Llegó el verano, nos fuimos de vacaciones a Santa Teresita con mi familia como todos los años. Allá, valga la ironía, me había hecho amiga de varios pueblerinos y era la porteña líder del grupo. Mi hermano Emmanuel me odiaba: «*Siempre hacemos todos lo que vos querés. Yo digo playa, vos decís fichines, y vamos a los fichines. ¡Videojuegos se dice, nena!*».

Yo me reía. Eran mis únicos quince días de popularidad y no podía resignarlos. En Santa Teresita todo era felicidad. Gustaban de mí los que a mí me gustaban, andaba en bicicleta todo el día y me bañaban el helado con chocolate.

«*Me dan bola porque soy la más grande, Emma. Y no van a la playa, porque viven acá, están hartos de la playa*». Y él refunfuñaba: «*No me importa lo que me digas. No quiero ser más de tu grupo, me corto solo*». Y se iba. Y a los días volvía a juntarse con nosotros, y a jugar a los fichines.

El verano de mis quince años decidí que no tenía el coraje de rebelarme. Me iba a unir a lo que se tenía que

hacer. Y entonces, como todas mis amigas, empecé una dieta. Pesaba 49 kilos.

48. Voy al cumpleaños de Luciana, y por primera vez en la vida, la tana no logra ciarme de comer.

47. La profesora de Gimnasia me dice que me ve más linda.

46. Aprendo a cocinar para saber las calorías de lo que como.

45. No pruebo más una galletita dulce.

44. Tomo cuatro litros de agua de corrido.

43. No juego más al fútbol con Emma. Tengo sueño todo el día.

42. Un linyera me pide una moneda para comer. Pienso que él no come porque no puede. Y yo no como porque estoy enferma.

41. No me vuelvo popular. Me vuelvo anoréxica.

Llega un cumpleaños de quince. Me saco la ropa del colegio, y me pongo un pantalón ajustado y una remera negra. Mi mamá me ve de camino al baño. Abre los ojos como una lechuza y me frena.

—Magalí, ¿hace cuánto que no comes?

Me quedo callada.

—Emmanuel, vení para acá. ¿Hace cuánto que no almorzás con tu hermana?

«*No sé*», le dice él. Me mira y frunce las cejas: «*Ella me dice que come después. Nunca pensé por qué come después que yo*». Mi mamá se queda muda. «*¿Vos estás tirando la comida?*», me pregunta. «*Con lo que a mí me cuesta comprarla, ¿vos estás tirando la comida?*». No le respondo. *«¿Vos estás vomitando?». «No, mamá, cómo voy a vomitar, te queda el gusto y te sale comida por la nariz, no»*. La perra sale de abajo de la mesa y en un segundo las piezas se acomodan solas en el rompecabezas. «*¡¿Le estás dando la comida a Salomé?!*». Mi perra, gorda como un

chancho, escucha su nombre y mira a mi mamá. *«Levantate la remera, Magalí». «No». «Levantate la remera, hija». «No». «¿Cuánto pesas?». «No sé». «¿Cuánto pesás?». «41». «Mañana llamo a la nutricionista»*.

Un mes después, estoy sentada en un consultorio.

«¿Y está comiendo?». «Sí, la controlo». «Tiene que subir ocho kilos más. Le voy a hacer una lista de las cosas a comer. Magalí, ese es tu nombre, ¿no?». «Sí». «¿Ves el pájaro que está en la baranda de mi balcón?». «Sí». «Bueno, está en la cornisa. Vos también estás en la cornisa. ¿Vas a saltar, o vas a volver?». Quiero decirle que es una bruta. Pero le digo: «*Voy a volver*». La nutricionista sonríe. *«Bueno, vas a venir acá una vez cada quince días y te voy a pesar». «¿Cuánto tiempo?». «Hasta que vuelvas a tu peso. Tu estómago está cerrado, te va a doler llevarlo a su tamaño. Tené paciencia, Magalí. Tenés un principio de anorexia*», determina. Y yo digo: «*Ah*». Y pienso: «*Ni siquiera pertenezco del todo a la secta de la anorexia*».

43. La comida me desgarra el estómago y me quejo, sacándome las lágrimas de la cara: Es muy difícil engordar.

44. Odio las lentejas y las tengo que comer hasta en ensaladas.

45. Una vecina me dice que parezco un cadáver.

46. Me doy cuenta que a mi mamá no le gusta el dolor. Cuando ve dolor, se enoja. Y la entiendo. Mucho dolor junto desde muy chica. No le gusta el dolor ni en las películas. Si le recomendás un drama te dice: Para drama está la vida.

47. Vuelvo a comer galletitas dulces.

48. Una compañera me escribe con birome celeste «Magalí» en la remera del uniforme. Le pregunto por qué hizo eso, y me dice que porque es divertido. La amenazo: «*No llega a salir y te cago a trompadas*».

49. Me llama mi mejor amiga y me dice que tiene alguien para presentarme, se llama Gerardo. Le pregunto si tiene

setenta años y me dice riéndose que no, que tiene dieciocho y un nombre de mierda.

50. Estoy acostada en mi patio, al lado de Salomé, que adelgazó unos kilos desde que no le doy platos enteros de ñoquis y milanesas napolitanas, leyendo el tercer libro de Harry Potter. El sol de octubre me hace transpirar. Es mi cumpleaños número dieciséis.

—Che, cu, ¿sabés de qué me di cuenta este último año?

—¿De qué, Maga?

—De que es verdad que si no te querés vos, no te puede querer nadie. Pero hay algo peor que no quererte, y que no te quieran, y es no poder querer a nadie. No querer a nadie es un bajón. Estaba muy enojada con el mundo.

—Sí, estabas muy enojada.

—¿Vos sabés por qué sos mi mejor amiga? Porque yo pienso que a vos te preocupan cosas superficiales, y vos pensás que yo soy rara y medio boluda. Pero vos aceptás que yo quiera ser diferente, y yo acepto que vos quieras ser igual. Y cuando viajamos en colectivo, nos podemos quedar calladas y está bien. A veces no nos bancamos, casi nunca estamos de acuerdo, y está bien. ¿Entendés?

—Mmm… Más o menos.

—Bueno. No importa. Encima fui recursi. Que te quiero mucho.

—Ja, ja. Yo también te quiero mucho, Maga.

Nos quedamos calladas.

—Che… ¿al final te puedo presentar a Gerardo? —No. Ni en pedo.

Nos reímos.



Voldemort

Tengo once años. Estamos en mi casa de Pompeya. Mi mamá prepara la cena desde temprano y yo estoy sentada en el sillón, mirando la tele. Ella se acerca a la baranda que divide la cocina del comedor y me llama.

—Maga.

—¿Qué?

—¿Lo viste a tu papá hoy?

—Sí, estuvo en el colegio a media mañana.

—Pero ¿en qué momento trabaja ese hombre?

—No sé… Tiene horarios muy raros.

—¿Qué querés decir, hija?

—¿Vos creés que papá trabaja?

—¿Para vos no?

—No. Para mí es obvio que no trabaja.

—¿Y de dónde trae la plata?

—¿No te dice?

—Él me dice que trabaja de chofer en el aeropuerto, que cuando sale un viaje lleva al pasajero y que por eso no está

todo el tiempo ocupado.

—No sé, ma. Quizás trabaja. Deberías hablarlo con él.

—Tu padre es una persona que podrías amenazar con clavarle un cuchillo en el cuello y ni así te diría la verdad.

—¿Y por qué te casaste con él?

No recuerdo las razones de mi mamá. Tal vez fueron que era muy divertido, o que ella no toleraba vivir más con mi abuela. Quizás que era seductor, o por costumbre. A veces todavía me pregunto qué la llevó a casarse con mi papá. Y otras creo que las personas muchas veces no saben por qué se casan realmente.

No era un mal padre mi viejo. Pero sí era un tipo raro. Nunca sabías lo que estaba pensando. Tenía un gran talento para ocultar cosas, para mentir, para caerte bien y para hacer asado. Donde ibas, lo conocían. De puertas para afuera era cautivador, gracioso, inteligente, sociable, solidario, incondicional. De puertas para adentro era inestable, misterioso, injusto. Claro que a veces tenía buenos gestos. Nos llevaba al colegio. Nos festejaba los cumpleaños. Nos llevaba de vacaciones. Jugaba con nosotros. Nos hacía cosquillas. Nos mostraba que hacer reír a la gente era un don. Un don inútil si uno es infeliz.

Había cosas que yo no entendía de mi papá, pero lo amaba. También lo odiaba. Eso causaba él: Nunca te daba lo mismo.

Me decía «Carlitos» cuando quería hacerse el chistoso. *«Carlitos, te la pasas jugando al fútbol con los varones». «Carlitos, ¿qué nene va a gustar de vos?». «Carlitos, a ver cuándo te peinás un poco»*. A mis doce años me harté de su apodo y decidí no jugar más a la pelota.

«Maga, ¿querés venir a jugar con nosotros a las tres?». «No». «Pero hay un partido rebueno, y nos falta uno». «Bueno, pero yo no soy un varón». «No, ya sé, pero sos la única chica que juega bien». «No puedo». «¿Y más tarde

podés?». «No, no voy a jugar más al fútbol». «¿Eh? ¿Por qué?». «Porque las chicas no juegan al fútbol, Matías. Chau».

Ese verano lo pasamos en una quinta en Ezeiza. Mis hermanos llevaron una pelota y no la toqué. *«¿Qué pasa que no jugás, hija?». «Nada». «Dale, ¿qué pasa?». «Colgué los botines»*. Mi viejo se rio. *«¿No vas a jugar más, Carlitos?». «No me digas Carlitos nunca más»*.

El siguiente verano lo pasamos en Santa Teresita. Diciembre. Enero. Febrero. «*¿Cuándo vamos a volver, papá*?». *«Más adelante». «Pero esto ya es un embole, ¡hace tres meses que estamos acá!». «Bueno, pero está linda la playa. Después se quejan que están cansados de la ciudad». «Pero en diez días empiezo el colegio, ¿podemos volver? No quiero volver y ya empezar las clases». «Bueno, volvemos unos días después de que empiecen las clases»*. Mi mamá escucha y se mete. *«Alfredo, ¿cómo vamos a volver con el colegio ya empezado?». «¡Son las únicas personas que conozco que se quejan por estar de vacaciones, no se puede creer! Nos vamos a quedar hasta que se me canten las pelotas, que para eso trabajo todo el año como un burro»*. Yo me río irónicamente. *«¿De qué te reís, Magalí?». «De nada»…*

Volvemos el tres de marzo. A la noche vamos al cumpleaños de Matías, mi excompañero de fútbol y el hijo de una amiga de mi mamá. Ella se entretiene hablando sobre los meses que pasamos afuera. «*No se quería volver más este. Los chicos y yo no aguantábamos más, imagínate*»… Le contaba a Mónica entre risas.

Un tiempo después, llego del colegio y mi mamá está dando vueltas por toda la cocina. *«Tu papá le pidió plata a Mónica». «¿Qué?». «Sí, le pidió doscientos dólares hace un tiempo y no se los devolvió. Me llamó y me pidió que hablara con él. Yo le dije que no tenía idea, si no, no voy a*

ser tan pelotuda de contarle los meses que estuvimos en Santa Teresita, como si tuviéramos la guita del mundo. Me siento una forra, ¿cómo le va a pedir plata a mi amiga a mis espaldas? Con razón este hijo de puta no quería volver… Lo llamé y me dijo que se la va a devolver hoy pero no aparece». «Bueno, ya va a aparecer, mamá. En algún momento tiene que aparecer». «Ay, Magalí… Cuando vuelva a casa lo estrangulo».

Se hacen las dos. Las tres. Cuatro. Cinco. Seis. «*Alfredo, llámame, te dejé cuatro mensajes*». Siete. Ocho. Nueve. «*Alfredo, prendé el celular y dejá de poner el contestador, te voy a matar a trompadas, atendé el teléfono*». Diez. «*Te lo pido por favor, no cagues a Mónica, porque me muero*». Once. «*Alfredo, la puta que te parió, atendé el celular*». Doce. «*Alfredo, llamame, te lo ruego*». Una. «*Vamos a dormir, mama*».

Días más tarde, mi papá vuelve. Que perdón, que no lo pude hablar antes, que me taparon un poco las deudas, que yo se lo voy a devolver. Mis hermanos y yo estarnos callados. Mi mamá llora. «*Te juro que se lo voy a devolver, Susana. Tuve problemas nada más. Necesitaba arreglar algo del auto, ya esta*». Mi mamá escucha, escucha, escucha, y perdona. Mis hermanos lo abrazan. Yo sigo callada, mirándolo. El que te miente una vez, te miente siempre, me decía mi vieja de chica. Y yo no me olvidaba.

A la semana mi viejo volvió a desaparecer. Aprovechó que mi vieja salió a comprar, agarró sus cosas y se fue. Mi mamá lloró durante horas. Yo me acosté a dormir al lado de ella. No podía llorar. No podía sentir nada.

Ella arrancó a trabajar en dos lugares y habló con Mónica para empezar a devolverle los doscientos dólares en cuotas. Mónica nunca le creyó que ella no supiera del préstamo, y cada vez se fueron hablando menos, hasta no ser más amigas. Casi todos los conocidos de la familia actuaron como

ella. Mi papá aparecía una vez por mes con bolsas de supermercado. Y todos los días caían llamados de gente que quería cobrarle algo diferente.

Una noche llamó una mujer. Pertenecía a una especie de grupo de mujeres estafadas por mi viejo. Él les había hecho, según la mujer, el mismo cuento a todas: Era viudo, había matado en un accidente de tránsito a sus tres hijos y a su esposa, y desde ahí sólo vivía la vida con dolor. Con ese dolor conseguía las extensiones de la tarjeta de crédito, el efectivo y los cheques. La mujer lloraba al oído de mi mamá: «*Hasta nos llevó a conocer el lugar de la ruta en el que había sido el accidente el muy hijo de puta*».

Otra noche llamó un hombre: «*Si Alfredo no aparece con la guita, les lleno la cabeza de piorno a todos*».

Una mañana llegó una carta documento. La casa estaba hipotecada. La iban a rematar.

A veces, mi papá llamaba por teléfono y decía: «*No puedo devolver la plata porque estoy pagando el tratamiento de diabetes*». Decía: «*Estoy pagando los remedios del cáncer*». Y yo entendí que mi papá estaba enfermo. No de lo que decía. Estaba enfermo de mentir, de ser otro, de jugar con las personas, de desamor, de abandono.

Voldemort, empezamos a llamarlo. Como el innombrable de Harry Potter. Y tenía sentido. Ya no lo podíamos nombrar. Quizás por dolor, quizás por decepción, quizás por vergüenza, quizás por odio. Mi papá ya no salía de la boca de ninguno de nosotros. No existía.

Una tarde agarramos los álbumes de fotos y empezamos a recortar su cara de todos lados. Fue un acto estúpido, de ira, y con ánimos de olvidar. Ni muerto ni vivo. Desaparecido. Así estuvo durante años mi papá.

Tres inviernos después, mi mamá conoció a Pablo. La estaban por echar del laburo y él la defendió con el gremio.

Se pusieron de novios y a los meses mi mamá me preguntó si me molestaba decirle papá. Yo le dije que no. Y así fue como, cuando lo sentí menos incómodo, empecé a decirle papá a Pablo. No dejé de ser consciente que no era realmente mi papá. Pero él pagaba las cosas, me cuidaba cuando me enfermaba, se preocupaba si me iba mal en el colegio, me decía «*Buenas noches, Maga*», estaba en mis cumpleaños, y hacía incluso algunas cosas por mí que ni siquiera había hecho mi papá. Mis amigas me preguntaban cómo podía decirle papá a otra persona. Y yo les decía: «*Si los padres pueden abandonar a los hijos, entonces los hijos pueden abandonar a los padres*». Si mi viejo había decidido no ser más mi viejo, ¿por qué yo no podía decidir no ser más su hija?

La sangre es la sangre, se dice mucho. Y es cierto. Quizás era muy chica para entenderlo y por eso le llevé la contra al dicho, pasando por alto los lazos sanguíneos. Pero también era muy chica para no tener papá.

Alfredo apareció y firmó el divorcio. Mi mamá se casó con Pablo.

Mucha terapia y años después pude nombrarlo. Pude llorarlo. Un día, me buscó y lo cité en un bar.

—Hace doce años que espero tenerte sentada en frente.

—Yo ya ni me acordaba tu voz.

—Yo sí me acuerdo de vos, hija. Estoy acá para responder todas las preguntas que quieras hacerme.

—Prefiero que me cuentes sin que te pregunte. Te escucho.

¡Alto ahí!

—Soltar (te)—

Una mujer vuelve del supermercado. Lleva dos bolsas pesadas en las manos. Si las suelta, algo de lo que lleva adentro se rompe. No quiere que eso pase porque pagó por esas cosas. Quiere que esas cosas se mantengan intactas. Algunas las va a disfrutar, otras simplemente le son útiles. Las bolsas les resquebrajan las manos. Duele tanto peso. Y duele llevarlo sola. Si hubiera llevado a alguna amiga al supermercado… Si hubiera aceptado que no podía llevar eso a cuestas… ¿Y ahora? Ya está.

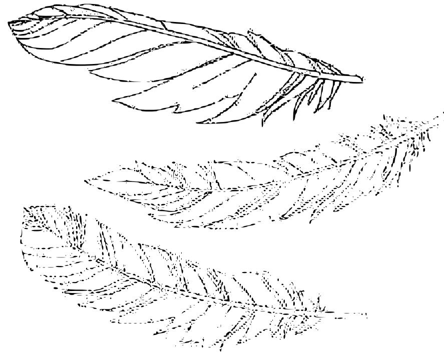
En el camino a casa intenta pensar en otras cosas, pero el dolor en las manos punza. Se frena. Deja las bolsas un minuto en el suelo. Suspira. ¿Está lista para seguir? Duda. Se frota los dedos. Los tiene irritados. Los mira. No puede evitarlo. Piensa que el dolor tiene un atractivo visual. Basta cortarse un dedo para que se haga famoso. «*Mirá, miré, me corté…*». Las heridas físicas las exhibimos… Las interiores también.

No me gusta el compromiso. Vamos despacio. No confío en vos. Me pasaron muchas. No es el momento. No sos real. Me gustaría creerte. No voy a cambiar por nadie.

La mujer vuelve a agarrar las bolsas. Sigue caminando.

Soltar duele.

¿Y sostener lo insostenible?



Una pluma

Los actos escolares son la forma más visible y al mismo tiempo sutil de discriminación en el colegio. ¿Por qué? Acordate. Llegaba el 25 de Mayo y tu grado se dividía en damas antiguas y mazamorreras, en los integrantes de la Primera Junta y los aguateros. No es que tuviera algo de malo ser mazamorrera o aguatero, *per se*. Lo que sucedía era que los docentes y tus compañeros te hacían sentir que lo era. He aquí una eterna mazamorrera. Años de ser pintada con corcho, usar una canasta más grande que toda mi persona en la cabeza, y un vestido rojo a lunares con un delantal blanco. «*Empanaditas calientes, para quemarse los dientes*», era mi guión. Disculpen, maestras y compañeros, los dientes no se queman. Ya me llenaron la cara de corcho, no me traten de ignorante.

Las damas antiguas no hablaban. Sólo agitaban un abanico y hacían un baile con gracia. Los de la Primera Junta usaban galeras majestuosas. Los aguateros cargaban baldes. Otros no privilegiados.

Yo miraba a las damas antiguas con sus vestidos hermosos, y sus peinados logrados y me preguntaba por qué nunca ganaba ese puesto en el reparto de papeles. ¿Era fea o era mala actriz? ¿O era fea y mala actriz? Un dilema demasiado grande para una niña tan pequeña. Así son siempre los dilemas de los niños…

Llegó una vez Aladdín, la película de Disney, a las obras del San Antonio de Padua. «*Laurita, vas a ser Jazmín. Facundo, vas a ser Aladdín. Magalí, vas a hacer de agua*». ¿Qué? ¿Cómo de agua? Sí, de agua. Llegué a mi casa y le conté a mi mamá. Se cagó de risa diez minutos.

Yo ensayé roja de la bronca cada parte actoral de mi personaje. Básicamente consistía en estar acostada en el suelo, y no moverme. Era agua de un lago. Ni siquiera un mar para hacer una ola con las manos. Miraba al niño árbol y le tenía envidia. Por lo menos él podía estirar los brazos y tenía un disfraz. Yo tenía seis porras plateadas enganchadas a la ropa.

Hablaba con una de mis compañeras agua (por suerte éramos como cinco para hacer el lago) y la cuestionaba: «*¿Por qué a Laurita siempre le tocan los mejores personajes? ¡Nunca un personaje secundario! La maestra hace diferencias*». Ella me miraba con cara de: Se me perdió la plasticola, y no me sale dividir por dos cifras. No tengo tiempo de pensar en categorías estéticas y mucho menos sociales.

Llegó el día del estreno y mi mamá llevó su cámara de rollo. *«¡Sonreí, Maga!». «No quiero». «Dale, sonreí. Mira como brillas». «Brillo porque las cachiporras son plateadas». «Son porras, hija, no cachiporras. Sonreí que vas a salir con cara de enojada. Mins, Yasmín está contenta y es agua también»*. Yo la miro a Yasmín que tiene la cara de feliz cumpleaños más grande del mundo y me quedo pensando. «*Bueno, dale, mami, sonrío. Saca la foto*».

Todavía no superaba el trauma de la niña agua, cuando llegó el 12 de Octubre. «*Magalí, vas a ser indiecita*». Tenía un rol protagónico y eso me ponía contenta. Lástima que era la boluda a la que le sacaban el oro, la libertad, y la vida mientras le invadían la tierra que nombraban como corno se les antojaba. No me caía bien Colón, me parecía un ladrón y un mal elector de peluquero. Nadie que se jactara de tener buen gusto, o en su defecto amigos, podía tener ese lánguido *look*.

Mi mamá me llenó la cara de colores, consiguió la vincha con la pluma más hermosa, y me contó que los españoles habían hecho una matanza. Que el 12 de Octubre no era algo a celebrar y que tenía que estar feliz de ser indiecita, porque formaba parte del bando de los buenos. Yo le pregunté si podía hablar con mis compañeros para rebelarnos contra los españoles y me dijo que no, que la obra tenía sus actos ya establecidos. Pero no es justo, me quejé. Y ella me enseñó: «*La vida no es justa, hija*». Y yo entendí.

Le pregunté si mis abuelos también habían sido malos, ya que habían venido de España. Ella me dijo, riéndose, que no. Que su papá había sido el hombre más bueno del mundo, y que su mamá había sido una mujer muy dura y tosca, pero que también había sabido tener buen corazón. *«¿Entonces no tengo que odiar a todos los españoles?». «No, no tenes que odiar a nadie»*. «*A veces odio a Laurita». «Pero cuando te invita a la casa a jugar, vos siempre querés ir, ¿o no?». «Sí, porque tiene buenos juguetes». «¿Solamente por los juguetes vas?». «No, también porque Laurita es divertida. Yo también la elegiría para dama antigua en los actos. Tiene como algo especial». «Tiene carisma, hija». «¿Carisma?». «Es como una luz que sale del alma». «Ah... ¿y cómo se tiene esa luz?»*.

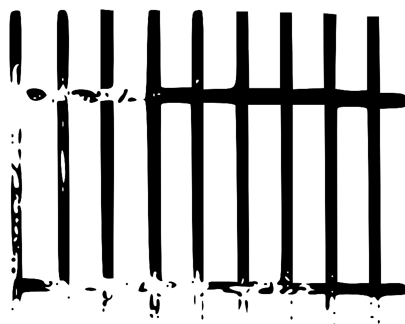
Llegó otro 25 de Mayo. Podías actuar o escribir una poesía y leerla. Yo escribí una poesía sobre la patria. Tenía diez años. Ese 25, fue la primera vez que leí en público. Me temblaban las manos y la voz como un papel. Pero estaba orgullosa. «*Patria no es sólo una palabra bonita*», es lo único que me acuerdo de la poesía.

Un 17 de Agosto le pregunté a mi maestra de lengua por qué festejábamos la muerte de San Martín y no su nacimiento. Ella me respondió que conmemorábamos su muerte, no la festejábamos. Yo le dije que estaba equivocada, porque todos estábamos contentos porque no había clases. Entonces, de alguna manera, festejábamos que se hubiera muerto. Ella no me respondió nada más.

La mayoría de cosas que me enseñó el colegio no las aprendí de los libros escolares, sino de los actos montados en base a ellos. Si pudiera decir qué me llevé de los libros escolares en esos años, fue que estaban escritos por tramposos. Personas protocolares. A favor de los que siempre ganan, de las historias cerradas y las preguntas con respuestas lógicas y concisas. Eran buenos, por lo tanto, en ciencias naturales, y pésimos en sociales. Hablaban de la dictadura como el «Proceso de Reorganización Nacional», de Sarmiento como «el padre del aula», de Colón como el «descubridor de América». Si pudiera decir qué me llevé de los libros escolares en esos años, fue que te enseñan a no pensar. A no dudar. A aceptar los malos gobiernos, las muertes, las guerras, las deudas, las masacres, las protestas, los delitos, las injusticias, como parte de una historia inmodificable. Como si la historia fuera una mina en una bicicleta pasándote por al lado. Y no una bicicleta en la que estás subido, que avanza o retrocede también con tu movimiento.

Los que escriben los libros escolares son, en mi opinión, esos que de chicos no tuvieron un personaje secundario en

las obras del colegio. Los que no experimentaron ser la minoría. Ser los perdedores. Ser los de relleno. «*Empanaditas calientes, para quemarse los dientes*». No. Mejor una pluma, para incendiar con escritura las mentes de la gente.



Vivir esa quietud que llaman «Universidad»

La voz habla monocorde. Los ojos miran apagados. Recita de memoria el texto. Divaga. Resopla. Hace gestos teatrales y solemnes, pavoneando su saber.

«Señor, ¿está usted vivo?».

Lo pienso. No se lo pregunto. Sonrío. Al menos me hizo pensar en algo.

Las palabras dicen lo que dicen, y además más, y otra cosa, escribió Pizarnik. Pero las palabras que me llegan están gastadas, vacías, inertes. No se mueven, no conmueven. Se pierden entre las mil palabras que se escuchan en los gritos de otras aulas, en las conversaciones del pasillo, en los susurros de la cabeza.

«Señor del viejo siglo, ¿está usted vivo?».

¿En qué momento del camino convirtió su práctica en esa arrogancia y ese desinterés que muchos llaman enseñar?

Me enoja que no se reconozca ignorante, que se crea supremo, que predique un saber, que no habilite fugas, pliegues, bailes del pensar. Me enoja y me alegra tanto estar enojada, y no responder con la indiferencia con la que me

está transmitiendo lo que alguna vez deseó aprender. Me gustaría contarle que no vine a la facultad a cerrar teorías, sino a expandirlas. Que no vine a la facultad a que me quiten las dudas, sino a que me las creen. Que no vine a ser obediente, ni sumisa, ni complaciente. Pero, claro, no olvido que allí entremedio está la nota. Vos-sacaste-tanto-porque-vos-sabés-tanto-así-que-vas-a-estar-condicionado-a-lo-que-te-da-el-coeficiente. Sentate-y-estudiá. Devorá-los-libros.

Ah, señor, si me invitara a estudiar levantando la cabeza del libro, dejándome asombrar.

El miedo instalado en el dispositivo pedagógico. *Seescribe-loqueyodigo* es amigo de *Freudloescribióasí*. No se admite: Así lo entiendo yo. No se asume: Te lo voy a corregir desde mi lógica.

Ojalá desencadene, imagino. Ojalá se ponga a bailar la tarantela arriba del escritorio, u opine que no sabe qué significa realmente el alhajero en el sueño de Dora. Que se emocione contando un caso clínico, que se ría, que llore hasta desmayarse, que me demuestre de alguna forma que un litro de sangre le corre por las venas, que me haga sentir, por favor, que me haga sentir, que no es posible la psicología sin pasión, que me reafirme una y un millón de veces que vale la pena y la alegría dedicar la vida a algo, dedicarle la vida a esto. Que recuerde los sueños de juventud, que me ponga la piel de gallina saber que no los perdió, que están ahí. Que registre que los estudiantes también estamos ahí. Con el cuerpo, y las ideas. Dando el presente. Un presente como regalo.

«Señor, ¿está usted vivo?».

Si está muerto, resucite. Acá estamos, escuchándolo. No se abrume si incomodamos con preguntas.

Miro al compañero a mi derecha. Suspira aburrido.

«Joven, ¿está usted vivo?».

Cómo me gustaría escuchar: «*¿Leiste algo de Rivière?*».

Cómo me gustaría decir: «*Todavía estoy tratando de entender más allá del principio del placer*».

Pero están los cuántas materias cursás este cuatrimestre, y los yo me saqué un diez, y yo me saqué un once, y tengo el tercer parcial de Psicopato, y los cognitivos son unos pelotudos, y Lacan es Dios, y ¿los teóricos son obligatorios? Y nadie habla de la angustia, del terror que da saber que un día vas a ser psicólogo, que vas a estar frente a una persona que sufre, que te fue a pedir ayuda, que quizás no sepas darla, que tal vez te tengas que tragar haber leído psicología de las masas nueve veces en catorce materias diferentes dividido en fragmentos, que probablemente no alcance haberte sacado un diez en psicoanálisis cuando alguien te cuente que falleció su hijo, que la dejaron al año de casarse, que su laburo es una mierda, que es judío y se enamoró de una católica, que tiene leucemia, que su papá no la quiso, que su hermano consume cocaína, que su casa está hipotecada, que una voz le dice que se mate y las mil idas y venidas que puede llevar a una cabeza de acá para allá, con su neurosis, su psicosis, su época, su suerte, y sus casualidades. Que vas a estar solo, carajo. Por mucho equipo interdisciplinario, supervisión, y teoría con los que cuentes, en el fondo, vas a estar solo. Y si no te mueve el deseo, ahí no va a haber nada.

«Joven, ¿está usted vivo?».

La silla es demasiado cómoda, te succiona y te inmoviliza. La pedagogía del miedo te cose la boca. Te piden que hables. Te castigan si decís algo equivocado. Apuntás, apuntás, apuntás. ¿Qué hacés? Pará.

¿Y la revolución? ¿Y los desafíos? Te sacan del parcial de cuatro preguntas y entrás en crisis. ¿Y la filosofía, y la sociología? Lo que se desconoce, se desprestigia. Lo que no es fácil, es estresante. Lo que requiere paciencia, mejor que lo haga otro.

Y así va, joven del nuevo siglo, llevándose puestas las materias, recibiéndose —con mi debido respeto— con Psicología del Deporte porque «no tiene mucha carga», y no porque realmente le interesa. Y ya me lo figuro a usted ahí, frente a un paciente, señalando su título impecable: «*¡Le prometo que lo voy a curar de todo, rápida y efectivamente!*». Ya me lo imagino, sorprendido, si una interpretación no le funciona: «*¡Pero si yo cursé Psicopatología con la cátedra más difícil!*». Ya me lo imagino, mudo, cuando la angustia ajena le atraviese los huesos: «*¡De esto no me hablaban en la facultad…!*».

«Joven, ¿está usted vivo?».

Sin saber adonde quiere ir, ¿sería tan amable de seguir caminando? No a los tropiezos. No sea dramático. Desvíese. Retorne. Aloje la angustia. Ayude a caminar a otros. Pida ayuda para caminar. Corra. Trote. Cambie. Cambie mucho.

¡Bah! Para qué más instrucciones. Joven, usted es fanático de que le digan exactamente lo que tiene que hacer.

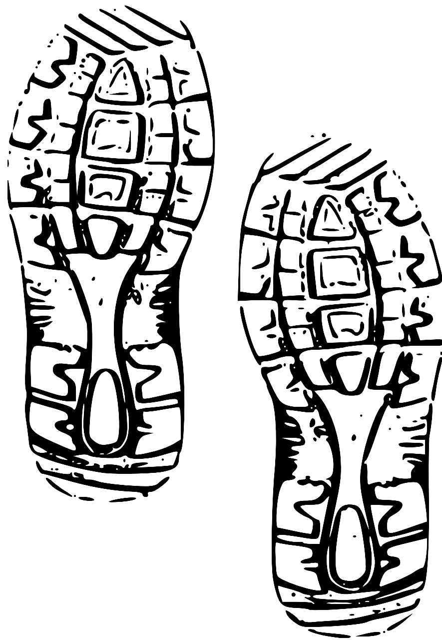
La voz monocorde me devuelve a la realidad.

Mi compañero a la derecha asiente lo que escucha, en silencio.

El monstruo de la universidad me toma desprevenida, y me encuentro también asintiendo.

Del miedo nadie está a salvo.

Despertémonos.



Los extraños

Las personas queremos hablar. Siempre hay algo adentro que nos perturba. Un secreto, una culpa, una responsabilidad, un miedo, un amor imposible. Queremos decirlo, pero no nos animamos. Hacemos cosas estúpidas por no animarnos. Ponemos indirectas en alguna red social. Nos emborrachamos. Nos drogamos. Caminamos distraídos por una avenida, con el semáforo en verde, pensando cómo tomar valor.

Las personas queremos hablar. Queremos, pero nos da terror. Que por lo dicho nos marginen. Nos abandonen. Nos insulten. Empiecen a hablar con otros mal de nosotros. Y esos otros también nos marginen, nos abandonen, nos insulten.

Las personas queremos hablar. Y entonces cuando ya es impostergable el deseo de poner en palabras el dolor, la locura, la trampa, la angustia, lo erróneo, el silencio... Abrimos la boca y se lo contamos a un extraño.

Desde chica fui una de esas extrañas a la que la gente le cuenta cosas. Yo no entendía bien por qué, pero me gustaba ser el baúl de los secretos de esos extraños. Ellos relataban sus historias, y yo los escuchaba. No porque fuera buena, sino porque siempre me fascinaron las historias. Hay gente que está muy loca en el mundo, y eso no es una novedad. También hay gente muy brillante. Idiota. Servil. Confundida. Irónica. Perdida. Maldita. Ambiciosa. Yo no me negaba a las historias de ningún extraño. Y les voy a contar un secreto: Hasta el más hijo de puta, tiene un buen acto. Hasta el más cordero, puede ser lobo.

Estamos en un bar, tomando algo. Hablamos de su abuelo alemán, me cuenta que fue nazi. Yo, sorprendida, le pregunto si quiso decir que fue asesinado por los nazis, y me dice que no, que era nazi. Me dice que él también tiene sentimientos nazis. ¿Cómo cuáles? Y empieza a decir todas esas frases que los argentinos conocemos bien: Hay que matar a todos los negros. Hay que poner bombas en las villas. Europa es otro mundo.

Le digo que no estoy de acuerdo, y que además estoy incómoda. Me pide disculpas, y me cuenta que él ama al abuelo. Que se crio con él, y que supone que es normal que tenga muchas de sus ideas. Me dice que el papá se suicidó cuando él era un nene. Que se pegó un tiro en la sien porque fundió la empresa. Mi abuelo ya murió, me dice. A veces lo veo. ¿Lo ves o lo sentís? No, lo siento. Pero yo sé que es él.

Estoy en una fiesta, tirada en un sillón. Un pibe se sienta al lado mío. Es muy flaco, está pálido y pasado de merca. Le pregunto si está bien. Me dice que no, que se cagó encima.

Le pregunto si quiere que lo ayude, que podemos pedirle algo de ropa al dueño de la casa para que se cambie. No me contesta. Yo lo miro un tiempo largo. Tengo miedo de que se desmaye. Tengo terror de que se muera ahí. «*Yo no me puedo drogar más*», se queja, «*soy un pelotudo. Mi vieja se llega a enterar que yo me drogo y se muere. Es lo más grande que hay mi vieja, ¿sabés? Es lo más grande*».

Le digo que no es fácil salir de la droga, pero que tengo amigos que lo hicieron. Que lo puedo acompañar un día, si quiere, a Narcóticos Anónimos. «*Ni en pedo*», me dice. «*Yo la voy a dejar solo. Ya está, este es el último día que consumo. La merca no es nada, boluda. ¿Sabés cuántas cosas probé? Coca, paco, nafta*»… Nombra drogas que ya no recuerdo, y que no conozco. «*¿Sabés cuántas veces caí en cana por robar, para tener un mango para la blanca?*». Sonríe: «*La blanca es la más rica. El paco es la peor. ¿Sabés por qué me drogo?*». Le digo que no, que supongo que como todos, se quiere escapar un rato de la realidad. El dice que sí con la cabeza. «*La vida es una mierda, boluda*». Yo sonrío. «*Bueno, eso lo decís ahora que estás todo cagado*». Él apenas se ríe, y diez segundos después, está vomitando.

Estoy en París, en un hostel. Hay un pibe igual a Pavone, el jugador de fútbol. Me escucha hablar y me pregunta si soy argentina, y le digo que sí. Él se alegra, es cordobés. No puedo explicar con palabras la emoción que te da encontrarte con alguien de tu país cuando estás a tantos miles de kilómetros. Ese era mi día más triste en París, y Pavone, como buen cordobés, lo cambió por completo. Decidimos ir a Eurodisney. En el tren me cuenta que vivió 8 años en Marbella, España, con su exnovia también cordobesa. Que un día decidió que tenía ganas de irse a Noruega, y la novia no lo banco. «*Yo le seguí hasta acá*», me dice que le dijo. «*Quisiste venir a España, dejamos todo, y vinimos. ¿Y ahora Noruega? No sabés ni hablar inglés*».

Pavone dice que la extraña muchísimo, que a veces la llama, pero que no se arrepiente de haberse ido a Noruega. Que apenas llegó no tenía ni plata, ni casa, ni laburo. Que se puso a laburar en una pescadería, y que se levantó una noruega que le enseñó a hablar inglés. «*¿Y cómo te la levantaste sin el idioma?*», me sorprendo con inocencia. «*Llevándola a la cama, donde nos entendemos todos*», se ríe Pavone.

Estoy en una casa, hablando sobre una noche que fui a bailar a Vorterix, un boliche gay friendly. Cuando estoy levantando los platos, se me acerca la chica que tenía sentada en diagonal y me pregunta susurrando dónde queda Vorterix. Le digo en Colegiales. Y me dice: «*Porque quiero ir, creo que me gustan las mujeres*». Yo alzo los hombros, medio torpe: «*Pero… ¿vos no te estás por casar?». «Sí, pero no sé si amo a mi novio. Es un chico divino, no quiero que pienses que no. Es bueno. Es demasiado bueno, para ser sincera. Pero no me pasan las cosas del amor». «¿Y cuáles son las cosas del amor?»*, le pregunto. *«No sé, las cosas. Extrañar, querer tener sexo, proyectar». «Bueno, el amor no tiene por qué tener una forma. La forma se la damos nosotros, ¿no? Y va cambiando con el tiempo, quizás el casamiento te asusta y eso te hace entrar en duda»*, le digo intentando ser útil. Ella se queda callada. «*Mi papá abusó de mí… cuando era chica. ¿Vos crees que eso pudo haber hecho que yo odiara a los hombres?*». Apoyo los platos en la mesada. *«Uh. Mmm… Bueno… sí, puede que sí. Pero que odies a los hombres no te hace lesbiana». «¿Y qué te hace lesbiana?». «Que te gusten las mujeres, supongo»*. Sonrío. «*Y ni siquiera. A veces te gusta una mujer, y también te gusta un hombre». «¿No crees que es mentira que te puedan gustar las dos cosas, Magalí?»*. Me quedo pensando. «*Yo creo que la sexualidad, es lo que se siente. Y si sentís las dos cosas, está bien. No te prives de*

descubrirte, date tiempo y sobre todo, si no amás a ese pibe, no te cases».

Cuando alguna vez te sientas solo, pensá que hay un millón de extraños ahí afuera, sintiéndose como vos. Tal vez, en alguna parada de colectivo, en algún bar, en algún cumpleaños, en algún tren, en algún país, cruces a alguno de esos extraños, y te cuente su historia. Escuchala. Quizás vos también seas un extraño contándole a otro tu historia algún día.

¡Alto ahí!

—El mundo del revés—

Hay dos mundos, cuenta la leyenda. El del derecho y el del revés. Los del derecho odian a las personas que habitan el del revés. En el mundo del revés no existe el odio.

Son gente extraña los ciudadanos del mundo del revés. Apenas usan los celulares, y cuando hablan se miran a los ojos. Aceptan las diferencias, y cuestionan las igualdades.

Los locos andan sueltos, y son las personas más interesantes. No existen los programas de chimentos, porque cada ser anda entretenido con su vida. Hay leyes en el mundo del revés. Son simples, y se cumplen.

Artículo 34: Prohibido comer chocolate pensando en las calorías.

Artículo 15: Prohibido asistir a eventos «de compromiso».

Artículo 12: El Gobierno federal no sostiene ningún culto. Puede usted creer en lo que quiera.

No existen la visa, ni el pasaporte. Cada persona puede viajar, estar y quedarse, en cualquier parte de ese mundo. Tampoco existe la moda. Cada mundoresviano se viste con lo que quiere. Cuando las personas no se gustan, se lo dicen. Cuando se gustan, se dejan llevar. En lugar de mediar con dinero, las cosas se obtienen por trueque. Los mundosresvianos no comprenden por qué habría que darle tanto valor a un papel.

Hay varios dioses, todos imperfectos. A veces dan malos consejos, y son muy malos jugando al *poker*.

—¡Me dijiste que la llamara!

—Es que pensé que te quería.

—Pero ¿no te diste cuenta que no me quería?

—No. Me distraje horas mirando una flor.

—No podrías ser un Dios en el mundo del derecho.

—Bah. No te creas. El Dios al que le rezan los de allá hace cosas mucho peores.

El pueblo gobierna, y el Estado escucha. Cuando los mundoresvianos se drogan o emborrachan, empiezan a comportase como los del mundo del derecho. Entonces mienten, exageran, faltan a los códigos, y comen cosas dietéticas. Se preocupan por el futuro, trabajan infinitas horas, y pasan más tiempo frente a la televisión que usando la imaginación.

La sexualidad no está dividida por categorías en el mundo del revés. Ellos entienden que no es relevante. Cuando quieren insultar a alguien, enojados gritan: «*¡Ojalá que no juegues nunca más como cuando eras chico! ¡Ojalá visites las montañas y no te gusten! ¡Ojalá tomes el café con edulcorante!*».

Los bares están pintados con poesía. En las clases universitarias, los alumnos participan, y los docentes se desesperan por aprender de ellos. Los teatros están llenos y las cárceles vacías. El desamor no es una desgracia, es una experiencia. Los periódicos no tergiversan, informan. Ninguna persona es millonaria. Tampoco alguien muere de hambre. Hay muchas hamacas, y pocos vicios.

A veces los del mundo del derecho visitan a los del mundo del revés. Y cuando estos cuentan cosas de su planeta, los mundoresvianos los miran sorprendidos y piensan: «*¡Qué raros! Quién podría vivir en un mundo así*»…



De vivir sola

Llegar al edificio. Saludar con una sonrisa alegre al encargado. Pensar cuánto pudo averiguar de mí en las veces que me cruzó. ¿Cuántos secretos sabrá de mis vecinos?

Ah, los vecinos. No los conozco. No me importan. Cada tanto, un viaje incómodo con ellos en ascensor. Sube más lento cuando voy con alguien. Y mucho más lento si esa persona está con otras personas, y se conocen, y se van riendo, y yo ahí, colgada de una palmera, entre una pared y un extraño. Demasiado corta la distancia para ser ajenos.

Bajar en mi piso, chau a todos, abrir la puerta. El caos. Ropa en las sillas. Ropa en el suelo. La mesa con libros, la notebook, un vaso de agua a medio tornar, una taza sucia con café, un mate que todavía no me digné a lavar porque no lo volví a usar. Se nota que esta semana no vinieron

visitas. Cuando viene alguien, inauguro el «Simulacro de orden», y escondo cosas por todos lados. Algunas las ordeno, pero confieso, escondo más de lo que ordeno. Son risas a futuro. En los próximos días me va a encontrar la sorpresa de un corpiño al lado del shampoo, o el D. N. I. en el cajón de los cubiertos. Tiro la cartera en una silla, intento liberar espacio de la mesa. Prendo la radio. El silencio podría ser devastador.

Huelo el trapo con el que voy a limpiar la mesa, no recuerdo dónde tengo los miles de trapos que fui comprando porque sólo uso ese. Lo enjuago porque tengo miedo de mi propio trapo. Junto la basura y camino al tacho. El tacho rebalsa. Pero siempre entra un papel más. Protesto: «*Tenés que ser más prolija, Magalí*». Sufro del Alzheimer del que vive solo. A los cinco minutos, revoleé las zapatillas y me senté a pavear con la computadora. En mi casa la ley soy yo. Y uno nunca está listo para gobernar, siempre anda necesitando de algún otro que le indique el camino. Esto así, esto asá. Y no, no hay otro. En mi casa la ley soy yo. Si compro seis mandarinas, y no como seis mandarinas, se pudren. En mis manos está la vida de esas mandarinas. ¡Cuánto poder! ¡Cuántas elecciones! Abro la heladera, y agarro una mandarina. Uf, la salvé. Procuro no tocar nada, no quiero impregnar cosas con el perfume tan particular del fruto. Pero sufro del Alzheimer del que vive solo, y a los cinco minutos, ya estoy agarrando el control remoto para cambiar la estación de radio. Uy, suena una canción que me gusta. Subo el volumen. Canto a los gritos, escucho un ruido afuera. Bajo el volumen. Temo que algún vecino me toque el timbre: «*Oiga, ¿podría desafinar más bajo?*». No pasa nacía. Vuelvo a cantar a los gritos. La emoción me dura una media hora. Después empieza a sentirse inútil. Decido comer. Apago la radio. Pongo algún programa de televisión, y

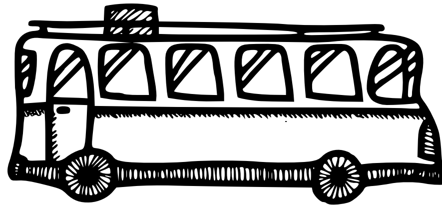
empiezo a cocinar. No tengo la mínima idea de lo que pasa en el programa de televisión, pero me consuelan las voces.

Pelo la cebolla, corto el ají, vuelco la salsa de tomate, necesito la espátula, encuentro que dejé el D. N. I. en el cajón de los cubiertos otra vez. Sonrío. Aprovecho a ducharme. Ropa en el suelo, promesa de acomodarla. Agua que cae y se lleva todo. Se van los enojos, se van los problemas, se van las preocupaciones, se va el día. Salgo de la ducha, dejo huellitas de agua por todo el monoambiente. Improviso un pijama. Me pongo una media de cada color. Se me desordenaron un día y nunca pude volver a unir un par. Está bien, estaban juntas hace mucho tiempo. Que vivan otra vida, con otra media. Así es también, a veces, la realidad.

Pongo los fideos. Contesto *algunos* mensajes. Muerdo un pedazo de pan. Salgo a colgar la toalla. En el tender hay cosas colgadas que todavía no necesito. Las miro. Dudo. En mi casa la ley soy yo. Van a seguir ahí.

Me escribe mi mamá: «¿*Querés venir el finde a comer un asadito*?». Me brillan los ojos. Contesto: «*Te amo, vieja*».

La extraño un poco, me acuerdo. No se lo digo. Ella me extraña también, tampoco me lo dice. Termino de comer, enciendo un cigarrillo. Apago la computadora, prendo la radio. Voy al baño a pelearme con el dentífrico que otra vez dejé destapado y se niega a salir. «*Dale, salí, me quiero lavar los dientes*». No le importa mi interés. Lo aprieto fuerte. Nunca desde abajo. Cortázar decía que las personas que apretaban el dentífrico desde abajo eran aburridas, metódicas. Sé que la solución es ser aburrida, pero me opongo y busco un cuchillo. Destapo la pasta, gano la batalla, me lavo los dientes. Lavo los platos. Quiero aparentar que el caos todavía me es controlable. Me tiro en la cama, estamos desarmadas ella y yo. Abro un libro. El señalador es una cuchara. Me río.



De bondis

I

Llego a la parada. Miro si viene a lo lejos. No viene. Prendo un cigarrillo. Espero. Espero. Espero. Lo veo aparecer Sonrío… Apago el cigarrillo contra el poste y lo tiro al tacho. Me causa gracia la ironía de intentar proteger al medioambiente mientras me fundo los pulmones. Levanto el brazo con mucha anticipación. Me da vergüenza, pero ya no puedo bajarlo. Frena. Me abre las puertas. Subo, saludo al chofer. Él, la mayoría de las veces, también me saluda. Pago con la SUBE, temiendo saldo insuficiente. Uf, me alcanzó. Miro el pasillo. Me alegro si hay un asiento libre. Si queda del lado de la ventanilla ya la felicidad es absoluta. Me siento. Elijo una canción. Miro la calle. Pasan las casas, las plazas, los autos. Levanto la mirada. Me encuentro con otras personas. La madre entreteniendo a los hijos. Los abuelos callados. Las adolescentes alborotadas. Un hombre pensativo. Una mujer triste. Me pregunto cómo serán sus vidas. Si son felices hoy. Si tienen un buen trabajo, o ni siquiera tienen uno. Si están en pareja. Si les rompieron el corazón. Si se ven con sus amigos. Si les preocupa el país. Me doy el permiso de mirarlos como no se mira a las personas: Sin miedo. Los miro, y si alguno de ellos me mirara, entendería todo lo que no estoy diciendo con

palabras. Aunque seamos extraños. Porque yo creo que entendemos la mirada del otro por ser humanos, no por conocernos. Lo que sucede es que (casi nunca) nos damos el tiempo de mirarnos así. Vuelvo a la ventanilla. Pasan los edificios, los perros, las bicis. Pienso en mi día, en mi vida. Creo diálogos que no resuelvo. Me invade, un poco, la nostalgia. Me suena el celular. Me río del mensaje recibido. Me distraigo. Se va la nostalgia, vuelve la alegría. Escucho que las personas de atrás conversan. Escucho lo que dicen, contesto por dentro. Me divierte participar a escondidas de su charla. Sube gente. Con suerte, me enamoro fugazmente de algún pasajero. Sube alguien a vender algo. Lo escucho, le vaya a comprar o no. Lo escucho, aunque ciertas veces, me moleste. Le digo «Gracias». Aunque no le importe. Vuelvo a la ventanilla. Miro la altura de la calle. Me paro y camino a la puerta. Una persona pregunta: *«¿Bajás en esta?»* Me causa gracia aplicarle doble sentido a «esta». Pero me comporto adultamente y sólo respondo: Sí. Toco timbre. Me bajo. Lo veo irse a lo lejos.

II

Llego a la parada. Miro si viene a lo lejos. No viene. Espero. Mucho. No viene. Lo odio. Me pregunto por qué no me compro un auto de una buena vez. Me contesto que con qué guita, si bastante que compro queso de marca. Pienso, también, que no me gusta manejar, que me gusta pasear. Los que manejan siempre están estresados. Pensando todo el tiempo dónde tienen que ir. Yo nunca sé bien dónde voy. A veces me angustia. Otras, me dejo ser. Le mando un mensaje a una amiga insultándolo. Me da la sensación de que cuando hago eso aparece. Y ahí está. Viene. Hasta las manos. La gente de la fila se me pone adelante. La dejo pasar. Mi cara habla: «*Pase señora, pase. Vos también, nena. Te recolaste, pero pasá*». Un señor me cede el paso a

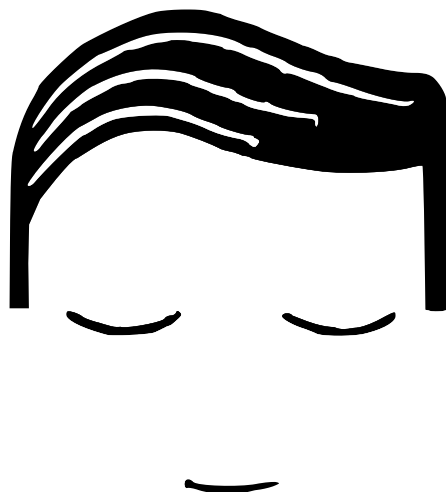
mí, se lo agradezco. Me molesta que las otras mujeres no agradezcan. Como si fuera obligatorio que nos dejen pasar. ¿Por qué? ¿Somos frágiles a subir después? Entonces, me pregunto si el señor me estará mirando el culo. Y ya no me parece tan solidario. «*Hola, ¿cómo va? 3, 25 por favor*». Siempre digo el mismo precio porque nunca entiendo los importes. «*Permiso, permiso. Ay, permiso. Perdón*». Intento caminar por el pasillo, somos un tumulto de gente. Nos conocemos hace cinco minutos, y ya nos rozamos como si fuéramos todos novios. Pisé a una mina, y me está mirando mal. Le pido disculpas. Me están apoyando. Me doy vuelta. Un pibe está aplastado entre otra persona y yo. Giro como puedo. Quedamos enfrentados. Me resulta menos incómodo. Tiene rico perfume, un *sweater hippie*, y un grano horrible en el cuello. Sube más gente. Un bebé llora. La madre trata de calmarlo. La gente la mira fastidiada. En la radio del colectivero suena *Sin Bandera*. Detrás de ese tipo que no te frena si no estás en la parada, hay un romántico. Una chica lee un libro. Otra se hace la dormida para no ceder el asiento. Un chico discute de fútbol con otro. Un tipo de traje habla de laburo por celular. El bebé sigue llorando y tengo ganas de dormirlo con cloroformo. Me sorprendo de la maldad que se puede despertar cuando estás fastidioso, cuando estás enojado. Me cuelgo. Hay un viejo igual a Barreda. Me acuerdo de la historia de Barreda y me asombro, estamos todos locos. Me llegan mensajes, intento contestarlos. No puedo escribir con una sola mano. «*Dalw. Dale, quedamls as{. Tiy en el bodndi. Soy una pilotada con el xorrector. Peliruda. pELotuda. Ahi va, jaka*».

Se baja una manada de gente, y logro sentarme. Escribo: «*Estoy viajando con Conchita. Si saca una escopeta, quiero muchos sanguchitos en mi velatorio porque mis amigos son todos de comer bien*».

Mi papá responde: «*En serio Conchita de verdad. Papa*». Me río. No entiende el uso de los signos, tampoco que no tiene que firmar los whats app y yo ya no quiero que lo entienda.

Sube alguien a cantar unas canciones. Elige Flaca, y una chacarera. El bebé para de llorar. El músico pasa una gorra. Dice su página de facebook. No la comprendo. Me da vergüenza preguntársela. El chofer dobla la esquina como si no hubiera un mañana, la gente que está parada se estira para no caerse. Una señora se golpea con uno de los caños, y se queda mirándolo con cara de «*Caño puto*». Me hace reír. Miro por la ventana, me pierdo conmigo.

Que nunca nos priven de la magia de viajar en colectivo.



Eso que duele

Decían que eran parte de la educación. De la crianza correcta. De los límites. Decían que hacían falta. Eran socialmente aceptados. Nuestros padres los habían padecido, y con nosotros los repetían. «*Los golpes no enseñan, duelen*», leí después de muchos años en una publicidad de subte.

De chica no lo sabía. Me acostumbré al dolor. Por lo menos no me dan con el cinto como a Daniel, pensaba. Me daban con la mano. Abierta y cerrada. Con Emmanuel nos agarrábamos a trompadas casi todos los días. Él era más chico, pero tenía más fuerza. Cuando sentía que nos estábamos lastimando, lo abrazaba por la espalda, lo obligaba a arrodillarnos y le apretaba los brazos contra su estómago. Él intentaba sacarme y yo insistía. «*Tranquilo, ya pasó, ya está. Ya está bien*». Él se desesperaba. Yo le seguía hablando. Entonces, nos caíamos al suelo y quedábamos así,

tirados, agitados, y heridos. La violencia genera violencia, dicen. Y yo les creo.

Una vez de vacaciones en Santa Teresita me fui a jugar a lo de los vecinos de enfrente. Estuvimos toda la tarde entre el fútbol y las escondidas. Cuando volví a la casa que alquilábamos, mi mamá me entró de los pelos. *«¿Dónde estabas?». «Con Agustín y los chicos». «Mentira, no te vi». «Porque dejé la bici en su patio». «Mentira». «No te estoy mintiendo, mamá». «¿Cómo vas a desaparecer así, Magalí?». «Pero si les avisé que iba». «No»*.

Me llevó al baño, abrió la ducha de agua fría y me pegó hasta que me salió sangre de la nariz. Ahí paró. Recuerdo su cara de asustada. No sé si le dio impresión la sangre o si sintió miedo de ella misma. Se alejó y me dijo: *«Qué sea la última vez que estoy tantas horas sin saber dónde estás». A* mí me hubiera alcanzado con que sólo que dijera eso.

Escondía todas las pruebas desaprobadas en los bolsillos de un osito de peluche, en libros de la biblioteca, entre la ropa. No sé por qué no las tiraba. Una noche, mi vieja encontró una de Ciencias Naturales. *«Magalí, vení para acá, quiero hablar con vos». «¿Qué?». «¿Qué es este regular en Naturales?». «Pasa que había prueba sorpresa, a todos nos fue mal». «A mí no me importan todos». «Pero te juro que fue sorpresa»*, mentí. «*Siempre tenés pruebas sorpresa vos, qué curioso*». Entonces llegó mi viejo. *«Alfredo, otra vez escondió una prueba». «¿Otra vez, Magalí? Vení para acá». «No». «Vení para acá». «No»*. Mi papá se empezó a acercar despacio y yo me alejé con la misma lentitud. De repente, se largó a correrme y yo di infinitas vueltas alrededor de la mesa de la cocina, y por roda la casa, para que no me alcanzara. Mi cuarto no tenía puerta, no me podía esconder ahí. Entonces me refugié en el baño. La puerta era corrediza y yo la empujaba contra el marco con toda la fuerza del mundo, antes de darle media vuelta de llave. *«Salí, Magalí,*

vamos a hablar». «No, me vas a pegar». «No te voy a pegar, salí». «No te creo». «No te voy a pegar, hija». Yo intenté recuperar la respiración mientras dudaba si confiar o no. Pasó media hora y ya nos cansamos: Ellos de hablar, yo de estar encerrada. *«Si salgo, ¿no me pegan?». «No. Abrí la puerta»*. Y llegó el primer cachetazo.

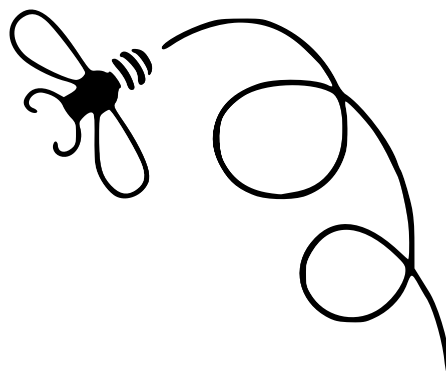
Cuando ya andaba por los dieciocho años, llegué de la casa del que entonces era mi novio, a las siete de la mañana. Mi mamá estaba limpiando frenética el suelo con un secador y un trapo de piso. *«Te mandé mensajes toda la noche». «No tengo señal en lo de Leo». «¿Estabas en un telo, pendeja?». «No, estaba en la casa de Leo». «¿A vos te parece tenerme con los ovarios en la garganta? ¿Cuántas veces te dije que me tenés que avisar dónde estás?»*. Le respondo que no hice nada malo. Discutimos. Le doy la espalda, me quiero ir a la cama. Mi mamá me parte el secador en la columna. Me doy vuelta. «*Estás loca». «Vos sos una pendeja maleducada». «Estás recontra loca, nena, recontra loca. ¿Cómo me vas a pegar con el secador?»*.

Levanta la mano y la detengo en el aire. «*A mí no me vas a pegar más, ¿escuchaste? Esta es la última vez que me tocás un pelo. Me volvés a pegar y te pego a vos*».

Mi mamá puso la misma cara de asustada que en esas vacaciones en Santa Teresita. Bajó la mano y me dijo: «*Lo único que falta, que le pegues a tu madre*». Y no dijo más nada. Entre perpleja y aterrada, se fue a dormir.

Pegarle a alguien te hace débil. Y hace más débil al golpeado. Respirás miedo cuando la violencia se instala en tu vida. Si los que te tienen que cuidar, te agreden, vos perdés la confianza en las personas. Te acostumbras a ser maltratado, desmerecido, castigado. Empezás a darte cuenta que hay palizas injustificadas. Palizas porque sí. Y entonces te ponés a pensar si en realidad hay alguna paliza que se justifique.

Los golpes no educan. No forman parte de la crianza correcta. Ni de los límites. Los golpes no hacen falta. No deberían ser aceptados socialmente. Si los padeciste, no los reproduzcas. Vos sabés lo que significó recibirlos. Si no podés impedirte golpear a alguien, buscá ayuda. Los golpes duelen. Punto.



El domador de abejas

Estamos sentados en el sillón de su casa. Él mira fútbol y yo le cuento las cosas que hice el fin de semana. Me comenta que él también tuvo un finde heavy, que el sábado fumó un nevado que lo dejó como loco. Me dice que tiene otro, si quiero prenderme a fumarlo con él. Me quedo. No, boludo, yo nunca probé y en un rato arranco para lo de una amiga. No da. Me dice que no pasa nada, que tiene poca cocaína, que está mezclada con una marihuana copada, que me va a levantar. «*Mientras no comas, vas a estar arriba, no te va a hacer nada*». Le cuento que tengo una personalidad adictiva, que no tengo prejuicios con la droga, pero sí cuidado. No quiero probar cosas que me dejen tirada en una zanja, vendiendo hasta los muebles para tomar un poco más, le digo seria. Él se ríe y me repite que no va a pasar nada. Que es una experiencia. Que él ya tomó de todo, y de todo salió. Entonces me acuerdo de esa frase que dice otro amigo fisura que tengo: «*Hay que probar todos los tornillitos, pero no hay que enroscarse con ninguno*».

Enfrento el miedo y acepto. Fumamos un Bariloche, como le dice él mientras me lo pasa, entre los dos. Le pregunto qué sensaciones voy a tener ahora. *«Se te va a dormir la lengua, mucho. Se te van a dormir los dientes». «¿Qué? Los dientes no se duermen». «Sí, los vas a sentir dormidos». «Ah, ¿por eso se mueve la mandíbula cuando se consume cocaína?»*, le pregunto. Asiente.

Salimos a su jardín y nos sentamos en el suelo. Dos abejas vuelan alrededor nuestro. Él me dice que me quede quieta. «*Moviste con el pie a la abeja que maté hace un rato*». Frunce las cejas. «*Tranquilas, chicas, ya se pueden ir yendo*». Me quedo mirando a la abeja muerta. *«¿Vos decís que llamé a las abejas cuando moví a su compañera?». «Sí». «¿Pero cómo saben que la moví?». «Debe largar algún olor que las otras reconocen». «Ah… ¿Y por qué pican las abejas? ¿Nos confundirán con flores?»*. Él me mira, medio enojado. *«No, boluda, porque piensan que las vas a atacar y se defienden. El instinto las lleva a picarte». «Ah, claro. Por eso me dijiste que no me mueva». «Sí». «¿Y creés que le avisarán a la abeja reina que murió una compañera?». «Puede ser. Ahí se fueron». «Sí. ¿Y vos siempre les hablás a las abejas?». «Sí, yo les digo que se calmen, y ellas entienden». «¿Qué sos? ¿El domador de abejas?»*. Soltamos una carcajada.

La lengua se me empezó a dormir y las palabras me salen arrastradas. Siento cosquillas en todo el cuerpo. Y mucha tranquilidad. Me muevo lento, me cuesta caminar, es como un efecto zombi en cada paso. *«¿Y cuál es la diferencia entre aspirar y fumar?». «Es otro viaje». «No está bueno el efecto de la merca, ¿no?». «No, te pone reduro». «A nadie le gusta la merca». «Sí, boluda, sino nadie la tomaría». «Sí, ya sé, pero todos dicen que es una mierda». «Sí, puede ser, yo no volvería a tomar nunca más… Solamente un Bariloche cada tanto». «Está bien, no tomes». «Vos tampoco». «No»*.

Me quedo callada un tiempo. La sensación de tranquilidad se está yendo, me empiezo a sentir cansada y de malhumor. Volvemos al sillón a mirar fútbol. Yo escucho unas voces en la puerta. No entiendo si son reales o las sueño. Me quedo dormida. Abro los ojos. Los vuelvo a cerrar. Los vuelvo a abrir. Los vuelvo a cerrar. Me lloran. Agarro el celular y pongo la cámara para verme. Los tengo inyectados en sangre. Ya no siento la lengua. Tengo mucha sed y el cuerpo me arde. Él me pregunta si quiero fumar otro. *«No, ni en pedo». «Dale, uno chiquito». «No, ni en pedo, la experiencia ya la tengo»*. Se queda dormido y yo mirando la nada. Pienso que la cocaína es como cuando te hacen cosquillas. Primero estás muerto de risa y después te duelen y te enojan. Como esa noche de sexo increíble, con alguien que no te llama nunca más. Que te planta. Que te deja solo. Entiendo eso ese día: La droga te deja solo.

Pasan horas y ninguno de los dos habla. Ni siquiera nos miramos, ni siquiera nos movemos. Quedamos ahí, tirados en su sillón, aislados, inertes.

«*La merca te hace pensar cosas malas*», me dice de repente. «*Te trae malos recuerdos*». Yo me doy cuenta que estoy triste, pero no pienso en nada en particular. Eso me sorprende. No poder tener un pensamiento, hilar palabras todo el tiempo. Como si el inconsciente estuviera más vivo. Y yo más muerta y desinteresada. Me pega un cachetazo en el brazo y grito. *«Tenés que comer, estás muy flaca vos, amiga». «No, no estoy flaca». «¿Y entonces por qué gritas?». «Porque me dolió». «Te dolió porque no tenés el colchón de carne». «No soy un pastel de papas para tener un colchón de carne, salame»*. Nos reímos.

Me cuenta que le gusta pegar. Abro los ojos como platos y le pregunto si le pega a las mujeres. *«Sí». «¿Vos me estás jodiendo?». «No, boluda, pero cogiendo. No le pego a las mujeres, solamente cogiendo». «Ah, está bien, pero ahí hay*

varios que pegan». «Sí». «No te vayas de mambo». «No, ni loco».

El malhumor se me intensifica. Tengo ganas de vomitar y de comer al mismo tiempo. Asumo que no voy a ir a lo de mi amiga, y que tampoco voy a hacer ninguna de las cosas que tenía pendientes para esa noche. Estoy desganada. Como si hubiera corrido kilómetros, como si tuviera 90 años. Ya no me siento triste. Ya no siento nada. Es el vacío.

Se me viene a la cabeza el baño de mi abuela materna. Vivía en un conventillo y no tenía inodoro, tenía esos agujeros que existían antes. Me acuerdo que le tenía terror a ir a ese baño de chica, que el agujero medía como yo, que me daba miedo caer ahí. Desaparecer. Entonces, antes de hacer pis, cuando ya no aguantaba más, miraba con atención el agujero. Lo investigaba. Trataba de adivinar qué había en toda esa oscuridad. Y percibo que eso hice también con el Bariloche: Buscar experimentar la caída en esas sombras. Asomarme a ver qué había en esa oscuridad en la que se perdían tantos. Y te voy a decir una cosa: Está llena de fantasmas. Y vos estás completamente solo.

¡Alto ahí!

—Aprendizajes—

Aprendiste a usar traje y corbata. Aprendiste a usar vestido y zapatos de taco. Aprendiste a decir Perdón, Por favor y Gracias. Aprendiste, más adelante, a expresarlos sin sentirlos. Aprendiste la tabla del uno, del dos, del tres. Aprendiste la del ocho, más o menos. Aprendiste a nunca conformarte con la plata que ganás. Y así aprendiste a ser conformista para ganarla, metiéndote en una oficina a trabajar más horas de las que vivís.

Aprendiste a mentir, y a tenerle miedo a la verdad. Aprendiste a ser educado, correcto, estructurado, formal. Aprendiste a masticar con la boca cerrada y el perfecto uso de los cubiertos. Aprendiste a mantener el control. Te olvidaste de que, a veces, se llega más lejos cuando el control se pierde.

Aprendiste a desconfiar de las personas, aprendiste a usarlas. Aprendiste a querer a alguien que no te quiere, y a despreciar al que sí lo hace.

Nadie te enseñó a llorar, te salió solo. Pero aprendiste a tragarte hasta la última lágrima. Por orgullo, por vergüenza, por idiota.

Aprendiste que los amigos son importantes, y que siempre están. También aprendiste a cambiarlos por el amor de turno. Quizás te llegó el mensaje de la sociedad de que

está mal visto estar solo. Aprendiste que estar solo es tomado como un fracaso directamente proporcional a los años que tenés.

Aprendiste a usar caretas. No te diste cuenta de que incluso con una máscara puesta todo el día, se te siguen viendo los ojos. Y en los ojos, aprendiz, está el alma.

Aprendiste a sumar, a restar, un poco a dividir. Lo tuyo, es tuyo. Lo mío, es mío. Y los que no tienen qué repartir, que se jodan.

Aprendiste a decir sí por compromiso. Aprendiste a ver el resultado y no el esfuerzo. Aprendiste la resignación, el hastío, la comodidad. Aprendiste a drogarte y a emborracharte para escapar de todo lo que aprendiste.

Aprendiste a dormir mal, a comer mal, a sentirte vacío. Aprendiste a no saber por qué. Aprendiste a querer taparlo con cualquier cosa. Aprendiste, también, que no se tapa.

Aprendiste que es más fácil aprender cosas nuevas, que preguntarse por el valor y la coherencia de las ya aprendidas.

Aprendiste a intentar cumplir las expectativas de los otros. Dejaste en un cajón lleno de polvo tus sueños.

Tirá los manuales de «Las cosas que tengo que hacer según este mundo». Los tomos que tengas, de verdad, no te hacen falta. Sacate el traje y la corbata. Sacate el vestido y los tacos. Quema la máscara.

Te invito a que aprendas a reinventarte.



Doce canciones

Nunca me gustaron los karaokes. Pero mis amigas insistían en festejar sus cumpleaños ahí. Incluso emborrachándome me resultaban extremadamente aburridos. Mis motivos son simples: No canta bien la gente que va a los karaokes, es casi un milagro que alguien afine dos notas seguidas. El presentador del *show* suele ser insoportable. Siempre arman en el escenario un baile entre erótico y patético de parejas de desconocidos por una botella de *champagne*. El cancionero es malo y antiguo. Te sentís muy boludo leyendo la letra de la pantalla. La comida es muy fea. «*Yo tomo licor, yo tomo cerveza y me gustan las chicas*», es estadísticamente la frase que más elige ladrar una manada de gente en pedo, saltando de acá para allá, robándose el micrófono (que funciona mal) unos a otros, y pronunciando con gracia «la cumbia me divierte *y mesita*».

—Me dijo que primero vamos a ir a una especie de función de karaoke, y que después vamos a hablar.

—¿Qué? ¡¿Cómo un karaoke?! ¿Me estás jodiendo, Maga? ¡Andate de ahí!

—No me puedo ir. Si vamos a cortar, es lo mismo en un karaoke que en cualquier lugar. Yo rindo un parcial en cuatro días, necesito resolver esto hoy.

—Maga, ¿te vas fumar una función de Gente cantando para el orto con una persona que te pidió UN Tiempo?

—Sí.

Nos sentamos. Yo estoy angustiada y nerviosa. Una hora va a durar el *show*. No entiendo por qué es un karaoke, para mí es una muestra de canto, pero la entrada dice que no, que es un «Karaoke rotativo». Nos miramos y no decimos nada. Qué loco el desamor, pienso. Cómo uno puede amar tanto a una persona y después… nada. Chau. Desapareció. Da lo mismo: Que esté, que no esté.

Lo peor de no salir más con una persona, es que esa persona sigue su vida sin vos. Se pone de novia con otras personas, se acuesta con ellas, las ama, se ríe, llora, viaja, piensa (quizás) un poco en vos, pero no lo suficiente como para escribirte, para decirte: «*Hey, vos y yo nos amábamos. ¿Sos feliz? ¿Tenés lunares nuevos? ¿Te lastimó alguien más? ¿Tenés vicios que no conozco? ¿Podríamos mirarnos y entendernos o lo perdimos cuando nos perdimos?*». Lo peor de no salir más con una persona es que esa persona no se muere. Pero lo que tenías con esa persona sí.

Conoce a una de las minas que va a cantar, me dice. Que cuando llamé para decirle que necesitaba hablar, la verdad no tenía ganas. Que tenía este karaoke y quería disfrutarlo, pero dada mi insistencia no le quedó otro remedio. Que por favor tenga paciencia, y no reclame cosas mientras dura el espectáculo. Sube un tipo y anuncia que cada cantante va a deleitarnos con tres temas de su elección, que aplaudamos y la pasemos bien. La gente, obediente, aplaude y chifla. Yo no puedo respirar.

Lo peor de no salir más con una persona, es que esa persona sigue su vida sin vos. Compartían todo. Hasta lo más ridículo. Y después… nada. Chau. Tal vez más adelante un encuentro incómodo para tener sexo, o quizás en un colectivo de camino a algún lugar. *«Hola». «Hola». (Estás diferente). «¿Qué hacés?». «Todo bien». «¿Tus cosas?». «Ahí». (Dormíamos en la misma cama, y no podemos sostener una conversación). «¿La familia bien?». (Odiabas a mi familia). «Sí, normal». «¿Vos, bien?». (¿Estás con alguien?). «Sí, tranqui, qué sé yo». (Siempre me pareció horrible el sweater que tenés puesto). «Bueno. Sí, sí… Nos vemos. Loco cruzarte». (No te reconozco)*.

Sube un pibe al escenario. «*Siempre lo mismo vos, me lo hacés a propósito*», pienso. «*Tengo un parcial, y a vos te agarra una crisis existencial. No entiendo qué carajo te pasa. ¿Me vas a dejar o me vas a seguir boludeando?»*. Las primeras dos canciones del pibe son un embole. «*¿Prefiero que me dejes o que me sigas boludeando? Uy*…».

Pasan dos más. ¿Cuánto falta? No tengo reloj. Me acuerdo de las épocas en las que llegaba a la una de la mañana al boliche, y a las cinco no daba más del aburrimiento pero con mis amigas hasta las seis no volvíamos. Calculaba, entonces, cuántas canciones faltaban para irme a mi casa. Una hora. Cuatro minutos cada tema, aproximadamente. El resultado daba quince canciones. Si acá ya habían pasado tres, faltaban alrededor de doce.

12. Pienso en las cosas que no me gustan de la relación.

11. Me pregunto si llorar podría hacer que cambie de opinión.

10. Decido que la manipulación sería inútil.

9. Sube la chica que conoce. Elige Someone like you de Adele, para empezar. Canta para el orto. Tiene una voz muy gruesa, eligió mal. Falta media canción y ya se olvidó la letra. Never mind I find someOOOOONE like youu… ouu…

uu… La miro. No le pega a una nota. Espero que no me haya cagado con esa mina.

8. ¿Me habrá cagado?

7. No, no me cagó. Solamente me boludeó mucho. La chica que conoce decide cerrar su noche olvidable con La bifurcada, de Memphis la blusera. Esta la eligió bien. Pero igual la canta para el orto. Si te vas no, no, no voy a llorar. ¿Sabés, mejor? No queda otra que la separación…

6. Cincuenta pesos pagué la entrada. ¡¡¡Cincuenta pesos!!! Retirate de la música, retirate.

5. Asumo que voy a extrañar hasta las cosas que no me gustan de la relación.

4. Me estoy por poner a llorar y me muerdo el labio para que no se me caigan las lágrimas.

3. Que no termine este karaokc.

2. No voy a saber qué hacer sin vos.

1. Esta es la peor separación del mundo.

Salimos de la sala. Ni saluda a la mina que conoce. *«¿Te gustó?». «No, tu amiga canta para el culo». «Sí, ja, ja, no sabía que cantaba tan mal. No puedo creer lo que desafina y en un momento me escupió». «Ja, ja, sí»*. Yo sigo haciendo chistes porque no quiero hablar, porque hablar es hablar de separarse. Pero a las dos cuadras se me terminan los chistes. Y entonces me dice que: «*bueno, vos querías que nos juntemos, y yo te quiero decir que las cosas ya no están como antes*», y yo pienso ¿qué cómo cuándo?, pero le digo que las cosas pueden volver a ser como antes. Y me dice que no, que ya está, que no es lo mismo. Que me ama, pero que no funcionamos. Que estamos discutiendo mucho, que necesita hacer cosas nuevas y que en su nueva vida yo no entro. Como si yo fuera un mueble antiguo y roto en un departamento a estrenar. Me duele lo que me dice pero no me sale resignarme, entonces digo algo estúpido como «*Yo no tengo problema con nada de lo que hagas, podemos*

vernos menos, mucho menos, no sé. Una vez por semana, o una vez cada dos semanas…». Y mientras se lo digo, me enredo con las palabras, como si las palabras fueran independientes de mí. Como si ellas cuando yo las pronuncio, me pudieran burlar. Como si se expulsaran errantes de mi boca, decidieran no ser acertadas. Por simple diversión, para jugar conmigo. Quiero encontrar palabras que conmuevan, que hagan que cambie de opinión, que le den un recuerdo hermoso que haga que se arrepienta. Pero están escondidas, amotinadas en algún lugar de mi cabeza, negándose a salir. Porque esas palabras saben que ya no me ama. No quieren irse inútilmente. Y las palabras torpes, que hasta ahora me estaban ayudando, se dan cuenta que tampoco son útiles y se van. Me dejan muda. Y entonces, me doy cuenta, que estoy llorando.

Un río de lágrimas en las mejillas, no puedo entender cómo no lo sentí antes. Y entonces me dice: «*pará, no nos separemos*». *«Sí, ya está». «No, no. Pará. Tomémonos otro tiempo*». Nos miramos. «*Porque aparte yo quería ir al Parque de la Costa con vos el domingo*»…

Me dice eso y las palabras en mi cabeza enloquecen. ¿Me estás cargando?, gritan. ¿Por qué no te vas a la concha de tu madre, egoísta? ¿Sabés cuánta Cindor te hace falta? No sé por qué se me viene la Cindor, son pensamientos estúpidos que no puedo reprimir. Como cuando en los velatorios pienso «Traigan el pan, que ya está el fiambre» o cuando esas veces antes de dormir se me aparece *Cannon eres mi colchón, cuando en ti descanso me siento mejor*. Aunque no me dé gracia, me río. *«¿De qué te reís?». «De que no puedo creer lo que me estás diciendo. Y aparte el parque de la costa queda en la loma del orto». «Tomémonos otro tiempo, Magui, dale*».

Fueron diez días.

Tres mil seiscientas canciones.

Dos borracheras.
Un parcial.
Muchos ríos de lágrimas.
—Acá estamos.
—Sí.
—Bueno. Creo que ya nos dijimos rodo.
—Sí…
—Bueno. Espero que… nada, acomodes las cosas en tu cabeza.
—Magui, sos uno de los lugares más lindos que conocí.
Pienso en decir: Y eso que fuiste a París. Pero no digo nada. No tengo ganas de hacer chistes. Un lugar. Soy un lugar. Y yo que creí que era una persona.
—Por ahí en un tiempo…
—No. No te quiero volver a ver.
—¿Por qué?
—Porque me parece lo más sano. No me escribas tampoco. Aguantate la decisión que tomaste.
—Vos también decidiste esto, Magalí.
—Sí, claro. Común acuerdo, si preguntan, ¿no? No vaya a ser que la gente piense mal.
—No seas cruel.
—…
—Te voy a extrañar.
—Sí… Yo también. Voy a extrañar muchas cosas…
—¿Vas a empezar *stand up*?
—Sí.
—Tratá de hacer chistes con el humor del *stand up*. Porque vos como que tenes otro humor… y no sé. ¿Me entendés?
—Eh… No sé. Voy a hacer lo que me salga, supongo. Gracias… Creo.
No entiendo qué me quiso decir. Me parece que fue que tiro chistes boludos. Me molesta. Pero no mucho. Porque

reconozco que me hacen reír los chistes boludos.

Nos abrazamos. Y después… nada. Chau.

Empiezo a caminar lento. Estoy medio mareada. Abro la lista de música. Y elijo «La última lágrima», de Memphis la blusera. *Un día cualquiera, en algún lugar, tendrás otra oportunidad*, canta Otero. Y yo confío en su profecía.

No importa cómo haya sido la relación, las separaciones son una mierda. Duelen, sigas enamorada o no. Las drogas y el alcohol te contienen, pero no te pierdas ahí. Te vas a dormir muchas noches sintiendo que tenés el corazón partido. Como si realmente estuviera vivo, latiendo, diciéndote: ¿Qué me hiciste?

Vas a tener citas, las primeras probablemente sean un fiasco. Vas a hablar de tu ex. Te vas a dar cuenta que todavía la tristeza no pasó. Tal vez tengas sexo pronto. Tal vez no. Te vas a sentir extraña tocando otro cuerpo. Te vas a acordar de muchas cosas de la relación, y con los días te las vas a ir olvidando. Te vas a dar cuenta de lo que andaba mal entre ustedes. Vas a notar que ya lo habías visto, y también de que no te había importado. Vas a querer llamar. Vas a borrar su número. Vas a mirar sus cartas. Las vas a tirar. Vas a odiar, vas a angustiarte, el mundo te va a parecer estúpido. Tus amigos te van a decir cosas tontas, como que para el arcoiris hace falta el sol, pero también la lluvia. Te vas a preguntar qué carajo tiene que ver la formación de un arcoiris con el terremoto emocional que te atraviesa. Pero les vas a decir: «*Gracias por estar*». Vas a escuchar canciones deplorables. Tal vez hasta te sientas identificada con la letra de un reggaeton. Ahí vas a asumir: Toqué fondo. Y entonces, vas a mirar para abajo, y te vas a dar cuenta de que no. De que hay otros fondos. De que hay más.

Te vas a poner muy linda, o te vas a poner muy fea. Pero vas a cambiar. Creeme. Tal vez hagas locuras, como comprarte ropa en cantidades que no podés pagar, que no

querés usar. Vas a salir mucho. Vas a negarte a salir, mucho también. Vas a decir que el amor es una estafa. Que vos no vas a querer a nadie nunca más. O peor: Que vas a empezar a ponerte de novia con gente que no quieras tanto. Porque no querés sufrir. Vas a saber que te estás mintiendo. Porque te estás curando.

Vas a comer compulsivamente chocolate. Vas a pasar noches sin cenar. Vas a llorar. Cuando te des una ducha. Cuando te levantes. En el colectivo. En el baño del trabajo. Antes de dormir. Durmiendo.

Vas a descubrir que perdonar es la única manera de soltar.

Y una mañana, de verdad, una mañana vas a abrir los ojos y te vas a sentir rara. Te vas a tocar el pecho. Tu corazón va a estar latiendo, tranquilo. Quedate escuchándolo. Está diciendo: Gracias. Ya pasó. Estoy listo, cuando quieras, para que quieras otra vez.



Máscaras

Todos somos espejos. Reflejos de otros. Somos lo que soltamos. Y lo que abrazamos desesperadamente. Somos lo que amamos y lo que alguna vez nos amó. Somos las cosas que elegimos olvidar. Ese secreto que no pudimos contarle a nadie. Somos marcas, ausencias, rechazos, aceptación, esperanza. Somos fuerza, debilidad. Cordura y heroísmo. Somos el silencio que enmudece a lo que duele. Y esa risa que libera las penas. Somos lo que padecemos. Y lo que nos apasiona. Somos lo que negamos, y lo que permitimos. Somos contradicción. Somos preguntas. Somos miedo. Todos somos máscaras.

Vuelvo a casa después del trabajo. Camino despacio porque sé que alguien me espera. Entro en mi edificio, marco el cuarto piso en el ascensor. Respiro. Tengo la voz de mi mamá en la cabeza: Salí lo antes que puedas de tu oficina y vení.

Giro la llave, cruzo la puerta. Mi mamá me agarra de los pelos. Me arrastra por el comedor. Me tira al suelo y me patea.

—Así que sos lesbiana. ¡Así que ahora de repente te calientan las minas! Hija de puta.

Me patea dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces. Me patea hasta que se cansa de patearme. Entonces se agacha y me dice:

—¿Sabés por qué no te mato? Porque no voy a ir presa por una hija de puta como vos.

Yo me toco la cara. Me arde y tengo miedo de que me esté sangrando la nariz. Pero no, no sangra.

—¡Levantate! Mentirosa. Puta mentirosa. ¡Levantate, enferma! Estás enferma. Me das mucho asco. No te conozco, no puedo tolerar el asco que me das. Te vas a ir de esta casa, te vas con lo que tengas encima. ¿Escuchaste? Voy a hacer que te echen del trabajo. Voy a llamar a tu jefe, y a tus amigas y les voy a decir que sos una tortillera de mierda.

Me levanto como puedo y la miro, callada.

—¿Por qué me hacés esto, Magalí? Te mandé a un colegio religioso. ¡Tanta comunión, tanta misa! ¿Para qué? ¡Te vas a ir al infierno! Es una enfermedad lo que tenés. Es una aberración. Es inmoral, no es natural. Dios no te hizo para que fueras esto.

Presa de la bronca, le devuelvo:

—Dios tampoco te hizo para que te casaras tres veces.

Mi mamá tira una silla.

—La concha de tu madre. Encima me contestás. La concha de tu madre. ¡Hubiera preferido que fueras puta, que tuvieras cáncer, no sé! La vergüenza que me das, qué vergüenza dios mío. ¿Qué carajo te pasó? Cuando te dejó Leonardo, un año lloraste. Un año tirada en la cama, no podías vivir. ¿Y ahora te enamoraste de una mina? A mí no

me ves nunca más. ¿Escuchaste? A mí no me ves nunca más. ¿No te importa?

—¿Cómo no me vas a ver nunca más, mamá? Sos mi mamá.

—Yo no soy la mamá de una lesbiana.

—Mamá, por favor.

—Por favor las pelotas.

Yo trago saliva con dificultad. Cuando me angustio se me cierra el pecho y empiezo a ahogarme. Me concentro en respirar. Entiendo el enojo de mi mamá. Lo que no entiendo es por qué nos obligamos a ser uno y el mismo para toda la vida.

Yo no sé en ese momento si me gustan las mujeres. Lo que al parecer sabemos las dos, es que una mujer sí me gusta. Y lo comprendo: La elección no se trata de esta mujer o mi mamá. Sino de mi mamá, o yo misma.

Me mira fijo y dice:

—Llamá a tu hermano y decile que a partir de hoy tiene el cuarto para él solo, porque te vas de esta casa por ser una tortillera. Llamalo ya.

Agarro el celular y marco el número de Emmanuel.

—Hola, Emma.

—Hola, ¿qué pasó?

—Vení, me enamoré de una chica.

—¿Qué?

—Que vengas, que me gusta una chica y me voy de casa.

Mi mamá sigue a los gritos, golpeando cosas y tirándose de los pelos. Mi hermano aparece a los diez minutos, pálido y confundido.

—Tranquilizate, mamá, tranquilizate.

—No me puedo tranquilizar. ¿No ves que no me puedo tranquilizar? Tengo una hija tortillera.

—Pará, no entiendo nada.

—¿Qué no entendés? A tu hermana le gusta la concha. Y bien guardadito lo tenía la puta. Pero tuvo la mala suerte de dejar su correo abierto y cuando fui a abrir el mío, vi todo.

—Pará, Magalí, ¿podés explicar algo?

—¿Qué va a explicar esta pendeja tortillera? No puede explicar nada. Se me cae la cara de vergüenza.

—Escuchame, Emma, no sé cómo fue. Pero me enamoré de una chica. Y todavía no pasó nada, pero va a pasar algo porque yo no puedo vivir más con esta duda. Vos me lo preguntaste una vez, hace mucho. ¿Te acordás? Me preguntaste si me gustaban las mujeres porque siempre me iba mal con los hombres y yo te dije que no, pero la verdad es que no sé. Que hace mucho que me lo pregunto y que me lo quiero responder.

—No, la estás flasheando, boluda. ¿Cómo te van a gustar las minas? Vos siempre querés probar todo, ese es tu problema. Te aburrís muy fácil y querés hacer algo nuevo todo el tiempo. Esto es más de lo mismo.

—No, Emma, esto no es así.

—Sí, boluda, la estás flasheando.

Mi vieja empieza a gritar otra vez.

—¿Cuántas cosas vas a probar, Magalí? ¿Qué te falta? ¿La marihuana?

—Ya probé la marihuana, mamá.

—¡Encima sos drogadicta! —me río, nerviosa—. ¿De qué te reís, imbécil? ¿Te causa gracia? Me va a dar un infarto. Ay, me voy a morir.

—Pará, mamá, tranquilizare.

—No me tranquilizo un carajo. Me das asco —se sienta en el sillón, al lado de Emmanuel, y cierra los ojos. Mi hermano sigue pálido. Entonces, llega mi papá.

—Eh, ¿qué pasa? Se escuchan los gritos desde afuera.

—Decile a la puta de tu hija que te diga lo que pasa.

—Pará, Susana. ¿Qué pasa, hija? ¿Dejaste la facultad?

—No. Me gusta una chica. —A Pablo se le caen las llaves de la mano.

—¿Cómo?

—Perdón, papá.

—¡No pidas perdón ahora! Ya está. ¿Qué vas a pedir perdón? Nos vas a matar a todos, ¿no te das cuenta? ¿Qué te hicimos?

—Nada, mamá, no me hicieron nada. ¿Podés dejar de ser el centro del mundo y darte cuenta de que lo que siento no tiene que ver con vos sino conmigo? No te estoy haciendo nada.

—Sí me estás haciendo, sí me estás haciendo.

—Tranquilizare, Susana, un minuto. Escuchame, hija. Tenés que probar con hombres.

—No, papá, ya está.

—No, no está. Tenés que probar con hombres. No te pueden gustar las mujeres, vos no sos así. ¿Te estás juntando con gente rara, hija? Nosotros te ayudamos. Contanos y nosotros te ayudamos.

—No, papá, no me estoy juntando con nadie.

—¿Es una chica grande? ¿Qué te dijo?

—No, tiene mi edad.

—Ah, sí, seguro que la otra puta la convenció, de eso estoy segura. Pero ella no es inocente, Pablo, no creas que es inocente.

—Hija, tenés que probar, tenés que probar.

—¿Qué querés que pruebe, papá?

—¿Vos estuviste con hombres, hija?

—Sí, obvio, viejo. Tengo veintiún años.

Pablo abre los ojos como platos:

—¿Cómo? Pero… ¿Vos no sos virgen?

—Ah, bueno, esto ya es la boludez. Está bien que Magalí es bastante rara, pero tampoco es pelotuda. ¿Cómo no va a coger?

—Emmanuel, la boca. No hables así.

Yo me vuelvo a reír, por los nervios y porque la situación ya no tiene sentido.

—¿De qué te reís, Magalí? Encima te reís. ¡No te rías de tu padre!

—¿Y qué querés que haga? ¿No ves que estás loca? Todo esto es una locura.

—Bueno, no te preocupes por esta locura, porque no vas a vivir más acá.

—¿Qué decís, Susana?

—Lo que escuchaste, Pablo. No voy a mantener a una tortillera.

—Tranquilizate, por favor, ¿adónde se va a ir?

—A mí qué carajo me importa adonde se va a ir. Lo hubiera pensado antes.

Empiezan a discutir entre ellos. Emmanuel se queda mudo, mirándolos. Yo voy a mi cuarto y le escribo a mi mejor amiga: *Tuve un problema en casa. Sé que esto es muy loco, pero me gusta una mina y mi vieja se enteró. Necesito un lugar donde quedarme. ¿Puedo ir a vivir con vos? Perdoname*.

Ella me responde apenas se lo envío: *Tranquila. Vení y quedate el tiempo que quieras. Nunca tengas miedo de ser quien sos, y mucho menos pidas perdón por eso. Te amo*.

El nudo en la garganta se me desarma y me largo a llorar. Mi mamá entra al cuarto y empieza a tirar toda mi ropa al suelo.

—Te vas, te vas. No te quiero acá, te vas.

Viene mi hermano y la saca.

—Para un poco, ¿podés parar, mamá?

Yo me quedo sentada en la cama, mirando la habitación que es un desastre. Como mi vida. En un minuto, todo se transformó en un caos irreversible.

Me levanto y vuelvo al comedor. Mi papá está sentado, agarrándose la cabeza. Emmanuel, parado, tiene la mirada ida. Mi mamá está apoyada en la pared, roja de forzar la voz. Mirando el suelo, me dice:

—Vas a perder todo. Vos sabés que vas a perdernos a todos. A mí, a tus hermanos, a tus amigas. Por una mina. Si vos no la ves más, yo te prometo que me olvido de esto, y te podés quedar en casa. Si vos seguís *tu vida normal*, yo te perdono. Si yo dejé de fumar, a vos te pueden dejar de gustar las mujeres.

Me ofrece un pacto de silencio. Una omisión. Un descorazonado «Aquí no pasó nada».

Yo conozco el silencio. Lo conozco de cerca. Durante años, respiré silencio. Comí silencio. Vomité silencio. Me enfermé de silencio.

Ella insiste:

—Vas a perder todo. ¿Estás dispuesta a perder todo, Magalí?

Y entonces pienso en ese texto de Nietzsche, que dice: «*Si un demonio apareciera un día o una noche, frente a vos, y te dijera que esta vida tal como la estás viviendo, la vas a vivir infinitas veces más. Cada dolor, cada alegría, cada suspiro y cada pensamiento. En la misma sucesión. Esta vida, tal como la estás viviendo ahora, mil veces más. ¿Te parecería a vos una bendición o el más horrible infierno?*».

Y contesto:

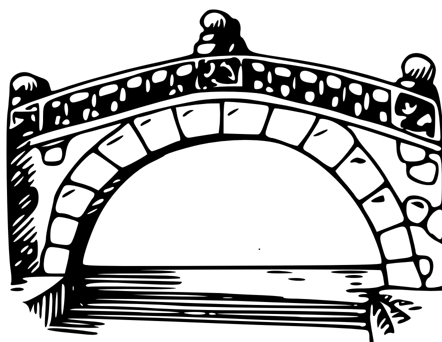
—Sí. Estoy dispuesta a perder todo. Porque si lo pierdo por ser quien soy, entonces lo que perdí no valía la pena.

Pasan años de no hablarnos. De incómodas cenas e hirientes prejuicios. Yo no pierdo a mis amigas, tampoco mi trabajo. Sin embargo, en algún lugar de mí, siento vergüenza de lo que elijo. Así no me arrepienta, así no quiera elegir fingir otra cosa. En mi familia el tema no se

habla. El silencio se instala a pesar de mí. En mi cumpleaños número veinticinco, mi mamá me escribe una carta:

Yo, la primera mujer que sintió tu vida dentro de la mía, la primera que compartió tus ojos… Te agradezco tu sonrisa, tu generosidad, tu amor. Y también te pido perdón a gritos por haber tocado tus alas de mariposa con un insulto, con un golpe. Es que soy humana e imperfecta. Te deseo que seas muy feliz, que celebres la vida que te atraviesa, que no te pase por al lado. Maga, la que no aprendió a caminar caminando, sino corriendo veloz, gritándolo de alegría. «Yo puedo», parecías decir. Y vaya si podés. Te amo. Mamá.

Todos somos máscara. Pero también somos lo que está detrás de la máscara. Y ese detrás, es el que importa.



Puente

Salimos de clase, y él me dice que tiene que hablar conmigo. Le propongo caminar juntos a la parada del colectivo y acepta. En el trayecto me va contando cosas de sus días, de la rutina, de su pasado. Cuando falta una cuadra para llegar a destino, lo dice: «*Creo que me estoy enamorando de vos*». Yo me quedo callada y él expone, entonces, los motivos de su sentimiento. Lo freno. «*Mira, Diegui. Acabo de terminar una relación con una chica, y quiero descubrir qué me pasa con esto. Por un tiempo, de hombres no quiero saber nada*». Él alza las cejas, y aprieta los labios. «*Bueno, qué te puedo decir, es la mejor forma de rebotar a alguien que me dijeron en la vida*». Nos reímos. Y entonces la charla cambia, y me pregunta cómo estoy. *«Bien, es todo nuevo, me siento rara, supongo. Y un poco sola». «Yo te voy a acompañar en lo que necesites, tengo amigos gays»*. Sonrío y le digo que ese es un topic de las personas a las que, cuando me animo, se los cuento: Decir que tienen amigos gays. *«¿Y cuáles son los otros topics?». «Decir que dos hombres juntos son más desagradables que dos mujeres juntas»*. Preguntar *«¿Y cómo cogés con una*

mina?», «¿Y vos no querés ser mamá?». Investigar si te pasa desde la infancia, o es una etapa…

«Qué metida que es la gente». «Muy, Diegui». «¿Y cómo cogés con una mina?», me carga. «*Mirá una porno. ¿Qué te pensás que tuve que hacer yo para saber? Eso es lo trágico de la bisexualidad, ¿ves? Pasás por la virginidad ¡dos veces!*». Soltamos una carcajada.

A las semanas, arreglamos para que me acompañe a un boliche gay. Elijo al azar el primero que aparece en el buscador de internet. Y cruzo los dedos.

Así aparezco un viernes, a la una de la mañana, en la fila de un lugar que de afuera se adivina antro. Diego me manda un mensaje. Va a llegar una y media.

Señor, yo sé que somos el pueblo elegido, pero por una vez, ¿no podrías elegir a otro?

Se me viene a la cabeza esa frase de un cuento judío que me hace reír. Estoy muerta de nervios y de frío. Son las dos y de Diego no hay noticias. La gente de la fila ya ingresó al boliche, así que me muevo a la parada del colectivo que está al lado. Hay un chico sentado ahí hace rato. Tiene el pelo negro, peinado con gel. Es muy blanco, alto, y lleva puesto un cinturón con una estrella plateada. Me doy cuenta que está esperando a alguien.

—Disculpá, ¿sabes si está bueno este lugar?

—Eh… Sí, sí, está bueno.

Mi pregunta lo incomoda. Quizás porque es un boliche gay, y respondiéndome una sola cosa, me responde dos.

—Pero… ¿Vos querés entrar?

—Sí, estoy esperando a un amigo. ¿Pasan música copada?

—¡Síiiiiiiii!

Su grito me sorprende y me hace reír.

—Yo te veía hace rato parada pero ni ahí me imaginaba que podías llegar a entrar acá. ¡Qué linda que sos! ¡Muy

linda! ¿Sos lesbiana? No. Sos bisexual.

—Soy Magui. Hola.

—¡Hola! Yo soy Ángel. Y sí, soy gay. Yo le dije a mi mamá: Mamá, a mí me gustan los hombres. Y lo entendió, todo bien. A veces salgo con chicas. Pero tienen que ser chicas lindas, como vos.

—No sos tonto si solamente salís con las lindas.

—Ay, ¡todos me dicen eso! Pero bueno, es así. Ahora no estoy saliendo con nadie. Antes me comía a uno de los socios de acá —señala el boliche y hace un gesto despreocupado—. Ahora ya no. Hay mucha envidia en el ambiente. Ah, pero paso sin fila. ¿Querés pasar conmigo y mis amigos?

—No, gracias, tengo que esperar a mi amigo.

—Bueno, pero adentro te busco ¡y bailamos, eh! Mirá que soy bailarín.

—¿Sos bailarín? ¡Qué lindo!

—Bailarín, cantante y actor. Y tengo 19 años.

Ángel sigue hablando solo, me causa gracia lo entretenido que está. Por la calle pasa una chica patinando en rollers con una remera amarilla y un tutú rosa. Es una de las escenas con menos sentido de la historia. Llegan los amigos de Ángel, me los presenta a todos, y me repite que me va a buscar adentro.

Dos y media llega Diego con un millón doscientas disculpas por el atraso. Le digo en chiste que hay atrasos peores. Entramos al boliche. «*Uh, boluda, qué antro*». «*Mal. Hay veinte chicas, y diez no estoy segura de que sean chicas*». Diego se ríe con ganas.

Vamos a la barra a retirar un trago. *«Me parece que hoy me van a encarar a mí nada más, Magui». «La vida son dos días, Diegui. Ponele que en uno me está lloviendo, pero son dos días y hay que disfrutarlos igual. ¿Vos tenés alguna*

duda de que nos vamos a divertir?». «Pero ni hablar, pendeja».

El olor a cigarrillo del lugar me está ahogando. Los hombres que me encaran a mí, cuando les digo que no, me preguntan por Diego. Hay dos chicas besándose al lado nuestro, mientras Diego me da las razones de por qué el cuerpo de una mujer es más divertido que el cuerpo de un hombre. Una de las chicas que besaba a la otra chica, ahora está besando a un chico. Diego me da las razones de por qué le gusta que seamos amigos. La chica ahora besa a otro chico. El chico se va y Diego le habla: *«¿Qué onda vos? ¿Te cabe todo?». «Sí»*. Diego la besa. Yo me corro a un costado. La chica me llama. *«¿Por qué te vas? ¿No te gusta mirar?». «No, igual todo bien». «¿Pero no tenés morbo?»*. Me río. «En privado, y no con mis amigos». «*Tenés límites, qué linda. ¿Fumás?*». Saca un cigarrillo y me convida. *«No, no fumo, gracias». «¿Me das un beso?». «No, todo bien». «No hay drama, gordi, si no te cabe, no te cabe»*.

—Che, veo que vos tenés cancha… ¿No ayudarías a mi amiga a encontrar un lugar para salir?

La chica sonríe y dice que sí. «*Este lugar no es para vos. Acá vas a encontrar buena onda, ojo. Gente muy copada. Pero vos… Mira la carita que tenés, sos una tierna. Acá se puede hacer cualquiera. Por ahí vos querés hacer cualquiera, no sé. Si querés hacer cualquiera, igual, hay lugares donde vas a encontrar chicas más de tu estilo*». Sonríe y repite: «*Este lugar no es para vos*».

Diego la besa otra vez. Yo me voy a pedir una cerveza.

Vuelvo y ella me empieza a nombrar lugares a los cuales podría ir. Dice que si no tengo quien me acompañe, ella «no tiene drama». «*Vos me llamás y me decís “Hola, gordi, soy Magui, ¿salimos?”, y salimos*».

Bailamos, tomamos, ellos se vuelven a besar, y esta vez me quedo.

Al rato, Diego va al baño y nosotras decidimos ir a sentarnos.

—¿Y por qué cortaron con tu ex?

—Porque no daba para más.

—¿Y pero por qué?

—Porque ni de su lado, ni de mi lado, la relación estaba aceptada, y ya vernos afuera era intolerable.

—¿Y mudarse juntas?

—No fue una posibilidad en ese momento.

—¿Pero vos querías?

—No sé. No se dio.

—¿Pero por eso nada más cortaron?

—Puede que ella no me quisiera más, puede que haya sido eso.

—¿Vos la amabas todavía?

—No sé. Creo que sí.

—¿No te gusta hablar de esto, no?

—No me jode, solamente es que nunca sé que palabras usar. No sé qué pasó, dejó de pasar algo.

—¿Y la extrañás?

—A veces.

—¿Y qué extrañás?

—Cómo te gusta hacer preguntas, pecas.

La chica se ríe.

—¡Odio mis pecas! Me hacen fea.

—Te comiste cuatro personas en treinta segundos, cara rota. A quién le importan las pecas.

Se vuelve a reír y me abraza.

—Sos una loca vos. No me respondiste.

—Ah. No sé. Los códigos, los gestos, el amor. ¿Sabes qué pasa? Que una relación se termina, y a vos te queda un recuerdo de esa persona. Y van pasando los días, y el recuerdo va cambiando. Y hay días que te acordás de ciertas cosas y sonreís. Y días que te acordás de otras cosas, y

llorás. Y días que no querés saber nada con acordarte. Pero todo se trata de recuerdos, no de la persona.

—Claro.

—Si me quedo pensando qué extraño, si la quería cuando cortamos, si la quiero ahora, si los pájaros vuelan… No me muevo. Es un círculo donde todos los días la respuesta cambia. ¿Qué pasó? Yo qué sé qué pasó. La vida siguió, y yo seguí con la vida. Y está bien.

—Yo hace cuatro años que estoy enamorada de mi exnovia.

—Uh, boluda. Qué bajón.

—Bajón es lo que tengo ahora, dice Diego, sentándose al lado nuestro. ¿Podemos salir a desayunar?

—Sí.

Antes de dejar el antro, encuentro a Ángel y bailamos el tema que me había prometido. Me pasa su celular y me pide que lo llame alguna vez. Yo le digo que sí, pero sé que no voy a llamarlo.

Salgo a la luz del día con la sensación de estar más perdida que la noche anterior. Vi demasiadas cosas que no hubiera querido, y me sentí ajena a ese mundo del que ahora, de alguna manera, formaba parte. El antro me recordó mi dificultad para pertenecer. Me mostró en una pista rodeada de extraños, que incluso yo era una extraña para mí misma.

Comemos algo por ahí, con Diego, Pecas y un amigo de ella que estaba en un coma alcohólico, tambaleándose entre su silla y la pared.

—¿Voy a volver a saber de vos?

—Sí, claro. Te escribo y salimos los tres.

—Dale, linda.

Emprendemos, al rato, la vuelta con Diegui. *«Gracias por acompañarme hoy». «No, gracias a vos por invitarme, me divertí mucho». «Yo más o menos, pero me hubiera querido*

matar si no estabas». Lo abrazo y él me revuelve el pelo. *«Me hizo muy bien desayunar». «A mí también*». Lo miro y sonrío.

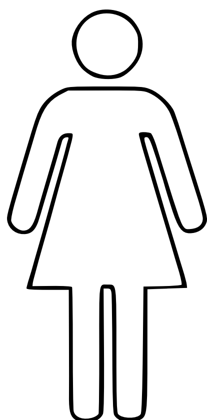
Con el tiempo nos vamos haciendo más amigos. Él me acompaña a otros lugares, escucha mis miedos, y yo sus corajes. Diego me muestra la belleza de lo imprevisto, de lo no planificado, del fluir. Me habla de sus viajes, de sus errores, de sus sueños. Y yo todo me lo guardo en la cajita de los aprendizajes.

Entiendo que lo quiero mucho, tal y como es. Entiendo también que él me quiere a mí de la misma forma. Y eso me sana. Me gusta no tener que mentirle para que me acepte. Es, en esa época, la primera persona que me convence de que no sirve que te quieran por lo que no sos.

—¿Sabés a qué me hacés acordar con esto que me contás, Maga? En Villa La Angostura, cerca de mi casa, hay dos puentes. Uno ya no se usa más para los autos, lo usan las personas. Abajo de ese puente hay un río. Habrá tres metros de distancia entre el río y el puente. Y siempre que íbamos con mis amigos a tirarnos a ese río, yo pasaba un montón de tiempo estancado en el puente, y todos mis amigos que ya se habían tirado, me gritaban «Dale, Diego, siempre lo mismo». Yo no saltaba, pero tampoco me iba. Había decidido saltar… Pero en el fondo no, porque seguía ahí parado. En un momento, me impulsaba, y lo hacía. Y mientras estaba en el aire, tenía la sensación de estar saltando al vacío. Ya habíamos ido mil veces a comprobar que no había piedras en donde caíamos, pero mientras estaba en el aire, no sabía adonde iba a caer. Y me daba vértigo, y también alegría, incertidumbre…

»Yo creo que saltaste, Maga. Y ahora estás en el aire. No te va a tranquilizar que te diga que abajo no hay piedras, porque la sensación de saltar al vacío es insoportable. Solamente cuando toques algo de agua vas a estar más

tranquila. Vos tomaste una decisión. Y te felicito por eso, porque ya no estás cómoda en el puente. Bancá el vacío ahora.



Refugio

Tengo veintitrés años. Estoy triste. Sé que necesito sanar las heridas de la revolución de mi yo, que está muy cambiado y no se parece al que me acompañó hasta ahora. Decido empezar un taller de *stand up*. ¿Por qué *stand up*? Casi por casualidad. Tal vez, destino.

No sé ver la vida de otra manera que no sea a través del humor. Nunca supe. El humor es todo para mí. Es mi defensa, mi ataque, mi protección, mi delirio, y mi felicidad. Todo lo trágico, con el tiempo, termina siendo cómico. Para mí, y para todos los que aspiran a sentir que lo malo pasa. En algún momento, pasa.

Elijo un taller al azar y empiezo las clases. Los profesores declaran que para hacer *stand up*, hay que hablar de uno mismo. Sus palabras me inquietan. No tengo idea quién soy, ¿cómo voy a lograr contárselo a alguien y, encima, hacerlo reír?

Mis compañeros relatan cómo llegaron al taller. «*Porque siempre me gustó la comedia*» dice uno. «*Porque me muero*

de risa con los videos de ustedes», dice otro. Llega mi turno. Quedaría patético decir que estoy buscando hacer amigos, incluso hacerme amiga de mí misma. Entonces, digo otra cosa, que también es verdad: «*Yo quiero entender qué es lo que hace reír a las personas*».

Me cuesta horrores encontrar chistes que me pertenezcan, a los cuales yo me sienta también pertenecida. En esa contradicción que me abruma, voy hablando de mi trabajo, de mis hermanos, de mi mamá, de mis viajes. Todas esas cosas son lo que soy, a pesar de que no son todo. Mis chistes siempre esconden la actitud: ¿Te diste cuenta que…?

Como si yo pudiera mirar el mundo de lejos, y no involucrarme. Comprendo que quizás, eso es lo menos ajeno a mí. Yo sé que él se involucra, sufre. Y el que contempla, ríe. Porque una cosa es caerse en el asfalto, y otra muy distinta es ver cómo una persona se cae.

Los profesores y mis compañeros aprueban mi gracia. Y yo me resguardo en su aceptación. Empiezo a entender cómo hacer reír a las personas. También, que no es útil si a mí no me importa lo que estoy diciendo, sino sólo su efecto.

Me voy haciendo adicta a los escenarios. No a subirme, sino al vértigo que me da subirme. Siempre ese segundo, antes de mi presentación, la inevitable pregunta: ¿Por qué hago esto? Siempre ese segundo, después de mi presentación, la inevitable respuesta: Hago esto porque lo amo.

Con los meses, y las funciones, el *stand up* se transforma en lo más importante de mi vida. Me lleva a decir con la palabra, a decir con el cuerpo. A decir, en silencio. Me conduce a formar un código, a improvisar, a dejarme afectar por el público, y en su revés, afectarlo. Me enseña a actuar, a mostrar a los que me rodean lo que no conocían de mí, a sorprenderme ante extraños con lo que yo misma

desconocía de mí. A sentir el miedo, a transpirar el miedo, a temblar de miedo. A superar el miedo y a reírme del miedo.

A frustrarme, a enojarme, a dudar, a luchar conmigo, a soportar, a vencer, a llorar, a desafiarme, a crear, a correr riesgos. A desdibujar viejos límites, a dibujar nuevos límites y a volver a desdibujarlos.

El *stand up* es, para mí, estructura. Y quiebre de estructura. Fascinación, misterio, expectativa. Es transmitir. Transformar el dolor propio en una carcajada ajena. Es fallar, tropezar, caerme. Es levantarme, también. Es estallido de emociones, complicidad que conmueve, juego, ficción. Realidad moldeada en creatina de chistes. Es cuestionar sentidos, fijezas, automatismos. Es preguntar por qué el mundo es así y no de otra manera. Es inventar diferentes miradas para el mundo y posibilidades locas de vivirlo. Flashear. Animarme. Incomodar. Hallarme. Perderme. Reencontrarme. Pasarla muy bien. Pasarla muy mal. Es insistir, es decir «*Estoy acá, te quiero contar algo que, para mí, vale la pena contar*».

En esa vorágine de emociones, conocí a Angie, Sil vi y Manu. ¿Alguna vez tuviste la sensación de haberte cruzado con una persona en otra vida? Eso me pasó con ellas. Al principio, no caí en la cuenta del nivel de confianza irrisorio que teníamos. Sin embargo, el tiempo desnudó ese milagro. El tiempo hace muchas cosas: Alivia angustias, exagera alegrías, inventa recuerdos, te regala nostalgia, fortalece o quiebra relaciones. El tiempo pasa, y mientras pasa, juega con tu vida, con vos. Te cambia. Te hace equivocar con la misma piedra. ¿Te pone triste que pase el tiempo? A mí también.

No hay remedio contra el tiempo.

Hay cirugías, retoques, cambios de peinado, de moda, de gustos, de amigos, de trabajo, de pareja y de escala social. Pero no remedio.

Ellas, casi sin percibirlo, se fueron convirtiendo en mi lugar seguro. Ahí donde la tormenta no me empapaba, y me rompía los huesos. Ahí donde me convencían de que atravesar la tormenta es la única forma de lograr que pare de llover.

Yo no me animaba a contarles que, en ese momento, estaba de novia con una chica. Y eso era un muro entre nosotras. Ninguna mencionaba esa enorme pared, pero deduzco que todas las sentíamos.

Los encuentros se me hacían cada vez más incómodos. Terminaba cambiando el pronombre «ella», por «él». Inventaba historias. Me odiaba por no poder decir algo tan simple como: Mi sexualidad es un poco diferente a la de ustedes.

Que en definitiva es eso. Sólo una elección distinta. Y no es que una pueda elegir sentirla. Una sólo elige vivirla o no.

Decidimos hacer las cuatro una gira de *stand up* por Rosario. Y entonces, en el viaje de vuelta, junté coraje y se los dije.

—Chicas, soy bisexual. Bueno, algo así, si hay que etiquetarlo.

Silvi, que estaba al volante, se enderezó.

—¿Es un chiste, Maga?

—No, posta.

—Dale, es un chiste.

—No, boluda, te juro que no.

Angie, de copilota, tartamudeaba:

—Bue… Bueno, está bien, no… No es que va a cambiar algo. Pero ¿en serio?

Manu al lado mío sonrió:

—¡Yo sabía! ¡Yo lo sabía!

Empecé a decir una catarata de palabras mezcladas, intentando relatar cómo había llegado al lugar en el que estaba establecida en ese momento. Silvi manejaba, ahora,

muda y Angie seguía tartamudeando, exponiendo que realmente no tenía importancia, que era un detalle, que cada uno hace de su vida lo que quiere. Manu dio comienzo a un discurso sobre la sexualidad y la libertad, en el que terminamos todas inmersas hasta que Silvi miró a Angie y le dijo:

—¡Pará! Anshu, si a Maga le gustan las minas, entonces… ¡Más hombres para nosotras! ¡Es genial!

Y con las risas rompiendo el aire, y lo oculto volviéndose cotidiano, la paz se hizo presente.

Después de ese viaje llegaron preguntas, muchas. Y con ellas las respuestas. A veces claras, a veces confusas. A veces silencio. De la sexualidad pasamos a conocer nuestras familias, pasado, miedos, sueños, vacíos y angustias. Ni lo más terrorífico pudo lograr que no luciéramos bromas al respecto.

—¡Hagamos un *ranking* de los mejores padres!

—Dale, Sil. Igual es obvio que gana el tuyo pero no cuenta porque está muerto.

—Ay, sí. Me di cuenta que odio la canción del mundial porque dice: «Decime qué se siente tener en casa a tu papá» y no sé.

—Pará, pará, vamos todas: Silvi, decime qué se siente…

También llegó un grupo de trabajo después de ese viaje. Chicas de pie, lo llamamos. Y con ese nombre recorrimos el conurbano y capital, tratando de hacer reír a muchos extraños, por muy poco dinero.

Las funciones me fueron demostrando que incluso en un arte que consiste en subirte a un escenario solo, es importante tener a alguien que te abrace cuando te bajás. Pocas cosas me gustan tanto en el mundo como compartir el camarín con Angie, Silvi y Manu. Con los rayes, las discusiones, los guiños, los consejos y el consuelo de saberlas conmigo, aun estando sin ellas frente al público.

Son eternas las cenas, las risas, y las palabras *post show*. No sé si hubiera soportado el desamparo del *stand up*, si no hubiese existido Chicas de Pie. Me subo al escenario, muchas veces, gracias a la insistencia de Angie, la sinceridad de Manu y la dulzura de Sil. Logran que actuar en los malos días no sea tan malo, y que en los buenos días, sea increíble. Están para escuchar las peores cosas, y lo que es más difícil, se alegran en las mejores.

Uno siempre está solo.

En algún rincón de tu ser, siempre estás solo. Y a pesar de eso, en el camino te vas a encontrar con personas que, mágicamente, van a restar de tu ser un poco de esa soledad innata y profunda.

Doy por aprendido que llegan a nosotros sólo las personas que permitimos que lleguen. Abrí la puerta y dejá que pasen. Confiá. Una habitación de tu vida siempre va a ser sólo tuya. Las otras, creeme, son más lindas habitadas con los demás.

¡Alto ahí!

—Jugate el corazón—

¿Qué pasa que no nos animamos a jugar?

Nos olvidamos que jugar es en serio.

Se nos fue de la memoria que una escoba sabe ser caballo. Y un lápiz, cigarrillo. Que el patio de una casa sabe ser un bosque. Y una habitación, una tienda.

¿Qué pasa que no nos animamos a jugar?

Nos olvidamos que jugar es en serio.

Que las más crueles batallas y las más grandes historias de amor, se pueden dar entre dos muñecos de plástico.

Convencidos de que las figus, los tazos, y la plastilina no merecen nuestra adulta atención, crecimos y nos pusimos a jugar con personas. No suele ser tan divertido, querido extraño, cuando la otra persona se nos rompe. Y en vano es el intento de explicar «*¡Uh! No fue a propósito. Se me salió el cosito que hacía que te quisiera…*».

¿Qué pasa que no nos animamos a jugar?

¿Qué puede pasar si jugamos?

Está el riesgo de perder.

Pero… ¿qué puede pasar si perdemos?

Nos puede invadir la tristeza.

Y, ¿no es más triste no jugar?

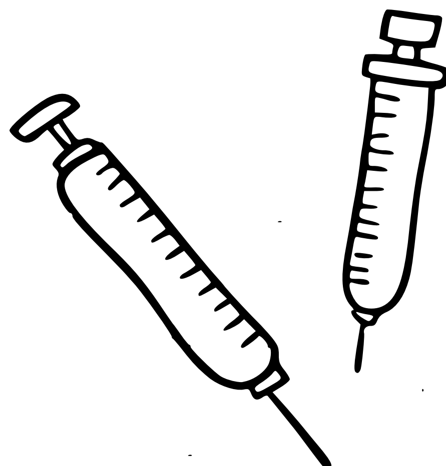
Tomemos té de tazas vacías, acostémonos en el suelo y toquémonos el estómago como si lo tuviéramos herido,

volvamos a ser recolectores de basura, cocineros, científicos, veterinarios, astronautas, médicos, vagabundos, perros, ancianos, estrellas de *rock*, pájaros, superhéroes. Toquemos timbres y salgamos corriendo, sorprendámonos de que exista algo tan hermoso como la luna, preguntémosle a alguien: «*¿Pero cómo puede ser que la veamos de todos lados?*», hablemos en un italiano inventado, y un español torpe. Vayamos a la heladería y pidamos «*Por favor, heladero… un cucurucho de dulce de leche barnizado*», caminemos por Plaza de Mayo y gritemos locos de alegría «*¡Pero qué lindas "estuatas" tiene mi país!*». Escribamos una carta que tenga más dibujos que palabras, y muchos colores. Hagamos un hombrecito de palitos y chizitos, tomemos chocolatada y no nos limpiemos los bigotes que nos deje. Corramos. No por ejercicio, no por llegar más rápido a un lugar. Corramos por correr. Por el viento en la cara, y la sensación de vértigo.

Digamos una declaración de amor que nos ponga rojos de la vergüenza. Pateemos lejos una pelota, vayamos a buscarla. Protejámonos con una sábana de todos los miedos. Hablemos de nuestras preocupaciones… Con nuestro amigo invisible. Peleemos a muerte con alguien. Logremos que nos perdone por regalarle un chupetín. Ensuciémonos las zapatillas caminando por una plaza embarrada. Tapémonos los ojos para escondernos de alguien. Subamos a un colectivo cualquiera, y trastornemos al chofer preguntándole: *«¿Ya llegamos?». «¿Cuánto falta?»*. Compitamos con otra persona a ver quién hace el globo de chicle más grande. Trepemos un árbol.

Y quizás, así, jugando a ser niños, nos acordemos lo lindo que es jugar.

Y nos animemos…



Anestesiada

Vuelvo a las corridas del trabajo, tengo que ir a un *show* de *Stand up* a la noche. Entro a mi casa. Mi mamá está sentada, en silencio. Mi papá, Pablo, habla por teléfono con alguien, dice algo de un hospital. Me saco la campera y pregunto qué pasó. Mi mamá dice: «*Nada*». Me siento. *«Qué pasó, dale». «Salieron mal los estudios que me hice a la mañana». «¿Mal, cómo?»*, le digo. *«¿Mal qué?». «Me diagnosticaron cáncer». «¿Cáncer en dónde?». «Cáncer de mama»*. Me quedo muda. *«¿Es grave?». «No sé. Tengo que hacerme rayos, y después operarme». «Entonces es grave». «No sé, Magalí, no quiero hablar»*.

Se pone a llorar, me dice *«vos sabés que la abuela murió de esto. Y vos que no te hacés los estudios, nunca vas a un médico, sos una caprichosa de mierda. Yo sabía que me iban a salir mal, me estaban doliendo las mamas. Cuando le vi la cara a la médica, ya lo sabía. No quiero que me saquen las mamas. No quiero quedarme sin pelo. Ya está, yo no voy*

a hacer nada». «Cómo no vas a hacer nada, ¿estás loca?», le pregunto. *«Vas a hacer todo, y va a salir todo bien». «¿Y cómo sabés que va a salir todo bien? No sabés, Magalí». «Sí, sé. Va a salir todo bien». «¿Le vas a rezar a Dios por mí?». «Ay, mamá, no empieces. Lo único que te pido es que no te pelees con tus hermanos. Porque yo me puedo morir»... «Todos nos podemos morir, mamá. No te empieces a morir desde ahora». «¿Vos te vas a hacer los estudios, Magalí?». «Sí, me los voy a hacer». «¿Cuándo?». «No sé». «¿Vas a rezar o no?». «No me gusta rezar, vieja, vos sabés que yo no creo, te acompaño en lo que quieras». «¿Podés rezarle a San expedito?». «Bueno, está bien. Si te deja tranquila, le hablo»*.

Mi papá corta el teléfono. Le dice que no es como cuando mi abuela falleció, que la medicina está más avanzada, y que no va a perder el pelo con los rayos. Le dice que la van a dejar débil, que tal vez si se siente muy mal, puede fumar marihuana. Mi mamá pone el grito en el cielo, le dice que ni en pedo va a probar la marihuana a los 50 años. Y entonces me mira, y me pregunta por qué estoy en casa, si tenía un *show*. Le digo que falta una hora, que no voy a ir, que lo voy a llamar al organizador y le voy a pedir mil disculpas. Me dice que vaya, que no tiene sentido que me quede, que quiere estar sola. Insisto. No cede. Se va a su cuarto. Me quedo sentada en el comedor. No sé cuánto tiempo miro la mesa sin pensar en nada, pensando todo al mismo tiempo. Agarro las llaves, me voy al *show*.

Llego, estoy desorientada. No actué muchas veces, debe ser mi función número siete. Caen de sorpresa compañeros de facultad. Empieza el espectáculo. Les va mal a los dos primeros comediantes. Subo yo. Arranco a decir el monólogo, pero estoy en otra. Es como si pudiera ver con detalle la cara de cada persona del público. No están muy divertidos. Se ríen, algunos. Digo qué difícil que debió ser

para alguien que habla con la zeta escribir en los dictados, si todas las palabras le suenan igual. Múzica, canzión, zonido, zumbido, zilenziozo. Un pibe del público me dice «*¡Eh, yo hablo con la zeta!*». Su voz me deja estúpida como un viento fuerte. *«¿Vos hablas con la zeta?». «Zí». «Para, ¿en serio?». «Zí, zí»*. Sonrío, no sé dónde meterme, me pregunto si me estará gastando, porque sesea al extremo. «*Bueno… Peor si fueras cordobés, también se te complicaría con las tildes, porque los cordobeses hablan todo en esdrújula*». Quiero salir de esa situación y de ese chiste idiota con una improvisación, y me embarro el doble: «*Mi novia es cordobesa*». Me señala a la mina que tiene al lado. Toda la mesa empieza a gritar: «*¡¡Uhhhh!!*».

«*Me estás jodiendo*»… Me río. Actúo que me río, porque en realidad me quiero matar. No me acuerdo cómo salgo de ahí, pero sé que no fue gracioso. Y no me importa. Mi mamá tiene cáncer, y yo estoy ahí contando chistes.

Bajo del escenario. Uno de mis compañeros me dice que la pasó bien, la otra no me habla nunca más. Vuelvo a mi casa. Mi mamá está, otra vez, sentada en silencio.

—¿Cómo te fue, hija?

—Me va mejor contando chistes de gallegos. ¿Vos qué hacés despierta?

—No me pude dormir.

Me siento y le agarro la mano. Nos quedamos así un rato.

«*¿No es irónico que podamos tener cáncer de mama las mujeres que no tenemos tetas?*», le pregunto. Mi mamá se ríe. Le dije lo mismo a la doctora, me cuenta.

Pasan los meses, yo estoy planeando mudarme pero no saco el tema. No es oportuno. El humor de mi mamá está en crisis. Pasa de la alegría a la depresión, del enojo a la tragedia. Me dice todos los días algo agresivo. Todos los días junto paciencia y me callo. Le regalo un libro, no le gusta. Se molesta cuando estoy en casa, se molesta cuando me voy.

Me doy cuenta que la muerte te cambia la vida. Está ahí, como un fantasma, en los detalles más chiquitos. Cuando le pregunto qué va a hacer la semana que viene, y sus respuestas incluyen muchos médicos. Cuando comemos empanadas de delivery, porque mi mamá no quiere cocinar, y tampoco quiere que alguien cocine. Cuando contamos una anécdota graciosa que pasó hace mucho tiempo. Porque es imposible no preguntarse si nos queda tiempo para construir otras anécdotas graciosas.

Consigue un médico prestigioso moviendo contactos. Este médico le dice que le van a tener que sacar una parte de un pecho. Mi mamá arma una bolsa con sus corpiños, y me la da. Yo no los quiero. Me parece algo horrible. Pero no se lo digo. Agarro la bolsa.

Están varias horas operándola. Sale el médico, dice que salió todo bien. Va a estar tres días internada, y después unos meses en recuperación. Va a tener que tomar medicación de por vida. Nos pregunta si la queremos ver, y nos advierte que está drogada por la anestesia. Mi hermano le pregunta si está dormida, y el médico le dice que no. Que puede que esté diciendo barbaridades, que ese es el efecto de la anestesia.

Entramos al cuarto y mi mamá está gritando que se quiere morir, que por favor alguien la mate, que no aguanta el dolor. Me quedo apoyada contra la pared, me angustia verla así. Y entonces empieza a decir «*médicos putos, denme algo para morir*», y me río. Mi papá y mis hermanos le dicen que se tranquilice, mi hermano más chico le agarra la mano y se queda al lado de ella. Mi mamá se calma. Me acerco y le digo que salió todo bien, que duele mucho pero que va a pasar, que ya nos va a volver a cagar a pedos a todos. *«Dale, gallega, ya no vas a retar Trata de no hablar, trata de dormir». «No quiero dormir, no me puedo dormir si me duele, Magalí. Llamen al médico». «Ya viene el médico,*

mami». Mi papá empieza a llamar a sus amigos, a decirles que salió todo bien. Camina de un lado para otro en la habitación. Mi mamá susurra: «*Pa. Pablito. Vení*»…

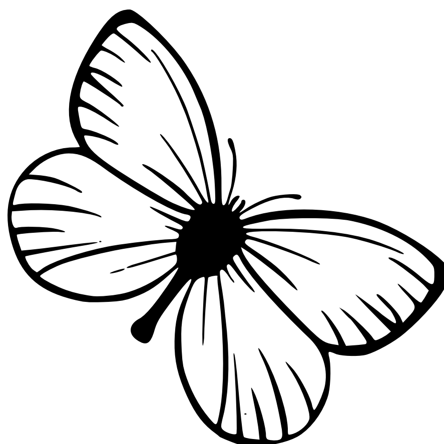
Mi viejo se acerca y le sostiene la mano. Mi mamá le pide que se acerque un poquito más y le dice bajito: «*¿Por qué no te vas a hablar con ese teléfono a la concha de tu hermana?*».

«*No creo que tenga señal ahí*», la cargo. Mi hermano Daniel se tienta. «*¿Y vos de qué te reís, boludo? Siempre te reís como un boludo*». Nos tentamos todos. «*A la gallega con la droga le pinta la agresividad*», digo, «*menos mal que no fuma marihuana*». No nos podemos parar de reír. «*Llamen a ese médico del orto que me operó para que me dé algo, no puedo más del dolor, no puedo más, la puta que los reparió*». Llega el doctor y le pregunta si le duele. Mi viejo le dice que sí, que no puede más. Pero mi mamá, pone voz de señorita y dice: «*Sí doctor, me duele un poco… Por favor… Deme algo*».

Mis hermanos y yo salimos de la habitación, muertos de risa. Los miro. Hace cuánto que no estamos juntos los tres, qué loco. Mira lo que nos reúne.

Mi vieja se cura. Me voy a vivir sola. Ella empieza a viajar. Conoce el país donde nació mi abuela. Decide que quiere ir la universidad, también empieza yoga. Le regalo un libro, le gusta. Algunas veces, almorzamos todos juntos, y yo empiezo a imitarla: «*Pablito. ¿Por qué no te vas a hablar con ese teléfono a la concha de tu hermana?*». Nos reímos a carcajadas. Mi papá dice que fue a la concha de su madre, y mi mamá que no, que fue a la de su hermana.

Me subo a otros escenarios. Nunca más hago el chiste de la zeta. Paso situaciones incómodas con otros. Y está bien. Mi mamá está viva. Y yo me siento más viva cuando cuento chistes.



Un secreto

Me llevó muchos años decidirme a aprender inglés. No porque el idioma sea algo que me cueste, sino porque todo lo nuevo toma para mí el valor de lo imposible de hacer de manera imperfecta. Aprender implica descubrirse fallando, no sabiendo, aceptando. También implica crecer. Y son todas cosas que a mí siempre me fueron difíciles.

Pero un día sentí las ganas de viajar a Estados Unidos, y el deseo pudo más que el miedo. Busqué muchas academias, elegí una de Palermo, y me presenté.

Me abrió la puerta una mujer que, a primera vista, me dejó sin palabras. Tenía un ojo azul y el otro verde, el pelo rubio larguísimo, era muy delgada y estaba llena de tatuajes. «*Hola*», me saludó. «*Hola, soy Magalí, ¿vos sos Mónica?». «Ay, pero nada que ver con lo que te imaginaba, sos una modelo*». Yo me reí. «*Tenes la voz muy distinta a como sos, Magalí». «Sí, puede ser, tengo voz de pajarito». «Pasa, acomodate*».

Entré a la academia y Mónica me preguntó cuánto inglés sabía y yo le dije que casi nada. El del colegio. Ella empezó a hablarme en inglés y me quedé muda, muerta de vergüenza. *«¿Entendés lo que te digo?». «¡Sí, te entiendo, pero no me da para responderte!». «Dale, decime algo». «No, de verdad. Cuando empecemos una clase, hablamos»*. Ella se rio. Me explicó los honorarios y quedamos en vernos el viernes siguiente. Así fue cómo nos conocimos.

En menos de un mes, yo dejé de ir a la academia y empecé a estudiar en su casa. Nos quedaba mejor a las dos. Mónica sabía mucho de filosofía, música y poesía y a mí me resultaba fascinante mezclar el have y el has con Pizarnik, Zizek, el Indio Solari y Nietzsche. Todas las mañanas que estudiábamos, ella nos preparaba un café con crema a cada una, nos contábamos la semana en inglés y después empezábamos con el estudio. A mitad de la clase, en medio de discusiones políticas y sociológicas, nos enredábamos los idiomas y terminábamos hablando en español y en inglés. Al final me decía: «*Te cobro la mitad, porque lo que conversamos en español no cuenta*». Yo, a veces, aceptaba. Sin embargo, sabía que todo tema que tocábamos, sin importar en qué idioma, contaba como aprendizaje. Mónica me enseñaba inglés, y también a leer, a pensar, a sentir y a vivir.

Decía cosas insólitas que me desarmaban de risa. Como que se había divorciado de su primer marido porque era «demasiado feliz». O que por terminar con el hambre del mundo se cortaría un dedo.

Una mañana, llegué a la casa de Moni llorando. Habían pasado dos días desde la ruptura en el Karaoke. Hicimos la clase entre mis lágrimas y su expresión de pena. Esa mañana hablamos tres horas del dolor, del desamor, de la aventura, del tiempo, del olvido y de lo efímero. Ella me abrazó fuerte y fue la primera vez que la sentí mi amiga. Ya

no teníamos retorno, éramos alguien importante para la otra.

Con los meses, empecé a cambiar. El peinado, las ganas, la forma de vestirme, y las ideas. Casi ya no leíamos libros en inglés, nos íbamos conociendo desde otros lugares. Moni estuvo presente en todo ese duelo. Me dio sus consejos, sus anécdotas, sus errores, sus limitaciones, y sus miedos.

Un día, llegué a su clase y me quedé callada. Ella me preguntó qué me pasaba y suspiré.

—Tengo un secreto que contarte —le dije en inglés.

—¿Estás embarazada?

—Ay, no, ¿por qué siempre es la primera opción de la gente?

—¿Sos lesbiana?

—No sé. Te juro que no sé. Pero sí me gustaron algunas chicas y me gusta una ahora. Y creo que bueno, es lindo compartirlo con vos.

Yo en ese momento lo veía como algo oculto a develar con personas a mi elección. No lo tenía naturalizado, pensaba que tenía que saber con precisión quién era para definirme. Con los años entendí que nada está nunca del todo cerrado, que siempre hay grietas, pliegues, escapes, dudas. Que la sexualidad es tan sólo una de las tantas contenciones y prisiones de la identidad.

—Ay, nena, me asustaste. Primero que eso no es un secreto, y segundo, ¡qué bueno que te permitas descubrir lo que todos somos!

—¿Lo que todos somos?

—Bisexuales, Magui.

—¿Vos creés que todos somos bisexuales?

—Sí.

—Yo no sé si todos somos bisexuales. A veces pienso que sí, pero no sé. Supongo que me cuesta mucho estar segura

de las cosas. Apenas me convenzo de algo, tengo un argumento que le lleva la contra.

—Y eso es lo que te hace interesante.

—¿Yo te parezco interesante? Interesante sos vos, que te cortarías un dedo por el hambre del mundo.

—¿Vos no te lo cortarías?

—No, Moni, es mi dedo.

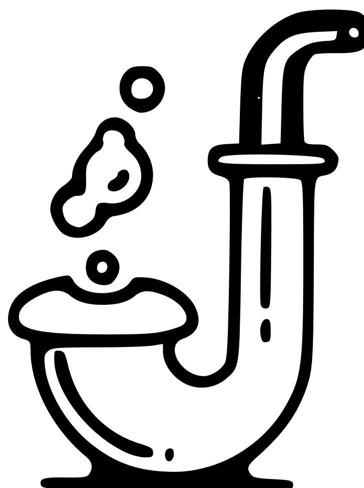
—¡Pero es el hambre del mundo!

—Como somos las personas, en cinco años hay hambre de nuevo y yo perdí un dedo al pedo.

Nos reímos y mientras hablábamos de cualquier cosa, sentí que ella me había sacado de la espalda un elefante de ciento cincuenta kilos.

A los meses viajé y ya no pude seguir estudiando inglés por tiempo y por dinero. Hoy nos seguimos encontrando, esporádicamente. Y conversamos como si nos viéramos rodos los días. Compartimos cenas, teatro, cafés, momentos, risas, libros, ilusiones y eternas discusiones filosóficas.

Mujer de fuego, me llama ella. La que siempre tiene historias, y nunca historietas. La que va ahí, a la llama, a quemarse. Aunque duela. Porque esa llama da la luz que no da ningún fueguito bobo. Yo le digo trucha, porque casi siempre cancela, a último momento, salidas que ella misma propone. Y ella se ríe, y me da mil razones, y yo les resto importancia, porque realmente no me importan. Me basta con lo que me dé, con su sola existencia a veces entrecruzada con la mía. Porque eso pasa con las personas que te enseñan a vivir. ¿Qué les vas a pedir? Te dieron lo más importante. Yo fui a estudiar inglés. Y Moni me dio cátedra de sueños, coraje y amistad. Esta es mi forma de decirle: «*Gradas. Me salvaste y me diste alas en el más frío de mis inviernos*».



Vivir sin sentido

Fue docente mío durante un año en la universidad. En el transcurso de su materia yo me analizaba con una terapeuta que no me cerraba por ningún lado. Sabía que necesitaba un cambio de tratamiento, y le pedí ayuda. Él me dijo: «*Si esperas a fin de año, y querés, empezás un análisis conmigo*».

«*No sé si analizarme con Nacho, Gonza. Claramente es un crack, pero me va a hacer mierda*». Gonza se rio. «*Te va a cagar a palos, olvidate. Pero ¿a qué irías sino a encontrarte hasta con lo peor de vos?». «Es que a mí me cae bien, y quizás yo le caigo bien, no va a ser lo mismo después. Yo siento que Nacho me va a cambiar la vida, y me da un poco de miedo eso». «Si te da miedo, Maga, justamente te tenés que analizar con él*».

Llegó diciembre, fin del cuatrimestre, y lo llamé. Arreglamos una sesión, y unos días después, aparecí en su consultorio de Colegiales.

Nacho no se corresponde con la imagen típica de un psicoanalista. No usa ropa de psicoanalista, te saluda con un beso en la mejilla, no se queda toda la hora callado, es muy joven, y muchas de sus intervenciones son chistes.

Pasamos algunas semanas revisando mi historia, y Nacho aceptó tenerme como paciente. Fui teniendo fe en su trabajo, de a poco. Me sentí frente a él vulnerable, idiota, mala, inocente, histérica, obsesiva, temerosa, arriesgada, dubitativa, menos retorcida, esperanzada, tranquila, volátil, ansiosa, fuerte, acompañada, angustiada, enferma, contenida. Me fui enojada de varias sesiones, y de otras muy triste. Nos hicimos reír muchas veces, y logró que dejara de maquinar tanto. Eso es en lo que Nacho más me ayuda: Sentir más, pensar menos. Pensar menos en lo que voy a decir, en cómo decirlo. Pensar menos si es lo que-tengo-que-hacer y basarme en si es lo que-siento-ganas-de-hacer. Pensar menos en el pasado, en las heridas, en los errores, si voy regodearme en ese pensar y no cambiar algo de eso.

Nacho me enseña a soltar. A entender. A no buscar explicaciones donde no las hay. A saber que, a veces, eso… No hay. Me da un abrazo en las sesiones más duras, y pañuelitos descartables cuando mi orgullo no me deja ni secarme las lágrimas. Me deja mandarlo a la mierda, y logra que casi nunca tenga ganas de hacerlo. Me hace preguntas simples que desencadenan una tormenta de asociaciones. La cabeza se me acelera, y me confundo. Cuando más quiero que hable, se queda callado. Y yo me río y sufro por dentro.

Algunos días tiene puesta una camiseta rosa que me causa gracia. Otros se deja la barba larga como un náufrago. Tenga el aspecto que tenga, me inspira la misma confianza. Apenas lo miro a los ojos, me da vergüenza. Pero cuando lo hago, en su mirada encuentro paz. No sé absolutamente nada de su vida, y no me importa. Yo elegí analizarme con él porque sentí que tenía buen corazón. También porque sabía

que había leído mil libros de psicoanálisis y otras ramas, pero sobre todo, por el corazón.

Nacho me creó otra imagen de los hombres, que dista de la que me había quedado de mi viejo y de mi historia. Tal vez no vuelva a amar a uno. Me consuela saber que ya no los odio. Que, de hecho, los quiero mucho.

Una vez, una amiga me dijo que el psicoanálisis le había salvado la vida. Tomo sus palabras y las comparto. A mí el psicoanálisis, con Nacho, me salvó la vida.

Con mis idas, venidas, vueltas, demoras, arrebatos, terrores, prudencias y locuras, estoy aprendiendo a vivir una vida más cerca del deseo que del deber. A veces soy feliz, y otras insoportablemente nostálgica. Pero ya no me quiero morir. Quizás, nunca lo quise lo suficiente.

Me di cuenta temprano que la vida no tiene sentido. Que hay que vivir dándoselo. Dándoselos. Porque mejor si son muchos sentidos, si son varios. Si cambian, cómo y con nosotros, todo el tiempo.

—La otra vez me dijiste que no saber pedir las cosas que quería, era como ser una nena esperando la teta… Y me quedé pensando.

—¿Sentís que se me fue la mano?

—No. Tuviste razón en lo que dijiste. Sos brusco pero me hacés reaccionar. Muchas veces me porto como una nena. Muchas veces me pongo en una posición que no quiero, es como estar en una lucha constante conmigo.

—Me da la sensación de que hay una fantasía en la cual si vos hacés lo que deseás, sentís que te volvés loca. Como si estuvieras encerrada en cárceles que vos misma construís. ¿Qué pasaría si vos no te pusieras límites?

—Creo que los límites me abruman, pero al mismo tiempo me resguardan. Quizás por eso que decís, que siento que me voy a volver loca si hago todo lo que me gusta. Te voy a poner un ejemplo tonto. Nunca como más galletitas de las

que dice el paquete que forman parte de la porción nutricional. ¿Viste la partecita de atrás?

—Sí. ¿Y eso es un mambo con la comida o me lo ponés como ejemplo de límite?

—En la comida vos sabés que están puestas muchas cosas, no es la comida. Está la imagen, el sentimiento de culpa, el sexo. Ahora te lo pongo como ejemplo de lo que hablábamos. Nunca como lo que tengo ganas, sino lo que dice el paquete que «está bien».

—A veces pienso que me quejo mucho cuando vengo acá. Y me dan ganas de decirte «Te juro que mi vida está rebuena, pero acá salen otras cosas».

—¡Y bueno, sí! Es un espacio para eso.

—Sí, ya sé. Quizás porque soy una boluda, pero digo: Pobre tipo, la mierda que me tiene que bancar.

—Bueno… Pero, pará, ¡hay un *limite*!

Me río y miro el techo.

—¿Sabés, Nacho? Por momentos todo fluye, y por momentos me enrosco mucho. Pienso, pienso. Analizo, sufro. Nietzsche decía que el sufrimiento era el precio que se pagaba por ver con claridad el mundo. Pero yo sé que también hay un sufrimiento que va más allá de eso. Muchas veces me pregunto si se puede vivir diferente.

—Vos sabés que se puede, Maga. La pregunta es: ¿Te vas a animar a vivir diferente?



La niña y la adulta

Se encienden las luces, y con ellas mi alma. Aparecen cuerpos habitando un espacio, rozándose, chocándose. Cuerpos con cicatrices, con tatuajes, con la marca del tiempo. Cuerpos bailando, moviéndose, paralizados. Cuerpos extraños, cerca. Cuerpos puestos ahí, cuerpos expuestos ahí.

Y de este lado, las miradas. Ojos sorprendidos, ojos avergonzados, ojos curiosos, ojos horrorizados. Ojos deseosos, ojos apasionados, ojos interrogantes, ojos emocionados.

Personas en un escenario gritan, lloran, cantan, caen al suelo. Hablan de amor. Susurran de odio. Y por mis venas corre la desesperación, la conmoción, la fabulación, la intriga. Quiero subirme a ese escenario y actuar con esos fulanos. Sin embargo, no lo hago. Admiro la belleza de esa obra en la que no participo más que sintiendo. Y sonrío. El teatro es ese lugar donde me es imposible no sentir.

Mas tengo suerte, y una vez por semana estudio el arte de representar el papel de una persona que no soy. Entonces juego a hablar en otros idiomas, vestirme de otra época,

peinarme de otras formas, usar diferentes tonos de voz. Y la nena que creció inventando historias, cuentos, caras, se despierta y me empuja a no tener vergüenza. Y la adulta que sabe de modales, de obligaciones, y de protocolos, se duerme y me deja tranquila.

Los primeros cinco minutos de un papel, me esfuerzo terriblemente para creérmelo. Y no sale. No es veraz. La nena se fastidia, y empuja más fuerte. Correte, adulta. ¿No ves que queremos jugar? Y entonces un compañero hace el espacio para que surja un personaje y yo me olvido de mi edad y mis complejos, y actúo. Y él me sigue. Y yo lo vuelvo a intentar. Y se suma una compañera. Y estamos, de repente, envueltos en una trama que no planeamos, involucrados en una realidad suspendida, paralela, y más humana. Así de sencilla y así de loca es la máquina teatral.

Todos los miércoles una nueva experiencia. Mirar a alguien a los ojos, sin prejuicios. Tomar la mano de alguien, sin excusas. Reír porque sí. Llorar porque sí. Morir. Pelear. Soñar. Dejar. Ilusionarse. Tomar aviones invisibles, correr sin estar apurada, hacerse preguntas existenciales, callar sin la incomodidad del silencio. Fundirte en un abrazo con alguien que apenas conocés. Emocionarte en esa intimidad espontánea. Y besarte, ciertas veces, con la pasión con la que se besa a los grandes amores. Y enojarte, ciertas veces, con la furia que se despierta con las grandes decepciones. Darte cuenta de que todos esos personajes que hacés tienen algo tuyo, que hasta ese momento, era ajeno a vos.

El teatro me permite vivir muchas vidas en una sola. Me es imposible no ser feliz mientras actúo. Soy feliz incluso cuando me aburro de mí, cuando estoy cansada de la semana y la ciudad, cuando estoy triste. Se encienden las luces y esas cosas se disipan, pierden valor. La ficción golpea la puerta y yo le abro, y la dejo pasar. Le recuerdo que siempre es bienvenida. Le pido disculpas por no haberle

dado antes la dirección para llegar. Y le agradezco que me ofrezca una realidad diferente a la de todos los días, y en simultáneo, tan igual.

Uno de los más grandes regalos que me dio el teatro se llama Florencia. Yo venía cansada de hacer *stand up* con mis herramientas, y ella prometió brindarme nuevas. Al principio, como siempre, desconfié. Entonces ella me miró de arriba a abajo, y me preguntó: ¿Por qué no venís con zapatillas a entrenar? Porque no uso zapatillas. ¿Cómo que no usás? No, no uso. ¿Y si vas a una plaza? Tampoco. Me pongo sandalias. Se quedó unos segundos callada, con los ojos entrecerrados y decretó: Bueno, ahora vas a hacer *stand up* en zapatillas. ¿Qué? No, no, no. Yo hace años que no me pongo zapatillas. Por eso. ¿Cómo por eso? No. ¡Voy a quedar como una crota! No te estoy consultando. ¿Vos querés mejorar? Usá zapatillas. No podés actuar con tacos de diez centímetros, es incómodo.

Yo protesté un rato más, pero el lunes siguiente me compré las benditas zapatillas. Les pasé los cordones y me las puse. Empecé a caminar y no lo podía creer. Era mágico. Los pies iban solos por el asfalto, como si pudieran prescindir de mi voluntad. Casi sin darme cuenta, empecé a correr. No podía frenar. Corrí tres cuadras, riéndome. ¿Cómo me había privado tanto tiempo de esa libertad?

Cuando se lo conté a Flor, sonrió. Entonces dijo: Baila. No, no, no. A mí me gusta bailar, pero soy horrible bailando cuando alguien me mira. Está bien, bailá. No, o sea… No. Flor, por favor. Otra cosa, lo que quieras. Dale, animate, Maga, no pasa nada. Sí que pasa, te juro que no puedo bailar si me están mirando. Flor se quedó callada, todavía con su sonrisa y esperó. Yo puse una canción en mi celular, muerta de la vergüenza, y bailé.

Con el tiempo fui entendiendo y admirando su trabajo. Flor, además de actriz y docente de teatro, era lectora de

personas. Daba lo mismo que fueras con tu más fuerte armadura, ella te desnudaba. No te pedía cosas extravagantes, sino cosas en las que vos de sólo pensarlas temblabas de miedo.

Un día hicimos un ejercicio de percepción. Había que cerrar los ojos. Unas compañeras iban a poner una de sus manos en algún lugar de mi cuerpo, sin tocarme, y yo tenía que adivinar dónde estaba esa mano. Flor iba guiándome con la voz. Acerté varias veces. Otras no. Abrí los ojos, Maga, me indicó después de unos minutos. Tenía su mano puesta en mi pecho. De todos los lugares que elegimos, este fue el que nunca acertaste. ¿La garganta?, le pregunté. Mis compañeras se rieron. ¡No, el corazón! Ah… Lo tengo tan bloqueado que no le pego ni viéndote la mano. Nos reímos nosotras también. Y pensé que quizás Flor no me conocía mucho, pero ya me había descifrado el alma.

Asistí a sus clases algunos meses más. Una tarde me miré en el espejo, y no me reconocí. Ya no tenía el pelo por la cintura, no usaba tacos, bailaba hasta en el trabajo y me brillaban los ojos. Flor me había devuelto lo que nunca me había animado a ser.

No sé qué hizo con muchos de mis miedos. Creo que logró que la nena inquieta y más despierta que antes, los encontrara y se pusiera a jugar con ellos. Y la adulta no se lo reprochó. Le guiñó un ojo al espejo, se ajustó las zapatillas y se fue a ser feliz en teatro.



Salomé

Yo tenía siete años cuando Salomé llegó a casa. Mi abuela había fallecido hacía poco, y su llegada nos devolvió la vida. Apareció, correteando, moviendo la cola, con su lomo marrón y blanco y sus ojitos café. Una señora estaba regalando cachorros, y mi hermanito le había pedido a mi mamá que nos dejara tener uno. Entraron a la casa de la señora y Salomé fue la primera que le hizo una fiesta a Emmanuel. Así la eligió.

Hicimos una votación para designarle un nombre, y mi mamá vetó las leyes democráticas: *«Se va a llamar Salomé, como la que le cortó la cabeza a Juan Bautista». «No, no se va a llamar así, qué horrible». «Sí, se va a llamar así». «No, pongámosle Rocky». «Ay, no Daniel, Rocky es de hombre»*. *«Bueno, entonces Tomi Roca». «¿Sos tarado?». «Hija, no digas malas palabras. La perrita ya está acostumbrada a que la llamen así. Si le cambiamos el nombre, no va a*

entender». Yo me crucé de brazos. «*Bueno, si es por ella, entonces sí. Que se llame Salomé*».

Los primeros días Salo no comió. Lloraba todo el día. Mi mamá nos explicó que era porque extrañaba a su familia. Yo me puse triste y pensé que por suerte no tenía que extrañar también su nombre. Mi hermano Daniel insistió varias veces llamándola Rocky. Salo no le dio bola. Entonces, empezó a llamarla Tiki. Y ese sí le gustó.

La Tiki jugaba a todo. Le encantaba correr la pelota de tenis, y hacernos reír dándose la trompa con la puerta de calle por no tener la precisión de frenar a tiempo su búsqueda. Emma y yo la enloquecíamos. Nos metíamos en su cucha y no la dejábamos entrar. La subíamos a la patineta, a la hamaca, a la cama. La asustábamos con maullidos, la mordíamos, la despeinábamos. Y ella no protestaba. Ponía cara de tedio, pero no protestaba. Ni un tarascón. Apenas unos gruñidos.

Era muy graciosa Salomé. Se hacía pis de la alegría cuando venían visitas. Te rompía libros y después la veías caminando con un pedazo de hoja colgando de los dientes. Se corría la cola decenas de veces al día. Se la atrapaba y volvía a corrérsela. Si viajabas con ella en auto, se ocupaba todo el asiento despatarrándose. Lo mismo si dormía con vos. Una vez encontramos el patio lleno de soretes de colores… Se había comido mis crayones.

Salomé creció con nosotros. Estuvo en cada momento grandioso y en cada momento terrorífico.

Cuando tenía días de malhumor, verla me cambiaba la energía. Primero la echaba. Y después me iba arrepentida a buscarla, a pedirle que jugara conmigo.

Cuando llegaba de bailar, caminaba hasta su cucha y me sentaba al lado de ella. Le contaba mi noche con detalles. Ella me miraba con los ojitos dormidos, apoyando su cabeza en mi pierna. Yo le decía: «*Me entendés vos, ¿no?*». Y me

autorespondía: «*Claro que me entendés, si sos una viva. Entendés todo*».

Si se dormía en medio de mi relato, me molestaba. Porque le pedía todo a la pobre Salomé. Que fuera amiga, hermana, madre, hija, confidente y mascota.

Le gustaba comerse las cenizas de cigarrillo y la yerba del mate. Le tenía pánico a la lluvia y a los cohetes. La odié cuando destrozó mi soga de saltar. La amé cada vez que durmió una siesta conmigo. Una vez se escapó y la corrí tres cuadras a las puteadas. No le gustaba que la bañaran, le encantaban las caricias en la panza. Tuvo un embarazo psicológico. Una vez quisimos que tuviera cría con un caniche. El caniche le metió el pito en el ojo. Nosotros nos reímos, ella estuvo enojada varios días.

Adoraba la playa y acostarse al sol. Cuando no la dejabas entrar a la cocina, se metía por la ventana. Una vez se tiró un pedo en la cara de mi mejor amiga. Mi mejor amiga la bautizó «Perra pedorra». No jugaba con otros perros. Caminaba apurada, por eso Daniel le había puesto Tiki. Sus pasitos hacían tiki, tiki, tiki. El mar y los gatos le daban miedo. Cuando mi vieja nos retaba, se escondía abajo de la mesa. Le gustaba enterrar huesos en las macetas. Se limaba las uñas atrás del sillón. Se desesperaba por el pollo, el bizcochuelo de vainilla y el asado. No comía *pizza* ni salchichas. Escatimaba los besos, te los daba cuando quería. Odiaba que le sacaras fotos. Cuando le cortábamos el pelo, no salía de la cucha. Sólo hacía pis en la mitad de la calle. Los autos nos tocaban bocina, y ella los miraba con cara de «No me apures, estoy haciendo algo importante».

Nos mudamos a un departamento y no quiso jugar más. Mi mamá decía que estaba deprimida, como ella, por el encierro. Le empezó a fallar el hígado y no pudo comer más «comida humana». Estuvimos semanas dándole alimento canino envuelto en queso, porque solo no lo probaba.

Discutí con mi vieja porque para mí era injusto darle de comer algo que no le gustara. Ella me respondió que eso comían todos los perros y que Salomé se iba a acostumbrar. Insistí y me retrucó; No puede ser tan feo. Entonces agarré la bolsa de alimento, y me metí cinco piedras de carne en la boca. Fue lo más horrible que comí en la vida, y eso que existe el mondongo. Mi vieja me gritó «¡*Escupí eso, Magalí*!». Le dije: «*¿Viste que es un asco?*». Y ella respondió: «*No me hables ahora que tenés un aliento de mierda*».

Le volvimos a dar comida humana. El hígado volvió a fallar, y Salomé no tuvo más remedio que acostumbrarse a ese patético sabor del alimento balanceado.

Cuando cumplió catorce años, nos mudamos a una casa y Salo cambió. Se volvió, en contra de los pronósticos de la edad, una perra más feliz e inquieta. Se la pasaba caminando de un lado a otro, saltando, buscando otra vez la pelota de tenis por los rincones. También empezó a hacer cosas raras, como esconderse atrás de una planta y pasar horas ahí, mirando la pared. Yo empecé a pensar que tenía una especie de Alzheimer. Pero nunca le hicimos estudios. La veíamos más viva que siempre.

Una noche, mientras yo estaba estudiando *Stand up* en Palermo, me llamó mi hermano Daniel. «*Vení que le pasó algo a Salo». «¿Cómo que le pasó algo a Salo?». «Tuvo un ataque». «¿Un ataque de qué?». «No sé, vení, está muy mal*». Dejé la clase y me fui a mi casa volando. Tenía miedo de que hubiera fallecido mientras yo estaba en el colectivo. «*Por qué no me tomé un taxi, la puta que me reparió. Me tendría que haber tomado un taxi, soy una forra. Me muero si se murió*».

Cuando llegué, mi familia estaba sentada en la escalera alrededor de Salomé, que tendida en el suelo lloraba bajito y respiraba muy fuerte. *«¿Qué le pasó?». «No sabemos, se cayó de golpe, y no se levantó más». «¿Llamaron al*

veterinario?». «Sí, vino y dijo que no la movamos. Mañana la llevamos a primera hora».

Salomé se vomitó encima toda la noche. Tenía un olor que daba arcadas. Mi familia se quedó hasta que se hizo de madrugada. Yo me acosté al lado de ella, y vi salir el sol por la ventana del patio. Intentó levantarse varias veces. No pudo. Se hizo pis encima y no se movió. La sequé como pude y le hablé como le hablaba esas noches en las que ella era una cachorra y yo una adolescente. Salo no se durmió. Y a mí me dio tanta angustia que no se durmiera.

A la mañana, intentó levantarse por décima vez y lo logró. Se llevó puestas todas las paredes. Había quedado ciega. No se me borra todavía de la cabeza cómo deambulaba de un lado a otro, perdida, sin fuerzas. Pasó todo el día así. Le pedí a mi papá que la sacrifique. Él se puso a llorar y me dijo que teníamos que esperar, que quizás mejoraba. Yo lloré con él. Y le dije: *«Un día más. Esperamos un día más». «Pero yo no quiero que se vaya, Maga». «Y yo no quiero que sufra, papá»*.

Cuando volví de la facultad la habían sacrificado. El veterinario dijo que fue un tumor. Tenía 16 años.

Emmanuel no habló por días. Mi mamá tiró las cenizas en el jardín. Daniel dejó de venir un tiempo a casa. Mi papá lloró semanas. Yo le dije al psicólogo que sentía que se había muerto mi hermana.

A veces cuando voy a visitar a mis papás, abro la puerta, y espero que Salo venga corriendo a recibirme. Yo sé que no va a volver, pero de vez en cuando me olvido. Es imposible no olvidarme. Cuando me acuerdo, me quedo parada mirando la escalera. No es tan linda la vida sin vos, Tiki.

Hooola. Hooooola. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás, linda? Acá estás. ¡Hola hermosa! Vení. No corras, culona, que rayás el suelo con las patitas. Vení. Hooola, mi amor. ¿Vamos a comer algo rico? Sí, dale. No le cuentes a la vieja que me

mata. ¿Vamos a comer pollito? ¡Ehh, cómo movés la colita por un pollito! Sos el amor de mi vida. Sabías eso vos, ¿no? Sos el amor de mi vida. Ni bola me das, querés el pollo. Vení, hermosa, tomá. Ay, no me muerdas la mano, bestia. Despacito. Ahí está. ¿Está rico? Masticá que te vas a atragantar, pipu. Ahí va. ¿Me acompañás a prender la tele? Si me acompañás, te doy un poco de papas. Pero mirá qué fácil que sos. Te amo. ¿Vos me amás? No, vos querés las papas, trucha. Qué linda que sos. Vos sí que sos linda en serio.

¡Alto ahí!

—Los soñadores—

No te das cuenta, pero andan por todos lados.

Cuando vas a una heladería y leyendo el cartel de los sabores te encontrás con «Pistacho». ¿Pero qué es eso? ¡Pistacho! Hubo un hombre o una mujer que convenció a alguien que ese debía ser un sabor en su heladería. Y otras heladerías se contagiaron y lo quisieron. Y el pistacho anduvo muchos años por todos lados, metido entre la frutilla a la crema y el dulce de leche granizado. Escondido. Esperando. Queriendo disolverse en algún paladar humano.

Me imagino la cara del conyugue cuando su pareja llegó con tamaña propuesta: «*Vamos a inventar el helado de Pistacho». «¿Qué?». «Sí, eso, que vamos a hacer helado de Pistacho». «Pero ¿vos estás de la nuca? ¿Cómo vamos a vender un helado con el sabor de un fruto seco?». «Ah, hay que confiar. Veremos»*.

Noches midiendo cuánta azúcar ponerle, cuántos pistachos resultarían adecuados, cuánta leche, miel y yemas de huevo serían las que lo hagan delicioso. Noches de desvelo, soñando pistacho. Eso hacen ellos, los soñadores. Sueñan con los ojos abiertos.

No te das cuenta, pero andan por todos lados.

Son los que cumplen años y no se les nota, porque están llenos de vida. Los que arriesgan un beso en un momento

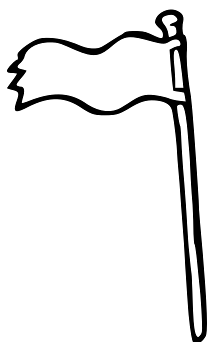
inesperado, en una cita que tuvieron pánico de concretar. Los hinchas fanáticos de esos clubes de barrio que nunca ganaron un título importante, los que dejan el trabajo que les conviene por el que los apasiona. Los que se casan, los que se enamoran, los que luchan, los que se reciben en la facultad a los sesenta años.

No te das cuenta, pero andan por todos lados. Con la mirada perdida en sus sueños, y la sonrisa acompañándolos. El entorno los trata de locos. Les dicen cosas como: ¿No te parece que ya estás grande para esto? ¿Pero de qué vas a vivir? ¿No crees que le dedicás mucho tiempo a ese *hobbie*? ¿Todavía crees en el amor para toda la vida? ¿No te das cuenta que sos un iluso? ¿Y si empezás a enfocarte en cosas importantes en serio? ¿Todavía confiás en la gente? ¿De verdad pensás que puede haber un mundo mejor?

El entorno habla, y los soñadores escuchan. Pero incluso abatidos, derrumbados, dubitativos, heridos, cuestionados, los soñadores no dejan de soñar. Los sueños son criaturas que habitan en ellos. Criaturas que los arrastran a oscuros túneles y luminosos caminos, y aún sin saber el destino, los soñadores no dejan de perseguirlas. Necesitan creer en esas criaturas, porque de todos modos no sabrían qué hacer sin ellas.

Los soñadores…

Ellos no podrían vivir de otra forma este mundo. Y este mundo no podría ser nunca de otra forma si no existieran ellos.



Sin título

Nos presentaron amigos en común, en una patética salida de a cuatro. Él no paraba de hablar de Independiente, y yo del rechazo que me daba el club de Avellaneda. Ni siquiera nos habíamos dado un beso cuando él me tocó la cola. Puse la peor cara de odio del mundo y al otro día le dije que no quería verlo nunca más. Él insistió y salimos algunas veces más. Pero no hubo caso. Durante meses fue un sin fin de mensajes en mi celular. Gabriel estaba obsesionado conmigo y yo probé cortarle el rostro de todas las formas posibles: Con amabilidad, con crueldad, con indiferencia, con paciencia, con esfuerzo, con entendimiento e ilógicamente. Gabriel no se fue, y terminamos siendo amigos. Él tenía la capacidad de irritarme y de hacerse querer. Me compraba regalos que despertaban una catarata de quejas de mi parte: *«No me gusta que me compres cosas, ya te lo dije». «Pero sos la única persona en el mundo a la que no le gustan los regalos, Maga». «No es que no me gustan los regalos, es que no necesito que me los hagas para que yo te quiera». «No te hago regalos para que me quieras». «Yo sé que sí, no me compres más nada»*.

Un día me llamó, habían internado a una de sus hermanas por anorexia. Yo lo acompañé al hospital, guardando por un rato el rechazo que me provocan. Nos sentamos en el pasillo y él me preguntó por qué ninguna de mis relaciones duraba. Yo le dije que no podía pasar del enamoramiento, porque detestaba la rutina. Apenas aparecía la rutina, desaparecía yo. Él me dijo que algún día eso iba a cambiar. Yo me quedé callada.

Vueltas y vueltas de la vida, terminamos haciendo juntos un viaje a Europa. Padecimos los dos que él me quisiera como yo no lo quería. Mis amigas me decían que estaba loca por decidir irme al otro lado del mapa con Gabriel, después de todas las cosas que habíamos vivido y sobre todo de las que no habíamos vivido. Pero yo pocas veces tomo decisiones cuerdas. Y aposté sin pensar.

Gabriel y yo soñamos viajes diferentes y tal vez por cabeza dura, no lo entendí. Yo asumí que la amistad estaba explícita y él se ilusionó con cambiar la historia. Fue el viaje más triste de mi vida. Yo había elegido ir al viejo continente en ese momento porque me había enamorado de una española, y él porque estaba enamorado de mí. Terminamos los dos, cada uno con su desamor, con el corazón destrozado.

Sin embargo, no todo fue triste. Recorrimos París, Londres, Brujas, Roma, Benevento, Madrid y Barcelona. En nuestro vínculo lleno de malentendidos y tropezones, también hubo aciertos y abrazos. Hablamos con muchos extraños, le robamos un poquito de shampoó a unas polacas, comimos comida chatarra todo el mes, y conocí a su familia de Italia, que me trató como si yo fuera una integrante más de su clan. La prima de Gaby me preguntó una vez si éramos novios. Me reí y le contesté: No, somos amigos. Amici, como le dicen los tanos. Ella comprendió.

Discutimos varias veces por tonterías con Gaby. Porque le gustaba robarse vasos de los bares, porque me despertaba histérica, porque él se acostaba desilusionado, porque estar tan lejos es difícil. Con los días nos fuimos acostumbrando a nuestras manías. Empezamos a caer en que estábamos recorriendo lugares inolvidables.

«Tenemos veinte años y estamos subidos al London Eye, ¿podés creer, Ga? No, es impresionante. ¿Quién iba a decir esto de una chica de Pompeya y un pibe de Avellaneda, eh?». «Mira ese señor, tiene como sesenta años más que nosotros, Maga. Y quizás es la primera vez que pisa Londres». «Sí, reloco. Ojalá esta no sea la última vez que venimos… Aunque ni en pedo vuelvo con vos». «Yo tampoco con vos, quedate tranquila». «Che, que soy bastante divertida». «Sos una pesada». «Y vos te estás quedando pelado». «Te odio». «Mirá, está toda la ciudad dividida por distritos». «A ver»…

Volvimos de Europa y dejamos de hablarnos. Cada uno tenía que sanar su herida. Nos saludábamos para los cumpleaños, tal vez alguna navidad. Así pasamos cuatro años.

Un día nos juntamos a tomar un café. Estaba cambiado Gabriel. Ya era abogado. Se vestía, se peinaba y se portaba diferente. Se había enamorado. Había hecho nuevos amigos. Seguía siendo fanático de Independiente, pero ya no tomaba alcohol hasta perder la conciencia. Yo también estaba diferente. Ahora me gustaba la cerveza y era yo la que perdía la conciencia. Me había hecho amiga de algunas rutinas, estudiaba cosas nuevas, e Independiente y que se robara vasos para coleccionar, me daban absolutamente lo mismo. Estábamos menos querellantes, más maduros, menos discutidores, más soñadores. Empezamos a ir juntos al teatro, de vez en cuando. A escribirnos *mails*, de vez en cuando. A tomar algo, de vez en cuando. Eso entendimos:

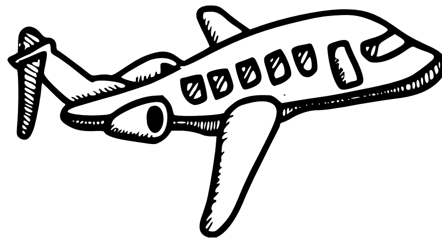
Eramos incondicionales, pero no podíamos andar juntos todo el tiempo. Necesitábamos la distancia.

En ese encuentro después de cuatro años, nos pedimos perdón por los tragos amargos, y brindamos por los nuevos caminos.

En poca gente confío tanto como en él. No hay disparate en el que no me acompañe. Me empezó a regalar libros, y expuso su razón: A vos te hago regalos porque sé que no me querés por lo que te dé, sino por mí. Y yo dejé de enojarme.

A veces tengo ganas de partirle un ladrillo en la cabeza, y otras siento que es la persona que más me conoce en el mundo. A veces no entiendo cómo todavía nos hablamos, y otras sé que no podría haber sido de otra manera. Es mi mejor amigo. Aunque yo deteste el término mejor amigo. Como si hubiera amigos peores… Y aunque él también deteste que lo llame mejor amigo. Porque de un desamor, siempre quedan restos.

Para no perdernos, tuvimos que aceptar lo que existía y lo que no podía existir entre nosotros dos. A veces, la vida tiene estas cosas. Tenemos un vínculo sin título a disposición. Y está bien. Hay cosas, historias, relaciones, alegrías y dolores que no tienen nombre. Hay que inventárselo.



La brújula rota

Me pierdo todo el tiempo. Tengo la brújula rota. Me pierdo y me gusta perderme. Salgo a caminar, y me guío por la intuición, que casi siempre falla. A veces, tardo media hora en trayectos de cinco minutos. Miro la guía, e igual me pierdo. Sigo caminando, la música me acompaña. Paro, me saco un auricular, hablo con la gente. «*¿Ubicas Humahuaca?*», inquiero confundida. «*Disculpá, ¿tenés idea dónde queda Defensa?*». Hago preguntas idiotas: «*¿Esta es Corrientes?*».

Yo identifico las calles por sus paisajes, por sus negocios. Sé que en Acoyte hay un Havanna, y Gascón es la del maxikiosko que indica sus 24 horas con un cartel azul. Avenida de la Plata empieza en un Mc Donald's, y si voy a visitar a mi amiga Gisela en Alsina, tengo que esperar que pasen dos plazas para bajarme del colectivo. Cuando voy a estudiar guión, apenas vea la casa que está llena de grafittis tengo que doblar a la derecha y de ahí son cuatro cuadras más. Es más difícil recordar todos esos detalles que aprenderse las calles. Pero pierdo conmigo misma: No sé no perderme.

En verano de 2013 viajé a Estados Unidos. Estuve sola en Nueva York diez días. Perderse en una ciudad tan ajena tiene

sus encantos. Y sus terrores.

La primera noche me perdí en el Central Park. Atravesaba un sendero por el norte del parque, cuando me sorprendió un muy yanki: What the fuck, girl?!

Tres chicos negros, vestidos con onda rapera, abrían los ojos con sorpresa y agitaban los brazos mientras exclamaban que estaba completamente loca para estar ahí sola, a esa hora. Yo alcé los hombros, confundida, y salí apresurada del parque. Cuando llegué al hostel, miré el mapa. La parte norte del parque estaba pegada a Harlem, el mítico barrio peligroso de Manhattan. Juré tener más cuidado al día siguiente. Pero perdí conmigo misma: No supe no perderme.

Así fue que a las ocho de la mañana de un domingo, emprendí viaje al *sex shop* más conocido de la ciudad. Terminé en la zona de correos, rodeada de tachos de basura y al margen del bullicio de las personas. Unos kilómetros después encontré un río. A lo lejos se veía la estatua de la libertad. Y sonreí acordándome esa frase que leí una vez en una pared: En Estados Unidos, la libertad es una estatua.

Llegó un nuevo día y deseé tener más suerte, o en su defecto, orientación. No sucedió. Desemboqué cinco veces en donde alguna vez estuvieron de pie las torres gemelas. La primera vez pensé en la tragedia del 11 de septiembre. La segunda vez le sumé detalles a los recuerdos que tenía de ese día. La tercera vez revoleé el mapa. Y corrí media cuadra para recuperarlo. La cuarta, cerré los ojos e inspiré con fuerza. La quinta, me senté en un banco y me quedé mirando a las personas.

Se parecen bastante a los porteños los neoyorquinos. Caminan apurados, miran su reloj, están serios, preocupados, estresados. Se mezclan entre los turistas, que se caracterizan por comportarse exactamente de la forma opuesta. No piden permiso, comen mucha comida chatarra,

los hombres van de traje y las mujeres de pollera y camisa, hablan por celulares de gran tamaño, van leyendo el diario. Los miré un rato largo y supe que no quería ser así. También supe que la ciudad te convierte en eso. Y asumí que hay formas de escaparse de ese destino. Sólo hay que encontrarlas.

El cuarto día volví al hostel de noche después de pasar el día perdiéndome por el Greenwich Village. Me senté a merendar en el comedor y se acercó un chico carilindo, sonriente y bajito como yo. Empezó hablándome en inglés, y terminamos la conversación en castellano. Él también era argentino, se llamaba Luciano, estaba en Estados Unidos hacía un mes y planeaba quedarse otro. Quería recorrer varias ciudades, tomarse un tiempo sabático de las obligaciones. Hablamos de lo que habíamos visitado antes de arribar a Nueva York. Yo le conté de Disney, y de mi rechazo por ver a las personas tan felices todo el tiempo. Él se rio. *«¿Vos crees que les pagan a los empleados para que te sonrían?». «Sí, estoy segura, sino ¿quién puede sonreír tanto?». «Nadie, tenes razón»*.

Él venía de Los Angeles, sorprendido por la cantidad de *homeless* que había allá. *«Acá también hay un montón». «Sí, pero allá son muchos más, creeme». «Guau». «También es increíble la cantidad de gente que vi hablando sola. Primero pensé que tenían un celular, pero después me di cuenta que no, que están idas». «¿Y viste como tienen la piel las personas de la calle? ¿Es por el frío, no?». «Sí. Y también porque nadie les da una mano, Magui. Acá no tenés laburo y no tenés nada. Ni ropa, ni comida, ni casa, ni salud». «No me gustó Estados Unidos, Lucho». «¿En serio? A mí me encanta. Vendría a vivir acá». «No, yo la pasé muy bien, pero no volvería». «¿Por qué?». «Porque a nadie le importa nadie y porque hay reglas para todo. Incluso cuando vas a ver básquet, te dicen cuándo alentar, cuándo*

pararte, cuándo sentarte de nuevo. Dejame tranquila, flaco, estoy mirando un partido». Luciano se rio. *«Sí, son bastante estrictos, pero eso hace que funcione bien el país también. ¿Qué equipo fuiste a ver?». «A los Heats, en Miami». «Uh, me encantan los Heats». «A mí también me gustaron»*.

Esa noche cenamos juntos y después fuimos a jugar al Ludomatic en la sala de estar del hostel. Había tarjetas con los nombres de las ciudades y competíamos para ver a cuál de los dos le tocaba Buenos Aires. *«Cerrá los ojos». «¡No! Te tocó». «Shh, vos cerrá los ojos». «Bueno, a ver»*. Cierro los ojos y Luciano me besa. Me quedo paralizada. Él sigue besándome. Se detiene y me pregunta: *«¿Sos lesbiana?». «No sé». «Fue el beso más raro del mundo, Magui». «Sí». «No reaccionaste». «Es que me sorprendiste». «Me tocó Buenos Aires»*, dice mostrándome la tarjeta. Seguimos jugando como si no hubiera pasado nada, que en realidad es lo que pasó: Nada.

Corrieron las horas, él me dejó su notebook para que yo enviara unos *mails* y nos despedimos con un saludo en la mejilla. Me quedé pensando por qué me dejó paralizada cuando me besó. Pero perdí conmigo misma: No supe y no sé no sentirme perdida en mi sexualidad.

Pasó la semana y llegó la hora de volver. Como era esperable, me perdí camino al aeropuerto. Llegué con los minutos contados. Una vez adentro, me perdí en los locales, buscando el baño, tomando un café, y entre las personas. A minutos de despegar, miré por la ventanilla del avión y pensé que las cosas más lindas y recordables de ese viaje las había vivido por perderme. Y hoy siento: Tal vez los mejores caminos son los que no nos llevan al lugar que esperábamos.



Miedo

Nos vemos una vez por semana en un taller y las chispas cuando nuestras miradas se cruzan, son evidentes. Cualquier roce, cualquier chiste, cualquier detalle, nos convoca a desearnos. Hace tres años que no tengo sexo con un hombre, y sin embargo, él me gusta. Me da miedo que me guste, por eso no avanzo. Él es fóbico al rechazo y tampoco lo hace. Estamos siempre ahí, seduciéndonos a la distancia.

Una amiga me enloquece preguntándome por qué no pasa nada entre nosotros. Yo le digo que estoy enganchada con mi exnovio, que es mi excusa más utilizada cuando quiero zafar de esas situaciones. Mi exnovio ni siquiera existe. Lo que sí existe es una novia que cada día se enoja más por cómo soy, por lo que hago, por lo que no hago, y por cómo la quiero.

Una tarde ella me muestra mi facebook y señala una foto: «*¿Quién es este?*».

«Es un amigo». «¿Un amigo?». «Sí». «No te abraza como un amigo». «¿Eh?». «Es lindo». «Sí, es lindo». «¿Te lo chapaste?». «No, boluda». «Yo sé cómo son las cosas con vos, Magalí». «A ver… ¿Cómo son?». «Dejas siempre el celular con la pantalla tapada. Te suena todo el día. Nunca nos vemos un fin de semana entero. Me hace mal estar con vos, pero estoy peor cuando no estás. Sé que en este momento no te puedo dejar, pero apenas pueda lo voy a hacer. Porque nunca me vas a querer como yo quiero que me quieras, y yo nunca te voy a querer menos que así». Me quedo pensando. *«Es horrible lo que me estás diciendo». «Sí, bueno, es lo que siento». «Yo no te meto los cuernos, si esa es tu idea. El celular me suena por las chicas y es cierto que no te alcanza lo que te doy como es cierto que no te puedo dar más que esto. Y estás conmigo por eso, aunque te enoje. Vos no me querés a mí, querés lo imposible de que yo te quiera como vos querés»*.

Unas tantas discusiones después de ese día, nos separamos, y ella viaja al sur. Unas tantas noches después de su partida, lo encuentro a él en el Konex.

«No me gustó la bomba del tiempo». «A mí tampoco, todas las canciones iguales». «Hay que ir fumado o borracho ahí, sino no te copás». Los dos conversamos en su auto de algo intrascendente, porque los silencios entre nosotros representarían un peligro. Pero entonces digo algo y él no responde. Nos miramos, y me besa. Y lo beso. Y nos besamos. Y el auto se maneja solo, como si pudiera entender que en este momento su dueño no puede hacerse cargo de su funcionamiento. Nos separamos y nos reímos. Le acaricio la nuca y él estaciona. Yo trago saliva, estoy muy sobria para tener el coraje de invitarlo a subir a mi departamento. Sin embargo, lo vuelvo a besar. Y él me toca la cintura. Y yo me siento encima suyo. Y no pienso en nada más. Ya no puedo pensar.

«*Escuchame. Quiero que pase algo, pero no puedo asegurarte que vaya a durar. Es complicado. Quiero estar con vos hoy, ¿vos querés estar hoy conmigo?*». Él asiente. No pide explicaciones. Bajamos del auto y subimos a mi departamento.

Nos desvestimos con torpeza, como si fuésemos novatos. Estamos nerviosos y se nota. No paramos de hacer chistes, tampoco de besarnos. Su barba me irrita la piel. Mi cuerpo está desacostumbrado al cuerpo de un hombre, y en un error de hábito, le busco con las manos los pechos que no tiene. Me muerdo el labio, sonriendo, y le acaricio el pelo.

«Te queda lindo el nuevo *look*». «Parezco medio puto». «Ah, pero eso porque sos medio puto». «¿Qué decís, tonta?», pregunta con voz afeminada. Nos reímos. Me acaricia el brazo y habla: «*Yo pensé que vos eras lesbiana*». Sus palabras me atraviesan la garganta, dejándome muda. *«Al principio, cuando nos conocimos». «¿Por qué?». «No sé, por cómo te juntabas con la rubia». «Ah, es que la rubia me hablaba todo el tiempo. Yo pensé que ella era torta»*. Él se ríe, exclama: «*¡Justo la rubia va a ser torta!*», y me besa. Yo estoy ida. Lo que me dijo me dejó entre dolida y desconcertada. Entonces se detiene, y me pregunta si tengo preservativos y le digo que no, que cómo voy a tener preservativos. El alza los hombros: «*¿Por qué no podrías tener?*».

«No, bueno, qué sé yo, no tengo, ¿vos no tenés?». «No, es que siempre que los tuve encima no se dio». «Bueno, hay un kiosko abajo, 24 horas. ¿Querés ir?». «Sí, olvidate, ya vengo». Se viste, agarra las llaves, y baja corriendo.

Yo empiezo a dar vueltas por mi casa. Si él cree que yo soy lesbiana, debo ser lesbiana y no lo asumo. Pero me gustó darle un beso, y acaba de estar desnudo en mi cama, entonces, ¿qué onda? Ojo, esto puede ser una ficción que estoy inventando porque me niego a ser lesbiana. O puede

ser que, en realidad, la ficción sea salir con mujeres porque no confío en los hombres. Abro la heladera y me sirvo un vaso de agua. Quizás debería dejar de mambearme con elegir tal cosa o tal otra, y vivir mi sexualidad como vaya surgiendo, independientemente del sexo de la persona que tengo en frente. Estaría bueno elegir a una persona que me haga ser la mejor versión de mí misma, y no basarme en si es mina o flaco. A pesar de que es obvio que no lo puedo hacer así porque soy una idiota.

Él llega, le ofrezco agua, acepta y lo vuelvo a desvestir. Con menos paciencia y más conflictuada. Con los mismos nervios, sumados a la angustia de no saber quién soy ni qué estoy haciendo.

Probamos varias posiciones y no nos sentimos cómodos en ninguna. A la media hora, nos damos por vencidos.

«*Estoy muy nervioso porque me gustas mucho*», me dice. Yo lo abrazo y le digo que no se preocupe, que también estoy portándome como una virgen. Nos besamos y nos quedamos callados, mirando el techo. Al rato, él quiere intentarlo de nuevo y yo le pido que se vaya. Él entiende. Y ya no volvemos a mirarnos como antes.

Unos meses después le cuento la verdad. Nos burlamos del fracaso de esa noche y brindamos por la amistad que surgió.

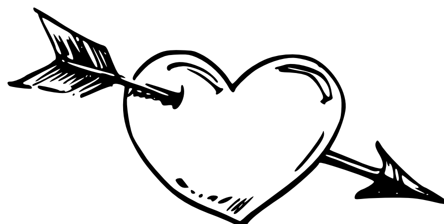
«Yo te lo tendría que haber dicho». «No hubiera cambiado nada». «Quizás para mí sí». «Yo estaba muy boludo también».

«Sí. Pero hiciste que me animara a algo a lo que le tenía un miedo terrible. Gracias». «No me agradezcas nada. Fue algo que hicimos los dos». «Igual, gracias. Te quiero». «Yo también te quiero, Maguito». «¿Te dije que te busqué las tetas? Aunque con mis 85, vos no estarías en una situación muy diferente». Nos reímos, y entonces, lo miro y me doy cuenta de que me sigue pareciendo hermoso. También soy

consciente de que algo no hubo entre nosotros. De que algo no pasó.

Unas chispas no bastan para provocar un incendio entre dos personas. Sobre todo, cuando el miedo está ahí, invocando un diluvio que apague cualquier intento.

Miedo tonto,
miedo ciego,
miedo mío.
Miedo opaco,
miedo vulnerable,
miedo tuyo.
Miedo que sangra,
miedo herido,
miedo nuestro.
Aunque cierres los ojos no se va.
Porque hasta que no abras el alma,
no se va a ir.



Entonces, resumiendo

Me gustan el café, la cerveza, el suspiro que va después de la risa, las historias. Me dan miedo los payasos, las decisiones, los miedos mismos. Sé, a veces, escribir. No sé, a veces, confiar. Me atrapa lo que me libera. Tengo muchos sueños, amigos, marcas. Alguna vez me enamoré. Y varias veces se me cayó el helado del cucurucho.

Amo al psicoanálisis profundamente. Con la misma intensidad, amo al teatro. En teatro me doy el lujo y el permiso de ser varias personas. De abrazarme con desconocidos, de mirarlos a los ojos. De odiar, de perdonar, de querer, en los quince minutos fugaces que dura una escena. En teatro soy la versión más feliz de mí misma.

Nunca fui buena para estudiar de memoria. Tampoco en química. Tengo talento para hacer reír. El secreto es reírse, primero, de uno mismo. Aprendí a correr antes que a caminar. Me costó horrores usar la bicicleta sin las meditas. Siempre cierro mal las puertas de los autos. A veces, se me patina la letra erre. Usé ortodoncia tres años. Una vez un chico me dijo: Te quiero como persona. Una vez le dije a un chico: No puedo salir con vos. Te quiero como si fueras mi hermano.

No tiro papeles en el suelo. Los guardo todos en mi cartera. Me tropiezo en la calle con mucha facilidad. No me gusta escribir mensajes, prefiero hablar por teléfono. Fumo compulsivamente hace unos meses. Estoy tratando de dejarlo. Tengo una lista de reproducción de música que es una vergüenza. Escribo cartas, me pongo roja cuando las doy. Una vez una chica me pidió que le dijera algo que nunca le hubiera dicho. Yo le dije: Cerda.

Imito voces, me divierto mucho cuando juego al metegol. No me gusta perder a nada. Siento que es lindo compartir ratitos de vida con las personas. Soy extremadamente ansiosa, y una víctima y defensora de hacer todo a último momento.

No sé qué hubiera sido de mí sin los libros. A veces me dan ganas de agarrar famosos y cambiarlos por familiares. Me hubiera encantado que China Zorrilla sea mi abuela.

En este momento, me estoy enamorando de alguien. Que en realidad significa que ya estoy enamorada y me da bronca. Porque soy orgullosa, reacia, y terca como una mula. Pero también sé que, a veces, la vida te pide a gritos que te involucres.

No rengo un color favorito. No me sé pintar las uñas. Aprendí a irme. Estoy aprendiendo a quedarme.

¡Alto ahí!

—Al revés de mí—

Dada vuelta.

Al revés del mundo. No de todo el mundo. No se puede. Siempre hay alguno que está tan al revés como vos.

Que no le gusta la navidad, y sabe qué cara poner cuando le cantan el feliz cumpleaños. Que saca fotos de buenos momentos, y no inventa buenos momentos para sacar fotos. Que diferencia tire de empuje y prefiere cantar a gritos una canción sin saber bien la letra que no cantar. Que entiende que correr no te hace ir más lejos. Que entiende que correr muchas veces te deja más cansado y a mitad de camino.

Dada vuelta. Al revés del mundo.

Con la cabeza en el suelo y los pies en el aire.

Un ratito los pies en el aire. No todo el tiempo. No se puede.

Al suelo siempre se vuelve. Hay muchos suelos, sería lindo pisar varios.

Algunos pinchan, duelen, molestan. Algunos son coloridos, seguros de pisar. Otros te van marcando un camino y no te das cuenta. Es peligroso no darse cuenta.

Si te das cuenta que no hay un solo camino, podés descarrilar. Y en ese descarrilamiento llegás a otros caminos. Y te perdés. Y conocés. Y te dan ganas de volver. Y volver no

siempre se puede. Casi nunca se puede. Y entonces descarrilás de nuevo. O parás un rato, antes de volver a elegir un camino.

Lo que tienen los caminos es que son impredecibles. Y entonces sólo podés elegir el inicio de un camino, pero no con qué te vas a encontrar después. ¿Querés saber qué hay después?

Más camino, eso hay después.

Hamacarse en lo desconocido, en lo que se entiende, en lo que no se sabe, en lo que no se dice, en lo que no se hace, en lo que no se debe, en lo que no se escucha, en lo que no se puede, en lo que no se piensa, en lo que no se siente, en lo que no se sueña.

Dada vuelta.

Al revés de mí.



Find what you love and let it kill you

Encuentra lo que amas y deja que te mate, escribió. Y yo me lo tatué.

Se llamaba Charles Bukowski. Era alemán, escritor, periodista y un tipo de elecciones. Dijo una vez: «*Tengo dos opciones: permanecer en la oficina de correos y volverme loco… o quedarme fuera y jugar a ser escritor y morirme de hambre. He decidido morir de hambre*». No murió de hambre, sino de leucemia. Tenía setenta y tres años. En su lápida figura: *Don't try*.

Dejarse encontrar por una pasión, dejarse consumir por esa pasión. Y olvidarse un rato del auto, la casa, el patio, los perros, las fiestas, las obligaciones, los horarios. Terminar con las renuncias al sol, las plazas, las risas, los abrazos, los mates, por un poco más de guita, un poco más de comodidad. Pararse un minuto y ver la cara de desgraciado que tiene ese tipo o esa mina que es tu jefe, y preguntarse si

esa podría ser tu cara, tu desgracia. Y a qué costo. Y con qué beneficio.

Dejarse encontrar por una pasión, dejarse encender por esa pasión. Y en ese fuego ir desintegrándose, y tomando nuevas formas, como un papel quemado, lleno de pliegues, de oscuridades, de llamas radiantes. Descubrir qué es lo importante para vos, que no es lo mismo que te dicen en la televisión, ni lo que te venden en los *shoppings*, ni lo que ves en las revistas y en internet, ni lo que escuchas de esa gente que ya se resignó a creerles a esos estereotipos. Dejarte herir por esos sueños que no te animaste a cumplir, por creer que no eras capaz. Y luchar por otros. Convencerte de que la vida es más que hacer planes, trámites, reuniones, cumpleaños y poner el maldito despertador a tiempo.

«*Querida, encuentra lo que amas y deja que te mate. Deja que consuma de ti tu todo. Deja que se adhiera a tu espalda y te agobie hasta la eventual nada. Deja que te mate, y deja que devore tus restos…*».

Y acá, en el final, cuando ya te convenció de ser asesinado por tu pasión, Bukowski juega su carta mágica y suma: *Porque de todas las cosas que te matarán, lenta o rápidamente, es mucho mejor ser asesinado por un amante*.

Y quizás desliza, sutilmente: No reapasiones solo. No te pierdas en tu pasión. Encontrate, también, con el amor. Que tan jodido y tan difícil es amar a alguien como dejarte amar por él. Y hablo del amor que te hace ser la mejor y la peor versión de vos mismo. No ese estar porque sí, por los años, por los hijos, porque separarse duele, porque *¿qué haría los domingos?* Y los «*no, se viene el invierno*». No ese estar con alguien por miedo a la soledad. No ese estar con alguien por terror a que nadie más te quiera. No esa versión estúpida y pobre que nos hicimos del amor, tampoco esa versión hollywoodense y platónica que nos contaron, que nos creimos. No esos «*mejor malo conocido*» ni esos «*ya me*

acostumbré a vivir en esta mierda, en este aburrimiento, en esta monotonía, en este tedio».

En su lápida figura Don’t try, les dije. Me hace sonreír.

«No lo intentes», como últimas palabras. Y estoy de acuerdo, Charles, no lo intentemos. Hagámoslo.

¡Alto ahí!

—Bonus Track: Locos—

Dicen que están locos...
Los que persiguen sus sueños.
Los que gobiernan sin llenarse los bolsillos. Los que estudian aquello que les apasiona. Los que se enamoran a primera vista.
Los que confían sin garantías.
Los que se muestran vulnerables.
Los que se van de viaje sin destino.
Los que cuestionan las normas sociales. Los que pintan las paredes.
Los que hablan con ellos mismos en voz alta. Los que bailan en la calle.
Los que cantan a los gritos.
Los que ríen fuerte.
Los que lloran sin miedo.
Dicen que están locos...
Los que dudan de la autoridad.
Los que quieren cambiar el mundo.
Los que brindan sin motivos.
Los que dan sin esperar recibir.
Los que tienen fe en su talento.
Los que sienten más de lo que piensan.
Los que se entregan al viento sin preguntar por qué.

Dicen que están locos...
Los que escriben.
Los que leen poesía.
Los que se retuercen frente a una injusticia.
Los que se besan perdiendo la noción del tiempo.
Los que no se quedan quietos, como si siempre hubiera vida para perseguir.
Dicen que están locos,
mientras se sientan en su silla de todos los días, leen el diario como todos los días, toman el café de todos los días, ignoran el sol como todos los días.
Dicen que están locos,
mientras se esconden en su vacío de todos los días, se quejan del país, el dinero, y el trabajo tal como todos los días, no saben cómo desdibujar la costumbre de todos los días, se miran al espejo angustiados como todos los días.
Dicen que están locos,
mientras se toman el transporte como todos los días, viajan como el ganado de iodos los días, sufren el encierro como todos los días, y llegan al lugar, en el que como todos los días, no quieren estar.
Dicen que están locos,
y sin embargo, por dentro una duda los quiebra al medio:
¿Locos los otros?
¿O locos nosotros?

A vos, que me leiste:
Gracias.
Este libro…
No pretende ser un ejemplar de autoayuda.
No pretende ser el mejor que haya pasado por tus ojos.
No pretende ser un pleno exorcismo de mis demonios.
Pretende, tal vez, estar.
En algún lugar de tu memoria. En algún lugar de tu corazón.
Reparando, quizás, algunos dolores.
Haciendo que te preguntes por otros.
Mostrando que es posible vivir con alegría, a pesar de todo.
Y que el precio de hacer y ser lo que uno ama, es muy alto.
Pero es, probablemente, lo único que en este mundo vale la pena pagar.
Animate. La vida es fuego.
Un abrazo fuerte.

Magalí

ARDE LA VIDA

MAGALÍ TAJES PARGA



MAGALÍ TAJES (Buenos Aires, Octubre de 1988). Es escritora y comediante de *stand up*. Actualmente, estudia la carrera de Psicología en la U. B. A., y se forma en teatro, comedia y dramaturgia. Participó en dos ocasiones del festival «Ciudad Emergente», en el rubro *Stand up* (Ediciones 2013-2014). Es una apasionada de los milagros cotidianos y de las personas que ríen con la mirada.